

CICLO B

Adviento

Tercer domingo

1. El testigo de la luz

“En aquel tiempo los judíos enviaron sacerdotes y levitas a preguntarle a Juan: ¿Tú quién eres? El confesó sin reservas: Yo no soy el Mesías”. San Juan, cap. 1.

Lo cuenta un sacerdote albanés: “En el campo de concentración no estaba permitido ningún signo cristiano. Sin embargo, durante la noche los presos nos intercambiábamos páginas del Evangelio que habíamos ocultado en el día bajo la camisa. Cada uno procuraba memorizar su contenido. Pero convenía que otro hermano también las tuviera ante sus ojos. Con este mínimo alimento espiritual pudimos dar testimonio en aquellos crueles años de cautiverio”.

San Juan hace un paréntesis en el poema inicial de su Evangelio para presentarnos al Bautista: “Surgió un hombre, enviado por Dios que venía como testigo de la luz”. Y uno de los mejores geógrafos de Palestina, G. A. Smith describe así el lugar donde predica el Bautista: “Allí el río Jordán se abaja entre peñascos cadavéricos y oxidadas rocas. Aquel lugar que no tiene par en el mundo más que un valle parece la trinchera de alguna guerra de titanes”.

¿Y el profeta? Papini lo describe como “un hombre solo, sin casa, ni tienda, ni criados. Alto, adusto, huesudo, quemado por el sol, envuelto en una piel de camello. Sin embargo, este hombre magnético significa para sus discípulos la última esperanza de un pueblo devorado por la desesperanza”.

Cuando aparece el Precursor, muchos judíos pensaban que ya el Señor los había olvidado: “Ahora no vemos prodigios a nuestro favor. Ya no hay profetas entre nosotros”, repetían con el salmista.

Sin embargo, al poco tiempo, un grupo considerable de creyentes se agolpa alrededor de este predicador que exige conversión y penitencia.

A los jefes de Jerusalén les preocupa la presencia del Bautista: ¿Será éste el Mesías? Y si lo es, ¿qué consecuencias trae su aparición para el establecimiento religioso manejado por ellos?

Por esto envían mensajeros a preguntarle: ¿Tú quién eres? Juan, ignorando la popularidad que ha conseguido, apela con serenidad a su

conciencia: “Yo no soy el Mesías. Soy apenas la voz que clama en el desierto”. En otras palabras: “Yo soy el mensajero de Cristo. Soy el testigo de la luz”.

A los bautizados de hoy se nos confía una tarea semejante a la de Juan. De entrada, evitaremos cierto protagonismo originado en nuestros estudios teológicos, en las estructuras religiosas, las leyes y los ritos. Todo ello es simple consecuencia de la adhesión a Jesucristo. Con nuestro testimonio hemos de revelar que ya está presente el Salvador.

Recordando a aquel sacerdote albanés que pasó muchos años en cautiverio, admira ver esas hermosas Biblias con que adornamos el hogar, sin que su mensaje nos haya transformado.

Entristece analizar nuestras conversaciones ordinarias, donde la persona de Jesús nunca aparece. O examinar nuestras costumbres, que con frecuencia no expresan que somos discípulos de discípulos de Jesús.

San Pablo les presentaba a sus amigos de Tesalónica un sólido programa para ser testigos del Señor: “Cultiven a todas horas la alegría. Manténganse en relación directa con Dios y sean agradecidos. No dejen apagar en su interior las buenas intenciones. Anuncien con entusiasmo a Jesucristo. Guárdense de toda maldad. Y el Dios de la paz estará con ustedes para siempre”.

2. Obreros de la luz

“Surgió un hombre que se llamaba Juan. Este venía como testimonio de la Luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz”... San Juan, cap. 1.

Obreros de la luz llama Carlos Castro Saavedra, un poeta colombiano, a los electricistas: "Tienden ellos cables en el cielo para que corra la electricidad a encender estrellas de vidrio y a iluminar la mesa, el pan, el libro de los estudiantes. Propagan la claridad por las casas de los campesinos y las gargantas de las minas".

El Evangelio nos habla de un hombre que no era la Luz, pero venía para ser testigo de la Luz.

Testigos de la Luz somos también nosotros. Se trata de hacer presente a Dios, por medios comunes y corrientes, entre la oscuridad que nos rodea. Se trata de encender la Luz.

Admiramos las torres de conducción, los cables del tendido eléctrico, el servicio constante y silencioso de las bombillas. Nos asombra el riesgo de los electricistas, en su valiente proyecto de escalar los cielos.

Por ellos llega la luz hasta la alcoba del enfermo, al ático donde se refugia el anciano, a la clínica donde nacen los niños de madrugada, al altar de las misas tempraneras, a la cena en familia, a las salas de cine, a los laboratorios, al taller, a las fábricas, al consultorio, a las tabernas y al estadio.

En todos estos sitios podemos los cristianos hacer presente a Dios.

El se presenta allí donde alguien enseña a leer. Cuando perdonamos simplemente, sin hacer mucho énfasis... Está donde se deja libre a un amigo para que crezca solo, sin exigirle dividendos. Cuando se abre una puerta para alguno cuyo horizonte se cerraba definitivamente...

Cuando alguien enseña a pensar y permite a su alumno equivocarse. Se hace presente si enseñamos a sufrir, aprendizaje largo y difícil, o ayudamos a alguien a hablar con libertad, que es una forma especial de existir y redimirse.

Una madre lleva todos los días a su hijo pequeño a la misa de la tarde. El niño se extasía mirando los vitrales, donde el poniente juega con la luz, proyectando las imágenes multicolores de los apóstoles sobre las losas del templo. Cierta día, en la escuela, la maestra le pregunta a aquel niño: Daniel: ¿Qué es un santo? La respuesta surgió espontánea de los labios del niño: Un santo, señorita, es un hombre que deja pasar la luz.

3. Había un reloj de sol

“Surgió un hombre que se llamaba Juan y venía para dar testimonio de la Luz”. San Juan, cap.1.

Una ciudad de Francia... Un nuevo amanecer. Y el viejo reloj de sol comienza a marcar las horas, sobre el muro curtido de la vetusta catedral. Debajo, una leyenda que hace pensar muy hondo: “Yo no marco sino las horas de luz”.

Y cuando el sol se oculta detrás de las colinas distantes, el viejo reloj no marca nada. Espera nuevamente la aurora. Porque él sólo marca horas de luz.

El Evangelio nos habla de un personaje adusto, de voz áspera, vestido con pieles de camello y acostumbrado al menú salvaje del desierto. Venía a preparar los caminos del Mesías. No era la luz, mas su tarea era

dar testimonio de que la luz estaba cerca. Próximamente amanecería el Salvador.

Para Juan Bautista, todas las horas eran luz, porque su vida era diáfana y sin sombras. Un hombre recto, de una sola pieza.

Tal vez nosotros no llegamos a tanto. Nuestros días no son del todo todos todo luminosos. Tenemos muchas horas de sombra, muchos ratos de penumbra, espacios de tiniebla abrumados por el error, la falsedad y el pecado.

Sin embargo, en el rincón más hondo de la conciencia, guardamos un deseo de ser luz, de iluminar nuestra vida, de encontrarnos con la verdad.

Juan Bautista dio testimonio de la luz: Por su austeridad. “Iba vestido de piel de camello, una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre”. En nuestra sociedad de consumo, ¿somos capaces de vencer esta fiebre de derroche y apariencias?

Por la entereza. “No te es lícito tener como mujer la de tu hermano”, le replica a Herodes, así le cueste la vida. ¿Tenemos nosotros el valor de proclamar la verdad, el deber, ante quienes se reirán de nosotros, o nos tratarán de pusilánimes?

Por la sinceridad: “Yo no soy el Mesías, soy apenas el que prepara sus caminos”. ¿Queremos aparentar más de lo que somos o tenemos? Como el pájaro aquel de la fábula, que gustaba vestirse con las plumas ajenas.

Por su modestia: “Conviene que El crezca y que yo disminuya”. Llegada la hora, cede el puesto al Mesías y se esconde serenamente en el silencio. ¿Sabemos ceder el paso a los otros, a los hijos, a los más jóvenes, en la empresa, en los cargos públicos, en la dirección de ciertos asuntos?

Antes de celebrar la Navidad, el Precursor llega a nuestras vidas para invitarnos a la autenticidad. Si lo escuchamos, Dios cumplirá en nosotros sus promesas.

Y nuestra vida se llenará de verdad y alegría. Se colmará de luz, más que el reloj de aquella vieja catedral.

Cuarto domingo

1. La alegría a examen

“Entonces el ángel, entrando a su presencia, dijo a María: Alégrate, llena de gracia”. San Lucas, cap. 1.

Sobre nuestro territorio nacional palpitan hoy dos Colombias. Aquella que rebosa de alegría en estos tiempos de diciembre. Y la otra, colmada de dolor, de lágrimas y sangre.

Sin embargo, cabría examinar por qué reímos. Por qué intercambiamos regalos, nos abrazamos y brindamos por la vida y la felicidad. ¿Será de buena ley esta alegría?

Cuando el ángel saluda a aquella joven de Nazaret llamada María, le dice: “Alégrate, el Señor está contigo”.

Para nosotros los creyentes hay una estrecha relación entre la presencia de Dios y la alegría. Sólo el amor de Dios es un motivo válido para el gozo. Y ahora en Navidad, celebramos que El vino a la tierra porque estaba enamorado de nosotros.

El saludo judío, “Shalom”, hacía referencia a la dicha y a la paz. Sin embargo, la Virgen no se alegró de inmediato. La sorprendieron las palabras del ángel y se preguntaba qué saludo era aquel. Pero el mensajero de Dios le replicó: “No temas, has encontrado gracia delante del Señor”. Más tarde, en su cántico, María nos descubre su alma, colmada por el gozo del Salvador.

La alegría es un tema cristiano, pero en verdad no ha tenido buena prensa. Se la ha mirado con sospecha, creyéndola enemiga de la santidad. Además a muchos cristianos les gustan los templos oscuros, las imágenes llorosas y las plegarias llenas de quejumbre.

De otro lado se cree que sólo pueden ser alegres los poderosos, los ricos, los muy sanos o aquellos que gozan de popularidad. Para los cristianos de a pie ella sería un lujo inalcanzable.

Sin embargo, la verdadera alegría, esa que nadie puede quitarnos como enseña Jesús, no es privilegio de una clase social, o de un grupo. No está unida a una particular circunstancia. Es ante todo una conquista personal. Se ofrece a todo el que procure mantener limpia su conciencia y el corazón abierto a los demás. A todo aquel que quiera hacer el curso completo sobre las bienaventuranzas.

La alegría es un sello que garantiza cada una de las virtudes. Una castidad triste ofende a Dios tanto como la humillación a un pobre. Ya nos dijo el refrán popular que un santo triste es siempre un triste santo.

La alegría verdadera nos la regala Dios. Pero exige además serenidad, buen humor y confianza. La primera nace de una actitud madura ante la vida. El segundo brota espontáneamente cuando dejamos de ser solemnes y estirados. En fin, la confianza que nos ayuda a sentir la cercanía de Dios a pesar de las crisis.

Valdría la pena examinar nuestra alegría en estas Navidades. Si ella nos acompaña, tratemos de cimentarla sobre fundamentos verdaderos. De lo contrario es flor de un día que arrebató el viento.

Pero si nuestras penas nos impiden imaginar el gozo, entonces pongámonos en manos del Señor. El supo transformar el agua en vino y ahora nos puede dar un poco de esperanza. No olvidemos: Somos hijos de un Dios que además de ser Padre, es a la vez Todopoderoso.

Y la Madre de Dios, Nuestra Señora, es buena pedagoga para enseñarnos a mirar al Cielo a través de las lágrimas.

2. Se llamaba María

“El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José. La virgen se llamaba María”. San Lucas, cap. 1.

Dice un autor: "María fue una mujer del pueblo: Pobre, sencilla y humilde. Ayudó a todo el mundo, pero no hizo milagros. Trabajó de criada en la casa de su parienta Isabel y allí le cantaba a Dios que se había fijado en ella. Se casó con el carpintero de Nazaret, porque estaba enamorada de él y así es como le gusta a Dios que se case la gente.

Dio a luz al Mesías, en un establo de animales y a pesar de eso, no dejó de sentirse persona, amparada por Dios. Crió a su niño dándole el pecho y partiéndoselo el corazón, porque le dijeron que no todos lo iban a querer. Fue emigrante en Egipto, donde tuvo que exiliarse, porque Herodes buscaba al Niño para matarlo. Cuando volvió del extranjero, no se dio importancia. En Nazaret procuró ser buena esposa, buena madre, buena vecina con todos. Ayudó a Jesús a crecer en la experiencia de la vida y en la experiencia de Dios. Dejó libre a su Hijo para que se fuera de casa a anunciar la Buena Nueva.

Por todo esto podemos llamar a María compañera del camino, amiga, hermana, madre nuestra".

Algunos piensan que la devoción a Nuestra Señora ha desaparecido de la Iglesia. Creemos más bien que ha cambiado de signos, como el arte, como la arquitectura de nuestros templos, como la liturgia.

Antes mirábamos a María como una reina, soberana y distante. Ahora la sentimos como una madre atenta y bondadosa.

Antes ensalzábamos sobre todo su virginidad y su maternidad divina. Hoy nos atrae su humildad y su autenticidad es nuestro modelo. Ayer nuestra súplica era prolongada alabanza de sus privilegios. Ahora le pedimos simplemente que nos ayude y acompañe como primera creyente y espejo de dignidad femenina.

Corríamos en otra época a sus altares, resplandecientes de luces y de flores. Hoy sabemos que está en todas partes con nosotros. Nos basta una sencilla imagen, un rosario, una medalla...

Antes competíamos con sus advocaciones. Ahora la llamamos María, Ella, la Virgen y le hablamos con palabras comunes y simples.

La devoción a Nuestra Señora brota espontáneamente cuando en el hogar aprendemos qué es amor, qué es madre, qué es mujer. Esta experiencia es "como el hueco en la piedra de una ermita, donde es posible fabricar un nido".

Porque ningún valor religioso se cosecha de paso, en los libros o en los acontecimientos de la vida. Sus raíces se nutren en una vivencia de familia.

Sabidamente la Iglesia nos presenta la historia de la Anunciación en estos días antes de la Navidad, cuando presentimos que Dios llega a nosotros. Viene por el ministerio de una Madre Virgen que se llama María.

3. Navidad, ¿para qué?

“Hoy nos ha nacido un Salvador”. San Lucas, cap.2

En un establo sobre unas pajas solloza un niño. Olor a hierba seca...Es de madrugada. El buey y el asno, compañeros de hospedaje, olfatean el amanecer. José y María, alegres y angustiados a la vez, contemplan en la penumbra al Mesías recién nacido, al Salvador.

Nos lo ha dicho un escritor: “Si Cristo nace mil veces en Belén, pero no en ti, seguimos eternamente perdidos”.

Cristo nace en nosotros por la fe. Pero ésta nos la han definido de tantos modos, que al fin no comprendemos. Es claro, sin embargo, que se parece mucho al amor. Quien ama, cree. Y en Navidad todos removemos

los escombros del pasado y suspiramos por un poco de fe, esa fe sin culpa ni remordimientos, que tuvimos antaño.

Volvemos a mirar a Dios como a un amigo, que viene de visita para comunicarnos muchas cosas. Volvemos el corazón hacia la Iglesia, rememoramos la infancia y nos sentimos nuevamente hijos de Dios y hermanos de ese Niño que nace en Belén.

“Nos ha nacido un Salvador” Para algunos esta es una frase hueca sin repercusión alguna en su repercusión alguna en la vida ordinaria. ¿Será que, esclavos de tantas cosas y encerrados en nosotros mismos, no hemos dejado campo a la esperanza?.

Tal vez los cristianos somos culpables que del mundo no aguarde al aguarde al Salvador. Porque ansiamos que El venga a establecer un reino de abundancia material, de paz y de justicia social, entendidas a nuestro modo. Sin embargo, todas las cosas que puede soñar el “hombre económico” del momento, no llegarán si una conversión interior que nace de acoger a Cristo como el único Salvador.

Cristo nace en nosotros cuando vivimos plenamente el amor del hogar. Cuando somos sinceros, sin tener nada que ocultar. Cuando luchamos por ayudar al prójimo. Cuando compartimos generosamente con los que tienen menos. Cuando oramos en familia. Cuando buscamos los sacramentos, no como un impuesto que se paga al Señor, sino como un encuentro con El, nuestro Padre.

Es Navidad. ¿La lista comprometedora de aguinaldos para amigos y parientes? ¿Un tiempo gris e ineficaz como tantos del año? ¿La excursión y las vacaciones? ¿Un programa egoísta que nos dejará un balance de tedio? ¿Una fiesta más? ¿O sentimos realmente que nos ha nacido un Salvador?

Porque si Cristo no nace hoy en nosotros, seguiremos perdidos... ¿Hasta cuándo?

Navidad

Natividad del Señor

1. El último Evangelio

“En el principio existía la Palabra, y la Palabra existía junto a Dios y la Palabra era Dios” San Juan cap.1.

Antes del Concilio Vaticano II, al final de la Misa, decían que el rito ya se había terminado. Y el sacerdote se volvía al altar para leer el “Ultimo evangelio”. Muchos aún lo recordamos.

Pero ese evangelio era el primero de todos, el primer capítulo de San Juan, el que leemos en esta Navidad. Allí el evangelista nos dice mil cosas hermosas y profundas, que para explicarlas, exigirían muchas páginas.

San Juan enseña que Dios existe desde el principio. Nuestra historia es pequeña y fugaz. Cuando dejemos esta tierra, nos grabarán sobre la tumba dos fechas: Ese fue nuestro tiempo.

Pero Dios no es así. El no está contenido en el tiempo. Antes de nuestros padres, de nuestros abuelos. Antes de tantas generaciones que ya no son. En ese “antes” Dios existía amando. Y una vez, por así decirlo, se asomó a la ventana del tiempo, y creó el universo, hace millones de años.

“En el principio ya existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios”. Unos biblistas traducen la Palabra. Otros hablan del Verbo, el Hijo de Dios.

Después, san Juan añade que por El fueron hechas todas las cosas. Nuestro lenguaje humano es inexacto. Pero así indica el evangelista que todo cuanto tuvo origen en Dios.

Enseguida el evangelista explica que Dios es vida y es luz. Luz que brilla en las tinieblas. Pero éstas no lo han recibido. Sin embargo, “a cuantos lo recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, porque han creído en su nombre”.

Y llega el momento, en que san Juan nos declara el acontecimiento que hoy celebra toda la tierra: “Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros y hemos contemplado su gloria”.

En las grandes catedrales, las campanas se lanzan a vuelo. Una comunidad campesina se recoge bajo la humilde capilla. Las jóvenes danzan a la media noche en una aldea africana. Los pescadores se acercan al pesebre con sus dones. Los niños despabilan el sueño para mirar a Jesús recién nacido en el pesebre. Y a todos se nos llena el corazón de gozo. Dios acampó entre nosotros. Dios nos ha dado poder para ser sus hijos. “Pues, siendo tan gran Señor tenéis corte en una aldea,

¿quién hay que claro no vea, qué estáis herido de amor?” cantaba Diego Cortés, hace ya varios siglos.

Todo ello se resume en aquel párrafo de san Pablo a Tito: “Ha aparecido la bondad de Dios y su amor a los hombres”.

Un grupo juvenil discutía sobre el acontecimiento cumbre de toda la historia. Alguno dijo que la invención de la escritura. Otro, que el descubrimiento de la penicilina. Otros señalaron la conquista de la luna.

No, dijo uno de ellos: ¿No entendemos que el hecho más importante de toda la historia fue cuando Dios se hizo hombre?.

“El Verbo se hizo carne y hemos visto su gloria”.

2. Recibamos al Salvador

“Vino a su casa y los suyos no lo recibieron. Más a cuantos le recibieron, los que creen en su nombre, les da poder para ser hijos de Dios”. San Juan, cap. 1.

Existe el tiempo histórico, pero además el tiempo literario. El primero enmarca el espacio de años y de días en los cuales sucede un acontecimiento. El segundo se identifica con el espacio temporal en que se escribe el relato de lo acontecido.

Al leer el prólogo del Evangelio de San Juan, comprendemos que fue escrito a finales del siglo I.

Ya existe la teología de San Pablo, explicada en sus cartas que han logrado gran difusión en las comunidades.

De otro lado, estos mismos grupos cristianos profundizan en el mensaje de Jesús y lo elaboran en variadas catequesis.

Aparecían entonces las primeras doctrinas heréticas, tocando precisamente la persona de Jesús.

Averiguar el tiempo literario exacto, en el cual San Juan pone todo esto por escrito, es imposible.

El cuarto evangelista nos conduce ante Dios, que existe desde la eternidad, antes de comenzar el tiempo, cuando el mundo era apenas un proyecto en la mente divina.

Pero luego nos cuenta cómo ese Dios infinito vino a vivir entre nosotros. Más no lo dice de una vez. Prefiere dar un rodeo y señalar primero a Juan, el Precursor. El que ha sido enviado por Dios cómo testigo de esa Palabra eterna que ha resonado sobre el mundo.

"Vino un hombre de parte de Dios que se llamaba Juan. Vino para dar testimonio. Para que por él todos creyeran".

No sabemos que captarían los primeros cristianos de este prólogo.

Hoy algunos lo consideran cómo un complemento, añadido posteriormente por algún discípulo a las catequesis del apóstol. Es obra de alguien muy influenciado por la cultura griega.

También nosotros lo leemos, a través de nuestros esquemas mentales, y advertimos un lenguaje más alto que el usado comúnmente por el evangelista.

Pero comprendemos que es lógico y oportuno. Antes de presentar a Jesús por los caminos de Galilea, convenía enseñar quién era ese Dios, cuando aún no había puesto su tienda entre nosotros.

Un versículo de este prólogo es particularmente llamativo para el cristiano actual: "Vino a su casa, pero los suyos no le recibieron".

Por estos días la tierra toda se transforma exteriormente, porque es Navidad. Desde los templos hasta los almacenes. Desde las calles hasta los hogares.

Pero nosotros los cristianos, ¿recibimos de veras al Salvador?

La Sagrada Familia

1- ¿Y la familia, qué tal?

"Cuando José y María cumplieron todo lo que prescribía la ley, volvieron a Nazaret y el Niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría". San Lucas, cap. 2.

Noticia de última hora: Hay hogares felices. Y ante el asombro de muchos podemos confirmar la noticia.

La mayoría de las canciones y las telenovelas sólo presentan proyectos familiares arruinados, traiciones, amor de pacotilla. Pero existen hogares felices. Los encontramos en la vida real.

No por ausencia de problemas y dolores - algo imposible sobre nuestro planeta - sino por un esfuerzo diario de armonía y cariño. Familias de todas las clases sociales, con una madre esforzada que reparte a todas horas ternura y optimismo. Con un padre sincero y responsable. Con unos hijos que aman y admiran a sus progenitores. Muchachos de hoy, pero empeñados en sacar adelante esa empresa común que se llama hogar.

En Nazaret hubo también una familia feliz, sin que faltaran tropiezos y angustias. Pero la fe y el respeto hacían brotar la dicha. “Un taller de carpintero y un gran misterio de fe. Manos callosas de obrero, limpias manos de hombre entero: Es la casa de José. Familia pobre y divina, pobre mesa, pobre casa, mucha unión, alguna espina y el ejemplo que culmina en un amor que no pasa”. Así describe aquel hogar un poeta religioso.

Esa familia singular nos confía el secreto para renovar las nuestras: Amor, sinceridad, trabajo, honradez, comprensión, diálogo, confianza en Dios.

Jesús nació en Belén y a los pocos días sus padres lo presentaron al Señor en Jerusalén, como la ordenaba la Ley. Allí dos personajes entrevistan al Niño. No eran periodistas de oficio, pero sí dos ancianos que atesoraban una larga experiencia de fe. El se llamaba Simeón. Ella, Ana. Toda la esperanza del Antiguo Testamento tatuada en sus rostros, acumulada sobre su corazón. Ambos salen al encuentro de esta familia humilde que va al templo. María acuna al Niño entre sus brazos. José lleva la ofrenda de los pobres, un par de tórtolas entre una canastilla.

Los dos ancianos encuentran al Salvador bajo esas simples apariencias. Y San Lucas apunta que Simeón bendijo a Dios y derramó su alegría en un cántico. Que Ana no cesaba de hablar de aquel niño a todos los vecinos.

Estos ancianos nos enseñan a descubrir a Dios en nuestro hogar. En los acontecimientos cotidianos. Dentro de los conflictos que acompañan la vida de todos los mortales. Allí se oculta el Señor y quiere despertar nuestra alegría.

Hoy miramos tantos hogares desencantados. Deslucidos. Tantos otros al borde de la crisis y la ruptura. Sólo podría salvarlos un retorno sincero a los valores definitivos. Un regreso al Señor.

Un matrimonio es siempre un proyecto de felicidad. Nadie abandona su casa paterna para llenarse de conflictos. Pero en el camino de la vida el amor es atacado por numerosos enemigos: Egoísmo, irrespeto, falta de comunicación, afán desmedido por las cosas, silencios que lastiman, preocupación parcializada por la propia familia o por los hijos.

Al terminar el año, los creyentes evaluamos nuestro propio hogar de cara a la familia de Nazaret y comenzamos un trabajo de enmienda. Entonces a la pregunta de rutina: ¿Y la familia qué tal? Podremos responder: Muy amable. Gracias a Dios, muy bien.

2. Las matemáticas de Dios

“El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba”. San Lucas, cap.2.

“El Niño –escribe un autor- iría a la escuela con los demás de su edad; pero no para ser “niño prodigio”, ni el preferido del maestro. Se las arreglaría, a su modo, para que el profesor a veces entendiera y otras no, sus respuestas.

En la clase de matemáticas, Rabí Isacar, con una barba muy blanca y muy bíblica, le pregunta una vez al hijo del carpintero: ¿Si un pastor tiene cien ovejas y se le pierde una, cuántas ovejas le quedan?

– Si es mal pastor, responde el Niño, le quedan noventa y nueve. Pero si es buen pastor, irá y no parará hasta que encuentre la extraviada y tenga otra vez ciento.

Grandes risas de toda la clase, hasta del rabí, a quien la respuesta no le ha parecido del todo matemática”.

Así son las matemáticas de Dios. En la repartición de su tiempo sobre la tierra, un gran desequilibrio: Treinta años en familia y tres para salvar el mundo.

Nosotros creemos que el mundo se salva desde fuera. El Señor nos dice lo contrario: Se salva desde dentro. Desde el seno de la familia.

Nosotros inauguramos escuelas, creamos hospitales, formamos grupos financieros, sostenemos partidos políticos, promovemos institutos culturales, fomentamos el deporte, ampliamos nuestro comercio exterior, revisamos las leyes, defendemos la niñez desvalida... ¿y la familia?

– Está bien, ¡gracias! Podríamos responder con esa frase sosa, con la cual defendemos la intimidad del hogar frente a los extraños.

Parece que intentamos edificar la sociedad comenzando por los techos. Queremos salir al encuentro de los problemas del hombre, cuando éste ya tiene dieciocho años. Pero antes, ¿qué le dio la familia?

¿Cuántas son las entidades cívicas, sociales, económicas, culturales, aún religiosas, que tienen como objeto educar la familia en cuanto tal?

Podríamos consolarnos si pensamos que todo lo social contribuye, a su manera, al bien de la familia. Pero quitémonos la máscara. No es así. Más bien se dan numerosos factores que conspiran contra la familia: La sociedad de consumo, los medios de comunicación, las campañas publicitarias, las ideologías foráneas, la manipulación de la mujer, etc.

¿Y yo, como persona, que hago por mi familia? Yo que soy político famoso, competente industrial, eficaz obrero, profesor tan sabio, profesional calificado, prestante dama, o mujer de tanta influencia social, ¿qué he hecho por mi familia?

“El Niño Jesús crecía y se robustecía y se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios le acompañaba”. ¿Por qué será que todos nuestros niños no les pasa lo mismo?

3. Reportaje a Simeón

"Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón que aguardaba el consuelo del Señor. Cuando entraban con el Niño Jesús, Simeón lo tomó en sus brazos diciendo: Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...". San Lucas, cap.2.

En el atrio del templo, con su barba muy bíblica y muy blanca, e iluminado por unos ojos radiantes y serenos, hallamos a un anciano.

—¿Quién eres tú? le preguntamos

—Me llamo Simeón. Pero no tengamos esto en cuenta. Lo que importa es que soy un hombre de esperanza.

—¿Con quién te entretenías hace poco, en este mismo lugar?

—Hablaba con una familia pobre que subió desde Nazaret, con su primogénito, a presentar la ofrenda.

—¿Por qué despertó tu interés esta familia desconocida?

—Por este tiempo se habla mucho del Mesías. Los profetas anunciaron que nacería de una Madre Virgen y le llamarían

Nazareno. Al verlos llegar, sentí que el Señor recompensaba mi esperanza. En ese niño reconocí al Salvador. Ya puede entonces su siervo irse en paz...

—¿Y por qué Dios habría nacido en una familia? ¿Cuál es tu opinión al respecto?

—Si Dios es amor no podría hacerlo de otro modo. La familia es la era donde germina el amor.

—¿Crees tú que la familia puede cambiar en el transcurso de los siglos?

—Debe cambiar, lo digo yo que he vivido tantos años. En ella existe algo inmutable: el amor. Pero muchos elementos pasajeros: las actitudes de ese amor ante la vida, la historia.

—¿Qué les dirías tú a las familias del futuro?

—Algo semejante a mi discurso para la familia de Nazaret: Dios está en ellas, pero como una bandera discutida. Muchos lo rechazan: de ahí su dolor y su ruina. Otros lo acogen. Estos serán bienaventurados.

—¿Es posible conservar en cada época los valores esenciales de la familia?

—El Señor ha puesto al Mesías como luz para todas las naciones. Siempre es posible avivar el amor, reconstruir la paz, alimentar la esperanza.

—¿Por qué hablas tanto de esperanza, si en muchas épocas las necesidades del mundo serán de otro orden y no darán plazo para ser remediadas?

—Porque la esperanza es la expectativa del Señor. Cuando ésta se pierde ya no sabemos luchar por ninguna causa. La vida de familia es un combate que se libra en compañía. El ansia de gozar o de poseer es semilla de derrotas.

Epifanía del Señor

1. El cuarto Rey Mago

“Entonces unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido” . San Mateo, cap. 2.

En el cementerio romano de Santa Domitila, un inscripción afirma que los Reyes Magos eran cuatro. Y una leyenda añade que el último de ellos no llegó hasta Belén. Habiendo encontrado en el camino a un leproso, se detuvo a socorrerlo. Y así perdió la pista de sus tres compañeros quienes,

para esquivar la malicia de Herodes, regresaron por distinto camino hasta sus tierras.

Pero este peregrino, a quien la leyenda bautiza Taor, no desmayó en su empeño de encontrar al Rey de los judíos. Siguió adelante con sus criados y sus camellos, aunque nadie le daba razón de aquel Niño misterioso cuya aparición había anunciado una estrella.

Al paso de su caravana se agolpaban los pobres, los atribulados, los enfermos. Y él trataba de ayudarlos a todos. Cuando en la noche se dormía a la sombra de árbol, seguía viendo el mismo astro luminoso que le llamó a venir desde la India. Y una voz le llamaba a proseguir su marcha.

Después de muchos años de peregrinar sin rumbo fijo, encontró en las afueras de Jerusalén una muchedumbre, asombrada a la escucha de un famoso rabino. “Entonces, les decía el profeta, dirá el Rey a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...”.

Taor se despojó de su manto real, para no llamar la atención, deslizándose entre la turba, a la derecha del Maestro. Atrás quedaban sus camellos y su séquito. Advirtió entonces que Jesús lo miraba y él, a su vez, lo reconocía como el Hijo de Dios.

La fiesta de los Santos Reyes no es sólo un bonito recuerdo. O una historia embellecida por la pluma del evangelista. Estos sabios de Oriente nos enseñan que la salvación de Cristo es patrimonio de la toda la humanidad. No sólo el derecho de unos pocos. Nos invitan además a una búsqueda continuada de Dios.

Se dice que los magos eran ricos y sabios. Que practicaban una religión relacionada con los astros. Que algo sabían de Mesías por los judíos que habitaban en Mesopotamia. Y que por ellos Dios comenzó a revelarse a todos los pueblos de la tierra.

Hemos tardado mucho en comprometernos con el anuncio universal del Evangelio. “Las multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo, dentro del cual toda la humanidad puede encontrar cuanto busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino”. Una cita del Paulo VI, traída por Juan Pablo II en su Carta Misionera.

Algunos descubren al Señor a la vuelta de la esquina, porque mantienen limpia su mirada. Otros necesitamos largos viajes, a veces llenos de

peligros, para encontrarnos con Dios. Otros parece que nunca lo descubren a pesar de su afán, de su desasosiego.

Pero mientras tanto, ejercitemos el amor. Como aquel cuarto mago. Al Señor se le encuentra siempre entre los pobres y los necesitados ¿Qué importa que no le veamos todavía cara a cara? Si ejercitamos a diario la caridad, seguramente llegaremos a tiempo, cuando el Señor reparta sus recompensas.

2. Un problema de óptica

“Unos magos se presentaron en Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella”. San Mateo, cap. 2.

Los reyes de oriente descifraron en la luz de una estrella el nacimiento de Jesús.

Vinieron entonces hasta Jerusalén y preguntaron por el Niño, el Rey de los judíos.

Otros sabios quizás advirtieron el mismo resplandor en el cielo, que nada les dijo.

Así acontece en la vida diaria.

Cuando se tiene fe, todas las cosas nos orientan hacia Dios y nos entregan su mensaje. Cuando no, permanece mudo el universo donde nos agitamos.

Esto de ser cristiano es, en cierto sentido, un problema de óptica.

Consiste en una forma de mirar, de indagar y de encontrar a Dios en sus signos.

"De pronto, la estrella que habían visto salir, comenzó a guiarlos, hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño. Ellos se llenaron de alegría inmensa".

Muchos sufrimos de miopía. Sólo vemos de cerca y no alcanzamos a distinguir los valores más elevados.

Buscamos con angustia el dinero y lo creemos una panacea. No sabemos ver los seres y las cosas, o los deformamos al contemplarlos.

Sólo vemos en la muerte la ausencia y el dolor, olvidando que es signo y víspera de resurrección. No captamos ese pasado mañana luminoso que los dolores nos anuncian.

Otros padecemos la presbicia del mirar cansado.

Nunca podemos ver sino a lo lejos. Y no gozamos de la alegría que nos circunda, del cariño de los nuestros, de ese milagro que es ser nosotros mismos. Vivimos añorando el pasado o nos refugiamos en el futuro, sin comprometernos con el mundo de hoy que nos aguarda y que nos necesita.

Es más cristiano vivir el presente, dentro de una dimensión de esperanza.

Para Dios todo es hoy: A cada día le basta su propio trabajo, nos dijo San Mateo.

Ser cristiano es buscar al Señor en cada cosa, en cada persona, en cada acontecimiento y encontrar en ellos los mensajes con que nos llama a su amor y a su alianza,

Ser cristiano es un problema de óptica. Se nos exige una manera de mirar para mantenernos en línea directa con Dios.

Cómo los magos, atentos a los signos de Dios, dispuestos a seguir su estrella.

3. Melchor, Gaspar y Baltasar

“Jesús nació en Belén de Judá. Entonces unos magos se presentaron en Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos?”. San Mateo, cap. 2.

Los dibujos de las catacumbas jamás nos presentan a estos visitantes de Belén con insignias reales. Aún más: En el templo de San Vidal de Ravena, los encontramos vestidos de mercaderes. Y la tradición anglosajona los denomina, sin más, hombres sabios.

Quizás fue la Edad Media, tan propensa a fabricar leyendas, la que inventó la expresión de “Reyes Magos”. Aunque el apelativo de magos más parece un gentilicio de una región de Persia. Sin embargo, otros autores señalan a estos peregrinos como practicantes de la magia en su tierra, o bien, como devotos de una antigua religión, heredada de Zoroastro, cuya divinidad se manifestaba en las estrellas.

La tradición más cercana a nosotros los bautizó Melchor, Gaspar y Baltasar, reduciendo su número a tres, aunque esto también es arbitrario. Lo que sí es cierto es que eran hombres de buena voluntad. De aquellos que “ama el Señor”, cantados por los ángeles, junto al portal, la noche de la primera Navidad.

La estampa de los Reyes Magos pertenece a los archivos de nuestra de infancia. El relato de San Mateo, vertido para algunos en Historia Sagrada, despertó nuestra fantasía de niños, por obra y gracia de una mamá catequista o de algún paciente maestro.

Así conocimos por primera vez los camellos, sentimos la soledad del desierto, aprendimos del valor del oro, el olor del incienso y el sabor de la mirra.

Melchor, Gaspar y Baltasar están entre los primeros evangelizadores de nuestra inocencia. Profesaban una fe abierta al mundo. De ahí que traspasen las barreras de su país y de su cultura, para venir a adorar al Rey de los judíos. No pretenden saberlo todo. No se creen propietarios exclusivos de la verdad. Comprenden que Dios puede revelarse más allá de su paisaje natal. Nos dan ejemplo de búsqueda. Comprenden el llamado de Dios y aceptan el riesgo.

De otra parte, Herodes existe hoy, multiplicado en las páginas de nuestra historia. Lo encontramos en todo aquel que no respeta la vida. En todo aquel que desconoce los valores del hombre.

Pero el Señor sigue hablando. Sus mensajes no sólo se escriben en el cielo, como la luz de una estrella. Brillan también sobre la casa de los pobres, igual que sobre la morada de María y José en Belén. Los escuchamos en la noche, al revisar nuestra conciencia.

A los Magos, Dios les aconseja volver a su tierra por otro camino y ellos saben obedecer.

Finalmente esta visita de los viajeros de oriente nos muestra que Cristo es patrimonio de todos los hombres. A quienes ya conocemos a Jesús nos toca entonces compartir su persona y su mensaje con quienes viven a oscuras. Con muchos, cuya pobreza le impide buscar un camino para encontrar a Dios hecho hombre para salvarnos.

Bautismo del Señor

1. Cien gramos de locura

“En aquel tiempo proclamaba Juan: Yo os he bautizado con agua, pero el que viene detrás de mí os bautizará con Espíritu Santo”. San Marcos, cap.1.

- ¿ Quieren ustedes que este niño sea bautizado en la fe de la Iglesia?. - Sí, responden los padres y padrinos, aunque con escaso entusiasmo. - Luego el sacerdote baña la cabeza del infante, mientras pronuncia las palabras sacramentales: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Entonces la Iglesia recibe a un nuevo hijo, de que ha de copiar en su vida el Evangelio.

Pero a muchos lo anterior nos parece el comienzo de una novela religiosa. Es algo que no nos resuena en lo interior. Un día nos bautizaron, pero ni siquiera recordamos la fecha. Y luego nos fuimos por el mundo con un registro bautismal en nuestro haber, pero con un alma y una vida de paganos. Estremece pensar que aún en los países con mayor porcentaje de bautizados, es bajísimo el número de cristianos auténticos.

San Marcos, con su estilo cortado, nos cuenta el Bautismo de Jesús en el río Jordán. Tiempos difíciles corren cuando aparece el Precursor. El

imperio, apoyado por la dinastía de Herodes, oprimía con crueldad al pueblo.

Entonces, en la ribera oriental el Jordán, junto al remanso a donde confluían varias rutas, empieza su predicación el Bautista. Anuncia a quienes vienen a escucharlo que el Mesías está próximo. El que bautizaría con fuego, es decir con la fuerza viva de Dios.

Cuando llegara el Salvador, de poco serviría ser hijo de Abraham, si la propia vida no es justa frente a los preceptos del Señor. Penitencia interior y caridad con todos, era el resumen de la predicación de Juan. Y cuando algunos aceptaban su palabra y deseaban enmendarse, el Precursor los bautizaba en el río.

Este rito de purificación no equivalía a nuestro actual Sacramento de la Reconciliación. Igual cosa se hacía con los paganos que abrazaban el judaísmo. También con los neófitos, en el austero grupo de los esenios.

A ese lugar, donde predicaba Juan, acudió también Jesús para ser bautizado. Y cuando salía del agua se oyó una voz de lo alto, mientras una paloma descendió sobre él. Así se manifestaba la presencia de Dios sobre aquel joven profeta.

Jesús no empezaba entonces un proceso de conversión, pero sí un camino nuevo: El anuncio del Reino de Dios a todos los hombres.

El Bautismo es la puerta por la cual entramos a un nuevo modo de vivir. Entonces clarificamos que Dios existe para nosotros. Que es bueno y todopoderoso. Que nos ama y ha enviado a su Hijo para salvarnos. Así alcanzamos una dimensión superior que ennoblece y califica todo lo nuestro.

A algunos, la familia les enseñó a vivir como cristianos. A otros el hogar nada les dijo de su vocación a la fe. Pero aún es tiempo de hacer realidad nuestro bautismo. Volver a Dios no es una obligación que nos tortura. Es una posibilidad que nos salva.

A un pensador creyente le pregunta una periodista: “¿Qué ha significado para ti el Bautismo?” Y él, con un guiño de amable picardía, le responde: “¿Huy, cien gramos de locura”. Porque la fe, cuando la practicamos de verdad, nos hace vivir fuera de lo común. Lo mismo que el amor, la locura de un amor, cuando es auténtico.

2. Nuestra genealogía

“En aquel tiempo proclamaba Juan: Yo os he bautizado con agua, pero El os bautizará con Espíritu Santo. Por entonces llegó Jesús a que Juan le bautizara”. San Marcos, cap. 1.

La liturgia cristiana integra un conjunto de elementos y de signos que explican y realizan la presencia del Señor entre nosotros.

El agua del Bautismo simboliza la vida y, a la vez, nos hace nacer a una visión nueva: La de Dios.

El aceite significa fortaleza y conforta nuestra vida de fe.

Por medio de la liturgia confesamos que Dios vive en nosotros y celebramos con alegría su alianza.

En las aguas del Jordán tuvo lugar un día el bautismo de Jesús: Una liturgia muy simple. Nos la cuenta San Marcos: "Llegó Jesús desde Nazaret, a que Juan lo bautizara. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y el Espíritu bajar hacia El cómo una paloma. Se oyó una voz: "Tu eres mi hijo amado".

La liturgia bautismal es un poco más compleja. Quiere motivar nuestros sentidos y acercar nuestra mente al misterio: Preguntas a los padres y padrinos. Señal de la cruz sobre la frente del niño. Varias unciones con aceite bendito. Diversas oraciones, la profesión de fe. Se enciende en el cirio pascual una candela. Se le impone al recién bautizado un lienzo blanco...

Pero lo más importante y esencial es el agua que se derrama sobre la cabeza del niño. Un poco de agua que hubiera servido para preparar un alimento, para calmar la sed, para lavarnos las manos, para regar la planta que florece en la ventana.

Pero detrás de esa agua, de ese gesto, se esconde la acción todopoderosa del Señor. De ahí en adelante, ese niño que ha sido registrado ante la ley cómo hijo nuestro, empieza a comprender que es hijo de Dios, con todos los derechos y deberes que esto significa.

Y esto no es una leyenda medieval, cómo la de aquel rey que trajo a su palacio a un niño encontrado en el bosque. Es algo real, garantizado por la palabra de Jesús.

Por esto envía a sus apóstoles por todo el mundo: "Anunciad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

El día en que fuimos bautizados ocurrió este acontecimiento maravilloso. Y aunque a veces lo olvidemos, permanece cómo un tesoro escondido. Podemos en cualquier momento descubrir sus consecuencias.

Sentiremos que la ternura de Dios despierta nuestra ternura, que su alegría paternal contagia nuestro gozo, que su bondad nos alienta. Que al estudiar nuestra genealogía llegamos hasta El.

3. Hombres de Cristo

“Entonces llegó Jesús de Galilea para que Juan lo bautizara. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma”. San Marcos, cap. 1.

Hasta hace algunos años se acostumbraba bautizar a los niños con nombres del calendario cristiano. Allí se consignaba una larga lista probablemente extractada del Martirologio, libro oficial de la Iglesia que reúne a todos los santos canonizados.

Esto explica por qué nuestros abuelos llevaron nombre extraños pero cargados de piedad. Los cristianos viejos comprendían que el bautismo nos consagraba a Cristo, y unía nuestras personas con aquellos que nos precedieron en la fe.

San Marcos, presenta a Jesús en público el día de su bautismo en el Jordán. Entonces se abrió el cielo y el Espíritu bajó sobre el Señor en forma de paloma. Se oyó una voz también: “Tú eres mi Hijo amado”. Este hecho quizás no tuvo resonancia entre el grupo inicial de los discípulos, pero las primeras comunidades lo comprendieron con mayor profundidad.

El rito del agua lo habían usado, tanto el pueblo judío como sus vecinos, en las ceremonias de iniciación religiosa.

Quien era sumergido en el agua, salía de allí como criatura nueva, comprometido a una conducta distinta.

Cuando Jesús se acerca al Precursor para hacerse bautizar, contagia de forma simbólica, todo su ser de Dios Hombre al agua que mojará en tiempos venideros la cabeza de sus discípulos.

Apenas conformada la Iglesia, los apóstoles repiten este gesto del bautismo para todo los que habiendo escuchado de Jesús de Nazaret, lo aceptan como Hijo de Dios y salvador.

A quienes de niños nos dieron el Bautismo parece que poco nos importa tal acontecimiento. Casi nadie recuerda en qué fecha tuvo lugar. Ese día empezamos a ser oficialmente hijos de Dios. Lo éramos ya por creación, pero cuando la comunidad Iglesia nos acogió, declaramos por boca de los padrinos que nos interesaba la fe cristiana y que según ella íbamos a enrutar nuestra vida.

En la primitiva Iglesia, como hoy en muchos lugares de misión sólo se acepta a adultos para este sacramento. Y luego de una preparación de varios años. La práctica del bautismo para los niños nació en tiempos de creciente mortalidad infantil y a causa de una teología no muy exacta, que vetaba el ingreso al cielo a los no bautizados.

En un comienzo además, el sacramento de la Confirmación no se tenía como algo distinto del Bautismo. Hoy lo celebramos cuando los jóvenes poseen una relativa madurez. Entonces, ante el obispo, el padre de la fe en cada comunidad, ellos confirman su compromiso cristiano. Expresan públicamente que conocen a Jesucristo y desean vivir de acuerdo a su enseñanza.

El mundo actual, tan acelerado y complejo, dista mucho de aquellos ámbitos donde nuestros abuelos vivieron su fe. Hoy somos apenas sobrevivientes en estas selvas de cemento y de contaminación, agobiados de preocupaciones y peligros. Pero también en estos espacios es posible vivir el Evangelio. El hombre urbano de hoy sabe descubrir con entusiasmo a Jesús de Nazaret como único modelo de vida.

Bastaría recordar qué es un cristiano. Lo señaló el Padre Astete hace ya cinco siglos: “Hombre que recibió la fe de Cristo y está consagrado a su santo servicio”.

Cuaresma

Primer domingo

1. La libertad nos cuesta

“En aquel tiempo el Espíritu empujó a Jesús al desierto, donde se quedó cuarenta días, dejándose tentar por Satanás”. San Marcos, cap. 1.

En los “Hermanos Karamazov”, Dostoyevsky nos presenta a Cristo, quien de regreso a la tierra hacia el siglo XVI, se encuentra en Sevilla donde la multitud le acoge entusiasmada. Los atormentados y los dolientes le rodean. Y El a todos les devuelve la paz y la salud.

Pero de pronto entre la multitud aparece el Gran Inquisidor. Es un anciano erguido, de rostro pálido y ojos chispeantes, el cual desafía a Cristo. “¿Por qué - le grita - has venido a estorbarnos? ¿Por qué nos diste la libertad cuando tenemos hambre de pan?. Nos abrumas con esa libertad, oprimente como un odioso yugo”.

Es probable que el novelista ruso escribiera desde su experiencia personal. Porque a todos la libertad nos cuesta. Ella es un don que nos expone a infinitas tentaciones. Sería mejor tener a la mano el pan de cada día, sin estar obligados a pensar, a elegir, a luchar.

A Jesús, hombre verdadero, el Demonio le ofreció renunciar a su tarea de Mesías. Tendría entonces una vida cómoda, un populismo fácil, una gloria barata que atraería a muchos. El Maestro sintió en su interior esa tensión que experimentamos tantas veces, cuando lo agradable es próximo y posible, mientras lo justo se presenta como un ideal difícil y distante.

Este dilema tortura a jóvenes y adultos, a niños y a personas mayores. A quienes se han propuesto ser buenos y a muchos que tratan de vivir a sus anchas.

También el pueblo escogido fue tentado en las diversas etapas de su historia. Se sintió empujado a trocar a Yahvé por otros dioses, a vender su fidelidad a cambio de gratificaciones pasajeras. Moisés, David, Jeremías, los grandes personajes de la Biblia y también los santos de la historia cristiana, se vieron abocados a ese dilema: Hacerle caso al Señor, o seguir sus propios caprichos.

Pero conviene entender que la tentación nunca nos devalúa. Ni como personas, ni menos aún como cristianos. Poder decirle no a Dios es parte de nuestra condición. Decirle sí, desde la libertad, hace parte de nuestra grandeza. Aún más, muchos creyentes nos enseñan que ser tentados pudiera indicar una predilección: “El oro se prueba en el fuego y los hombres gratos a Dios en el crisol de la tribulación”, enseña el Eclesiástico. “Como tú eras grato a Dios - dice el ángel a Tobías - convino que la tentación probara tu fidelidad”.

Añade J. M. Cabodevilla: “La tentación robustece el alma, lo mismo que el viento es un estímulo mecánico para el crecimiento del árbol. La

tentación hace posible nuestro progreso, como ocurre en el vuelo de las aves. Ellas no avanzan solamente por el impulso de sus alas, sino también por la resistencia del aire. La tentación nos adoctrina sobre el corazón humano, para hacernos más comprensivos con las flaquezas ajenas.”

Frente a las tentaciones de Cristo, frente a nuestra humana condición, despertemos la alegría. Una alegría que habrá de convertirse en confianza. Una confianza que será luego seguridad. No le importan a Dios los fracasos anteriores, ni nuestros balances deficitarios.

2. Saludos nos manda Dios

“Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: Está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed la Buena Noticia”. San Marcos, cap. 1.

Nietzsche acusa a los cristianos de matar la alegría y de ensombrecer el firmamento.

El pensador alemán puede tener razón si ha observado a cristianos que desfiguramos el Evangelio. Los que a través de nuestras actitudes y nuestro modo de transmitir el mensaje, no predicamos a un Dios, Padre y Amigo. Si no comunicamos el gozo de la Buena Noticia.

Padres de familia, profesores, sacerdotes, comunicadores, hacemos demasiado énfasis en aspectos secundarios de la fe y descuidamos cosas sustanciales.

Porque es más interesante el amor de Dios que el infierno, es más importante la caridad que la continencia, es más valioso el estar comprometidos con el mundo, que el ser meros inquilinos de un valle de lágrimas.

Con frecuencia anunciamos un Evangelio contaminado, con nuestras neurosis:

Resentimiento social: Nuestra palabra se hace parcializada y amarga.

Miedo al sexo: Nuestro mensaje se vuelve deshumanizado y lleno de amenazas.

Delirio de poder: Hablamos demasiado de lo temporal, de lo inmediato. Confundimos el Reino de Dios con el orden jurídico.

Inseguridad: Somos incapaces de reconocer nuestros errores y culpamos a los demás de todos los males.

Hemos despojado la fe de su capacidad de trascendencia.

Nuestras liturgias resultan entonces frías, desprovistas de arte, sin sentido de fraternidad.

Vivimos una religión inediatista, utilitarista, inepta para crear ilusiones de buena ley, sin poder para elevarnos más allá del hambre, de la sed, del cansancio de cada jornada.

Predicamos un Dios sin alegría. Se nos nota en el tono de voz áspero y sin amor. No comunicamos simpatía, ni buen humor, ni esperanza.

Hemos olvidado que la palabra gozo se encuentra cincuenta veces en el Nuevo Testamento y el verbo alegrarse, sesenta y tres.

Hemos atado el Evangelio a una sola cultura, a un momento histórico especial, a una determinada geografía.

Por esto, la juventud y mucha gente de buena voluntad, no nos entienden, ni se sienten llamadas por la palabra del Señor.

Al comienzo de su predicación, Cristo insiste en tres asuntos principales:

- "Está cerca el Reino de Dios". Es decir: Si lo queremos, este mundo puede empezar a ser distinto.
- "Convertíos": Es necesario tener nuevas actitudes ante la fe y ante la vida.
- "Creed la Buena Noticia": Dios nos manda saludar, invitándonos a aceptar su mensaje.

3. Aquellos pactos con el diablo

“Jesús se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás”. San Marcos, cap. 1.

¿Han leído ustedes “El Retrato de Dorian Gray”?

En épocas pasadas era cosa frecuente que un ambicioso, o un desesperado, hiciese pacto con el diablo. A cambio de determinado poder, de riqueza o juventud, el interesado firmaba el documento con su sangre y transfería su alma a Satanás.

Las cosas han cambiado. El demonio ya no pierde su tiempo con un solicitante aislado. ¿Para qué?, si puede tener bajo su mando a pueblos enteros, grupos numerosos, o sectores especiales de la sociedad

contemporánea. El diablo firma hoy arreglos colectivos, acuerdos a alto nivel y realiza negociaciones en la cumbre.

Dejemos a los teólogos que, con ciencia y paciencia, nos esclarezcan si la expresión demonio en la Biblia significa espíritus que son personas, o una forma hebrea de designar los poderes del mal. Pero tanto el antiguo como el nuevo Testamento nos hablan del diablo, Belcebú, Satanás, los espíritus inmundos.

Y cada uno de nosotros siente también en su vida y en la sociedad que lo rodea, la influencia del mal, que contrarresta con ahínco los esfuerzos de Dios y de los hombres de bien.

Basta recordar el tráfico de influencias, los negocios injustos, el imperio de la droga, la corrupción, la discordia en las familias, la infidelidad conyugal, las leyes que van contra la verdad y la injusticia. Y muchas cosas más.

Pero el demonio no trabaja solo. Lo hace en equipo y todos, más o menos, podemos ser colaboradores y quinta columna de su ejército: Cuando no cumplimos el deber, si no actuamos generosamente, o escogemos el camino más fácil. Si no hablamos a tiempo, no corregimos, o no sacrificamos nuestros intereses en bien de la comunidad.

Cuando el Evangelio nos cuenta que Jesús resistió al tentador en el desierto, nos enseña que su victoria puede renovarse a diario en cada uno de nosotros.

Con la oración alcanzaremos que el poder de Cristo apoye nuestra flaqueza. Somos débiles, pero Dios “nunca permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas”, como escribió san Pablo a los corintios. Aún más: La tentación puede llevarnos a un encuentro más íntimo con Dios, nuestro Padre. Lo explicó, con lujo de detalles, san Lucas en la parábola del Hijo Pródigo

De otro lado, ningún cristiano tiene que negociar con el demonio en busca de riquezas, de poder o de eterna juventud. “Toda dádiva buena y todo don perfecto vienen de lo alto, descienden del Padre de las luces”. Nos lo enseña el apóstol Santiago.

Segundo domingo

1. Allá en el corazón

“Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan a una montaña y se transfiguró delante de ellos”. San Marcos, cap. 9.

Que el cadáver no cause miedo a nadie, ni siquiera a los niños. Que el difunto parezca suavemente dormido entre almohadones y fragancias. Los maquilladores le quitarán del rostro el rictus de la muerte, borrando con afeites su palidez de cirio.

¿Pero será posible maquillar las conciencias? Sí parece. Porque diariamente ocultamos muchas perversas intenciones, deseos criminales, actitudes inicuas bajo palabras suaves e hipócritas sonrisas.

El Evangelio nos narra la Transfiguración del Señor: Jesús sube a una montaña, en compañía de sus más cercanos discípulos, Pedro Santiago y Juan y ante ellos se transforma visiblemente. Un evangelista señala que su rostro se volvió brillante como el sol. Otro apunta que los vestidos de Cristo se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún lavandero. Aquel día el Maestro permitió que sus discípulos lo contemplaran, más allá del resplandor y la blancura, como el Hijo de Dios.

Pedro reaccionó emocionado: ¡Qué bien se está aquí! Hagamos tres chozas para quedarnos.

Según san Mateo, en nuestro propio corazón se incuban todos los pecados. Pero también allí anidan todas nuestras positivas posibilidades. Entonces la transfiguración del cristiano será un esfuerzo continuado por sacar a la luz nuestras bondades. Ellas existen, no obstante las asechanzas del mal.

En lo más hondo del alma todos guardamos una marca de fábrica: Somos hijos de Dios. Pero quizás nuestros comportamientos pocas veces la manifiestan. Allí también se esconde una inmensa dimensión de amor. Sin embargo, casi siempre agoniza sin proyección hacia los hermanos. Lo mismo le sucede a nuestra capacidad de perdón: No ha hemos puesto en acción para construir paz.

Atesoramos en nuestra mente mil palabras de verdad y de anuncio de Dios. Pero se han quedado almacenadas, con peligro de vejez inminente. La memoria conoce las cualidades y los dones ajenos. ¿Se nos ocurre, con sinceridad y alegría, resaltarlas? ¿Dejamos asomar a los ojos esa

serenidad que Cristo nos regala, nuestro profundo gozo de sentirnos amados por el Todopoderoso?

Antes de celebrar la Pascua se nos presenta una buena ocasión para transformarnos desde dentro. Transfigurarnos es algo muy distinto de maquillarnos artificialmente. El Señor quiere que seamos iconos de su transfiguración y no sepulcros blanqueados.

El rosal le dijo a la viña: Yo te presto mis flores. Con sus pétalos podrías arropar tus racimos ahora verdes y amargos. Los viandantes te mirarán llena de colores y hermosa. Sentirán sus aromas. Y te llenarán de alabanzas.

Respondió la viña: No quiero aparentar, ni menos aún engañarme. Esperaré que mis raíces me entreguen la dulzura que ellas le sorben a la tierra. De otro lado, mis racimos saben mirar al cielo. El sol de junio madurará mis uvas y mañana el vino generoso alegrará el corazón de los hombres.

El sol insistió: Eres tonta. Existen muchas formas de vivir y prosperar, sin muy arduo trabajo.

Seguramente, respondió el rosal. Existen. Pero la verdad es una sola. Y son infinitas las mentiras de este mundo.

2. La oración de fray Crispín

“En aquel tiempo Jesús llevó a Pedro, a Santiago y a Juan a una montaña y se transfiguró delante de ellos”. San Marcos, cap. 9.

Fray Crispín se ha quedado ciego. Después de muchas andanzas cómo misionero en la Guajira colombiana, pasa sus últimos años en el internado indígena.

En las tardes se hace llevar de la mano hasta la capilla de la Misión. Allí palpa con sus manos temblorosas la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y eleva entonces su oración confiada: "Sagrado Corazón de Jesús, ¿recuerdas cuando te saqué de la aduana de Maracaibo, envuelto en una hamaca? ¡En ti confío!".

Para evitar problemas en la aduana, el Hermano Crispín había envuelto la imagen, venida desde España, en una hamaca, diciendo que era un indio enfermo. Esta había sido la gran proeza de su vida. Su momento cumbre, cuando se lo recordaba al Señor.

En la invitación que Cristo hace a sus tres íntimos amigos, descubrimos una llamada a encontrarse con Dios.

Jesús los invita a una montaña alta y delante de ellos se transfigura.

A nosotros también nos llama el Señor a departir con El, para darse a conocer tal cómo es, para mostrarnos la vida en otra dimensión. Pero con frecuencia declinamos la invitación. Estamos demasiado ocupados.

El encuentro con Dios se realiza sobre todo en la oración. Orar es aceptar esa cita con el Señor, para escucharlo y también para hablarle de nuestras cosas.

Bastará hacer un poco de silencio y confiarnos a El. No es necesario saber mucha teología ni recitar frases alambicadas y solemnes.

Basta con expresarle a Dios lo que sentimos: El problema del hijo, la incertidumbre del trabajo, nuestras luchas interiores, nuestras angustias y nuestras esperanzas.

El Hermano Crispín oraba a su manera, poniendo ante Dios su hazaña en Maracaibo, confiado en que el Señor se la tendría en cuenta.

Es cuestión de amor. Este reanima los recuerdos y realiza una especial sintonía con aquellos a quienes amamos.

Quizás nos hemos sorprendido alguna vez hablando a solas, por el recuerdo de una madre lejana, de una novia ausente, de una esposa que nos espera, de un hijo cuyas preocupaciones nos desvelan.

Esto es orar. Llegar hasta el Señor con todo nuestro equipaje de esfuerzos y desengaños.

Podemos orar cuando las cosas andan mal, cómo una súplica. Cuando logramos éxitos, cómo acción de gracias. Cuando miramos el sufrimiento ajeno, cómo intercesión. Cuando aconsejamos, para que nuestra palabra caiga en buena tierra. Cuando no podemos hacer nada, porque todas nuestras herramientas se han mellado, cómo un estar allí humilde y silencioso... aceptando y compartiendo.

3. Aviso para caminantes

“Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan a una montaña alta y se transfiguró ante ellos.” San Marcos, cap.9.

A Don Quijote, su locura sublime le hacía mirar feroces enemigos, en los mansos molinos de viento de la comarca manchega. Nosotros sufrimos de otra locura, que nos oculta la presencia luminosa del Señor en los acontecimientos de la vida.

Pero Dios acostumbra transfigurarse, en ciertas ocasiones, para que miremos gozosamente su luz y su gloria y así se consolide nuestra fe.

El evangelio nos cuenta cómo el Señor llevó a tres de sus discípulos a una montaña y les mostró un poco de su gloria. Ante Pedro, Santiago y Juan, Cristo manifestó su gloria. Les dio a entender quién era, de una forma más clara y convincente. Los evangelistas apelan a ciertas comparaciones

para explicar tal experiencia: Que los vestidos del Señor se volvieron blancos como la nieve y su rostro resplandeciente como el sol. Formas humanas de presentar cosas divinas.

Muchos de nosotros hemos tenido en la vida momentos semejantes. Hemos sentido a Dios muy cerca, comprendiendo claramente que El es nuestro Padre. Nos pareció que alargando los brazos, lo hubiéramos podido tocar. Pudo ocurrir así cuando nació el primer hijo, en la muerte de un ser querido, cuando sufrimos aquel accidente. En aquella confesión que hicimos, cuando encontramos un amigo de verdad.

Pero quizás otros hermanos nuestros no han gozado esta experiencia maravillosa. No tuvieron la suerte de sentir a un Dios cercano, ni descubrieron a Cristo en su hogar. O el viento de la vida los arrastró muy lejos de la fe.

Pero a quienes hemos visto al Señor, nos nace el antojo de plantar nuestra tienda allá en el monte. No vale quedarnos embelesados, financiados espiritualmente por la luz de Dios. Conviene regresar a la penumbra del valle, para hablar con los hermanos de ese Cristo que se nos ha revelado tan generosamente. Muchos esperan nuestra palabra, nuestra voz animosa y el apoyo de nuestras manos amigas.

A veces también pretendemos que los demás suban a la montaña por el mismo camino nuestro. Como si la esencia del cristianismo consistiera en determinadas formas: En mi devoción, en mi apostolado personal, en mi gesto, en mis costumbres familiares. A Cristo se puede llegar por muy distintas sendas, siempre que estén iluminadas por el Evangelio.

Tampoco despreciemos a quienes no han comenzado todavía el ascenso. Cuántas veces en nombre de Jesús hemos ahuyentado, con nuestra suficiencia y vanidad, a los que dudaban allá abajo, antes de emprender

la cuesta. Hay muchos hermanos que han caído en los baches del camino. A otros les cuesta mucho subir ya por la tarde, aunque estén convencidos de que la luz está en la cumbre.

Si nos volvemos hacia el prójimo, volveremos a encontrar al Señor transfigurado. Sea esta reflexión de hoy un aviso para caminantes.

Es bueno gozar la luz de Dios, pero es mejor compartir la lucha de los que buscan al Señor, entre las oscuridades y vericuetos del camino.

Tercer domingo

1. Golpes que purifican

“Jesús, haciendo un azote de cordeles, echó del templo a los vendedores y cambistas, diciéndoles: Mi casa es casa de oración”. San Juan, cap. 2.

“El templo - escribe un biblista francés - fue para los judíos una especie de microcosmos que afirmaba, con su arquitectura, la vocación propia del pueblo escogido”.

Lo anterior nos explica el asombro de fariseos y escribas frente a la insólita actitud de Jesús, quien, haciendo un azote de cordeles, como cuenta san Juan, expulsó a los cambistas de moneda y a los vendedores de ganados y palomas que habían invadido los atrios del templo. Y les dijo: No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.

Una turba de cambistas invadía aquellos atrios, trocando los denarios de Roma y las dracmas de Grecia por moneda judía no contaminada, con la cual se pagaba el tributo religioso. Numerosos mercaderes ofrecían animales para los sacrificios, en medio de la algarabía y el desorden. Todo lo cual desató la ira del Maestro.

Pero además el Señor hace aquí un gesto simbólico, relativizando todo el culto judío que en adelante ya no tendrá sentido. A la samaritana el mismo Jesús le explicará que llegará el momento de no adorar a Dios ni en Jerusalén ni en Garizim, sino “en espíritu y en verdad”.

Los judíos preguntan entonces al Maestro con qué autoridad hace estas cosas. Y El Señor: “Destruid este templo y en tres días lo reconstruiré”.

Esta segunda afirmación hizo rechinar los oídos de los presentes. El templo, esa maravilla, ¿un profeta galileo será capaz de destruirlo, para reedificarlo luego, como por arte de magia?

Pero Jesús se refería a su propio cuerpo, que habría de ser vencido por la cruz y luego resucitado por el poder de Dios.

Israel, a través de su historia se sintió siempre como un pueblo invadido por Dios. Ni las incursiones de Grecia, ni la ocupación romana aminoraron esta conciencia que los rabinos recalcaban en la sinagoga.

Pero ahora Jesús descubría que así como el templo se veía asediado por aquellos negociantes, también el corazón de cada judío sucumbía bajo otras preocupaciones: El culto como un cumplimiento mecánico de la ley. Una fe de exteriores que no producía un cambio personal. La esperanza de un Mesías temporal, para provecho de unos pocos.

Aquel profeta airado, que barría mercaderes y cambistas de los atrios del templo, gritaba entonces que Dios quiere gente convertida desde el corazón. Desea que sus hijos lo amemos en espíritu y en verdad.

No dejemos entonces que las preocupaciones del dinero suplanten en nosotros los valores evangélicos. Evitemos también un cristianismo apegado a la letra que asfixia la creatividad y el corazón. Tratemos de vivir en lo profundo la alianza con el Señor. Desterremos de la Iglesia un afán innecesario de protagonismo, que no se compadece con su condición de servidora.

También los golpes de la vida barren de nuestro mundo tantas cosas, que nos estorban el encuentro con Dios. Cuando así ocurra no demos lugar a las quejas, sino a la esperanza.

2. Ni siquiera un cabello

“Haciendo Jesús un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes y a los cambistas les volcó las mesas. Y a los que vendían palomas les dijo: No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre”. San Juan, cap. 2.

Quizás hayamos contemplado alguna vez, desde la ventanilla del avión, el panorama de una ciudad. En la parte antigua, se destacan los templos que levantaron nuestros mayores. En las afueras, apenas sí alcanzamos a distinguir alguna construcción más espaciosa, que podría ser el lugar de reunión de una parroquia.

Antes, nuestras Iglesias eran los edificios más imponentes del contorno. Se gastaban muchos años, se invertía mucho esfuerzo y dinero en levantar sus muros y torres, en decorar su interior con mármoles, e imágenes preciosas.

Hoy nuestros templos son más modestos. Los necesitamos con más urgencia y son otras las posibilidades económicas de los fieles. Ha habido un cambio en el estilo arquitectónico. Es también otro el sentido del templo dentro de la comunidad. Antes, era la casa de Dios.

Era difícil comprender que el Señor habitara fuera del Cielo y del Sacramento del altar. Hoy muchos lo encuentran a El fuera del templo, en los hermanos más necesitados y también más allá de nuestras estructuras, bajo otros ropajes, dentro de otros enfoques religiosos.

¿Por qué todo esto?

Cuando Jesús arroja del templo a los mercaderes y derriba las mesas de los cambistas, no sólo quiere purificar el templo de Jerusalén. Nos enseña además a vivir una fe distinta de la religión judía.

Le hemos añadido a la fe muchas dosis de folklore, de tradición. La hemos sobrecargado de adornos emotivos, de ideologías, de preceptos.

Algunos quisieran amputarle de un tajo todas estas adherencias, para dejarla limpia y acendrada. Pero la fe viaja siempre en la historia y está sujeta a los vaivenes del mundo.

Cómo el aire y el agua, también la religión, cuando la purificamos demasiado, se vuelve incapaz de servir al hombre.

Ella brinda a cada creyente, según su gusto particular, un sabor especial, una diversa modalidad, una respuesta personal, un matiz, una tonalidad diferente. Despojarla de todo esto equivaldría casi a destruirla.

Pero sí quiere el Señor que libremos a la fe de todo mercantilismo. No se trata de cambiar sacramentos por méritos, o sacrificios por anestesia contra el remordimiento. Menos aun de manipular a Dios para el servicio particular de unos pocos, o negociar con El cómo si fuera un producto milagroso.

Nuestra fe no es cuestión de compraventa. Es una amistad maravillosa entre Dios y nosotros. El permanece fiel: Ha mantenido su palabra hasta las últimas consecuencias.

Tal vez nosotros no hayamos querido arriesgar por El ni uno sólo de nuestros cabellos.

3. El enojo de Cristo

“Jesús, haciendo un azote de cordeles, echó a los vendedores diciéndoles: No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre”. San Juan, cap.2.

Este Evangelio nos pone a pensar. En el Levítico, Dios enseñó a su pueblo, cómo habrían de ser los sacrificios de bueyes y de ovejas, las ofrendas y cada uno de los ritos del templo.

Pero ahora Jesús se molesta ante quienes venden los animales para los sacrificios. Los acusa de haber convertido en un mercado la casa de su Padre.

La fe cristiana también se vive dentro de una aparente contradicción. De un lado, las imágenes, las procesiones, los escapularios y las medallas. De otro una religión fría y descarnada y hasta cierto punto intangible.

Si deseamos comprender la actitud de Cristo, hay que recordar que la venta de animales había invadido el templo. Que los sacrificios materiales habían suplantado, para gran número de judíos, la religión de la mente y el corazón predicada por los profetas. Por eso el enojo de Cristo: Un justo rechazo a la desviación de la fe.

Jesús venía a instaurar un nuevo orden en las relaciones con Dios, a purificar al hombre, a recordarnos el verdadero sentido del culto y del templo, desde una nueva alianza.

Por lo tanto, el cristiano no puede quedarse con lo externo. Hay que ir más hondo: A la religión de la mente y del corazón. Nos lo enseñan quienes hablan de “trascendencia”. Nos dicen que los signos religiosos, han de ir más allá de sí mismos. Han de propiciar convicciones, actitudes interiores, criterios y fuentes de inspiración. De lo contrario, el Señor nos podría recriminar por el profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí”.

Cabría entonces preguntarnos: ¿Por qué guardamos ciertas normas morales? ¿Por amor a Dios o solamente por no perder imagen? ¿Por qué oramos? ¿Por qué recibimos los Sacramentos? ¿Por qué realizamos ciertos ritos?

Si todo ello trasciende a una religión interior, vale la pena. De lo contrario serían gestos vanos y falsas apariencias.

El otro extremo sería pretender una religión carente de signos exteriores: Una Iglesia invisible, sin templos, sin reuniones, sin Sacramentos, sin palabras. Sería una religión extraterrestre y pecaríamos contra la antropología. Para ser cristianos necesitamos, unos más, otros menos, las fórmulas, las procesiones, las imágenes, las flores, las luces y los cánticos.

Antes se definió al hombre como animal racional. Ahora se dicen cosas más hermosas y más verdaderas. Somos un espíritu en íntima comunión con la materia. Esta es la razón de los símbolos y la explicación de nuestra trascendencia.

Es oportuno revisar nuestro cristianismo, para ver si en la mente y en el corazón vive el Señor. Y si esta experiencia la manifestamos convenientemente por medio de lenguajes exteriores.

Cuidémonos de convertir la religión en una farsa. Pero también cuidémonos de alejarla de todo lo visible, hasta convertirla en algo abstracto. Tendríamos un cristianismo muy puro, pero semejante a aquel caballo de la leyenda: Poseía todas las cualidades y un solo defecto: No existía realmente.

Cuarto domingo

1. El visitante nocturno

“Dijo Jesús a Nicodemo: Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en El, sino que tenga vida eterna”. San Juan, cap. 3.

Hasta ese día Jesús se ha codeado con la gente sencilla: Campesinos y pescadores, amas de casa y cosecheros temporales, desempleados y vagabundos. Pero esta noche lo visita un jefe judío, del grupo de los fariseos, miembro además del supremo sanedrín. Se llama Nicodemo y es hombre adinerado. Una tradición rabínica asegura que “con su riqueza podía dar de comer, durante diez días, a todo el pueblo de Israel”.

El visitante inicia el diálogo con un cumplido: “Maestro, sabemos que has venido de Dios. Porque nadie puede realizar las obras que realizas que si Dios no está con él”. Jesús le responde con un reto: “El que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios”.

Nicodemo escucha desconcertado: ¿Qué significa un nuevo nacimiento? ¿Hace ironía Jesús con su edad ya mayor? Sin embargo el diálogo

avanza. Muchas preguntas del visitante y otras tantas respuestas del Señor, aunque veladas entre símbolos, a la usanza judía: “El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va”. “Del mismo modo que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre”.

Pero el fariseo no se irrita. Entrecierra los ojos para mirar con más profundidad a su interlocutor, mientras las dos siluetas, empujadas por la luz de una lámpara se proyectan contra la pared. Un viento suave se cuele por las torcidas calles de Jerusalén. La noche avanza.

Cuando Jesús comprende que su huésped ha abierto su corazón hacia lo desconocido, le dice, mirándolo a la cara: “ Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna”.

Nicodemo cruza las manos, e inclinándose, descansa sobre ellas su frente. Parece que ha entendido, pero esta palabra le sacude interiormente como una tempestad. El, que ha vivido de la ley. Que cumplido todas sus minucias, preocupado de no irritar a un Dios exigente, se asoma de improviso a un panorama infinito de bondad y de ternura. Aunque tímidamente, Nicodemo comienza a ser cristiano.

Cuando san Pablo les explica a los efesios la bondad de Dios, apela a medidas geométricas: “Para que comprendáis cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que excede todo conocimiento”. En esa hondura naufragó aquella noche la sabiduría de Nicodemo: “Tanto amó Dios al mundo”...

Después de aquella entrevista nocturna, muchos Nicodemos y Zaqueos, Magdalenas y Dimas, hemos sentido que el Señor nos ama inmensamente. Y dejando a un lado nuestros esquemas anteriores, hemos empezado a ser cristianos.” Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo...”.

2. Nicodemo escucha

“Dijo Jesús a Nicodemo: Dios no mandó su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”. San Juan, cap. 3.

Es de noche. En la penumbra de la alcoba se destaca una sencilla mesa. Más allá una tinaja de barro. Enseguida una ventana por donde llega el frescor del valle, con el aroma de los viñedos y el lejano ladrar de los perros.

En un rincón parpadea una lámpara. Su lumbre proyecta sobre el muro los perfiles serenos de los dos amigos.

Jesús explica, Nicodemo escucha atentamente.

- "Dios no mando a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El".

Sin embargo, para algunos es más cómodo condenar al mundo que comprometerse a mejorarlo. De ahí sus muchas quejas y sus pocas iniciativas. Entre tanto, otros nos colocamos fuera del mundo y repetimos con ira: Tú, él, ustedes, ellos tienen la culpa.

Porque nos cuesta involucrarnos en el problema y reconocer serenamente la porción de pecado que equitativamente nos corresponde.

El mundo no se salva por los maestros que presentan diagnósticos y prometen fórmulas mágicas.

El mundo se mejora cuando nos sentimos solidarios con todos. Cuando nos animamos fraternalmente a una tarea de purificación.

Volvamos a Nicodemo: De pronto, el viento que sube desde Jericó e inclina los olivos de la cuesta, hace golpear la ventana.

Jesús añade: "El viento sopla donde quiere. Oyes su voz, más no sabes de donde viene ni a donde va".

Cristo emplea probablemente la palabra "ruah" que significa a la vez viento y espíritu. El Maestro relaciona casi siempre su palabra con el paisaje que lo rodea. La naturaleza es su libro de texto.

Aquí, en el viento, nos muestra la fuerza del Señor. Es imposible encadenarla.

Nos da los Sacramentos, pero sigue buscando de otras maneras la buena voluntad de los hombres.

No permite que nadie pierda del todo la inocencia.

Guarda siempre en lo interior de cada hombre, un pequeño lugar, un diminuto territorio, donde El habita con deliberada ternura.

Ni a los más grandes pecadores les falta alguna vez una caricia para el hijo, un rasgo de misericordia, un anhelo de justicia muchas veces no expresado, un deseo vehemente de liberación.

Trabaja el Señor aquí y allá, dentro de la Iglesia y fuera de ella.

Con quienes lo buscan y con aquellos que huyen de sus manos. Con todos los que le conocemos, aunque a medias, y también con cuantos creen ignorarlo.

Esto significa que el corazón de Dios es mejor que el corazón humano y más grande que la mente pequeña de los hombres.

3. Yo anuncio a Jesucristo

“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en El, sino que tenga vida eterna”. San Juan, cap. 3.

Pertenece a un grupo de Taizè. Es una joven francesa que se hospeda en un hogar de colombianos.

- ¿Cómo te llamas?, le preguntan. - Me llamo Josiane. -¿Qué haces? - Estudio trabajo social, responde con sencillez. Pero fundamentalmente, yo anuncio a Jesucristo...

El Evangelio nos habla de cómo Dios amó tanto al mundo, que le dio a su Hijo único. Y señala que este mensaje maravilloso se lo da Jesús a Nicodemo, un hombre rico que, temeroso, va a buscarlo de noche.

Hay algo en Nicodemo que rechazamos: Sus temores. Sin embargo, muchos creyentes de hoy compartimos con él su ambigua prudencia. Vivimos escondidas la fe. Mientras más se definen quienes dicen no creer, menos capaces somos nosotros de proclamar el Evangelio.

Disfrazamos la catequesis de relaciones humanas. La oración la hemos convertido en dinámica de grupo. No tenemos el valor de ser distintos. De decir no al materialismo, a la tibieza, a la injusticia, a las componendas, a la inmoralidad, al egoísmo.

Miramos de reojo a Nicodemo, olvidando que parecemos a él. Para el Maestro su visitante no es rico ni cobarde: Es alguien por quien el Padre de los cielos ha entregado su Hijo único. Por quien muy pronto Jesús dará su vida.

Este judío de buena voluntad es acogido por Jesús sin condiciones, para darle uno de los mensajes más profundos y hermosos del Evangelio. Es nuestra primera enseñanza de hoy: Veamos en el prójimo a un hermano,

a quien “Dios amó tanto que le entregó a su Hijo único para que no perezca”.

Pero hay otra lección en esta página: Dios solamente nos pide que preguntemos por El y lo busquemos con corazón sincero, aunque sea por la noche.

Y preguntar por El es participar en la Misa, acercarnos a los Sacramentos, leer la Biblia en familia, regresar hasta la conciencia, después de muchas tempestades.

Buscarlo es compartir con el pobre, llamar a un amigo a quien tenemos olvidado, ser justos con los que nos colaboran, no sólo perdonar, sino también olvidar, que no es lo mismo. Es, sobre todo, saber valorar nuestros triunfos y nuestros fracasos, bajo la luz del Señor que nos ama.

Ojalá –como Josiane– pudiéramos decir sin cobardía: Soy trabajador de planta, asesor jurídico, carretillero, estudiante, ejecutivo, barrendera, mujer profesional, empleada, profesora, ama de casa. Pero fundamentalmente, encontré a Jesucristo, escucho su palabra y la anuncio con alegría a mis hermanos.

Quinto domingo

1. Unos griegos curiosos

“Algunos griegos que habían venido a celebrar la Pascua, le rogaron a Felipe, el de Betsaida: Queremos ver a Jesús”. San Juan, cap. 12.

Por la fiesta de Pascua mucha gente visitaba Jerusalén: Los judíos de raza y de credo. También los “prosélitos”, griegos de nacimiento pero circuncidados y observantes en todo de la Ley. Además los llamados “devotos”, quienes guardaban algunas observancias judías, permaneciendo en su propia religión.

A este grupo pertenecían los que buscaron a Felipe para manifestarle su curiosidad: Queremos ver a Jesús. Quizás el nombre griego de este apóstol y el ser nacido en Betsaida, región bastante helenizada, les dieron confianza a aquellos forasteros. Felipe se asesora de Andrés, con quien compartía circunstancias idénticas y ambos trasladan su petición al Señor.

No sabemos como transcurrió aquella entrevista. San Juan no es un cronista, sino alguien que desde los hechos del Señor, elabora su

enseñanza. El evangelista nos dice que el Maestro explicó entonces la razón de su venida al mundo. Y en seguida presentó aquella comparación, dolorosa y a la vez llena de esperanza que ilumina la muerte de los seres queridos. “Si el grano de trigo no muere, queda infecundo. Pero si muere, dará mucho fruto”. Es esta una ley fundamental del programa de Cristo: Arriesgarse a morir para alcanzar vida verdadera.

Algo que no es extraño al amor del hogar, donde entregamos vida para multiplicarla. Algo muy parecido al proceso que exige toda industria. Pareciera que la materia prima se destruye. Pero no. Resucita en los productos que abastecen a los hombres.

Sin embargo, esta entrega presupone capacidad de riesgo. Posibilidad de ilusión.

Vivir el Evangelio nos coloca frente a variadas circunstancias, donde la opción más positiva es la renuncia. Pero muriendo alcanzaremos un nivel superior de la existencia. Si el grano de trigo no muere, permanece infecundo...

Aquel día Jesús les confiesa a los discípulos su turbación interior. Sentía que ese principio fundamental de su programa “morir para vivir”, se cumpliría en él mismo muy pronto. Con seguridad tuvo miedo. Pero de pronto oyó una voz de lo alto. “Lo he glorificado y volveré a glorificarlo”. Algunos creyeron oír entonces un trueno. Otros comentaban que el Padre Celestial confirmaba al Maestro como el Mesías. Son éstos elementos dramáticos, muy usados en la literatura bíblica, para explicar una verdad superior.

Suponemos que aquellos extranjeros curiosos pudieron escuchar todo esto. ¿Comprenderían entonces que Jesús era el profeta prometido por Dios a su pueblo y salvador de todos los hombres? Más tarde san Pablo escribiría a los gálatas: “Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre o mujer, ya que todos sois uno en Cristo Jesús”.

Por estos días también muchos de nosotros, - venidos desde lejos - queremos ver a Jesús. No dejemos apagar esta ilusión. ¡Qué importa si tenemos que morir a muchas cosas! . No quedaremos defraudados al esperar otras más excelentes. Porque el grano de trigo, al morir en el surco, se convierte en fecunda cosecha.

2. Si el grano de trigo...

“Dijo Jesús: Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere da mucho fruto”. San Juan, cap. 12.

Freud asegura que cada hombre necesita, absoluta e irremediablemente, seguridad y satisfacción. Buscamos y perseguimos por todos los medios, en todos los caminos, bajo todas las formas, estar seguros y satisfechos.

Existen muchas formas de seguridad, se dan innumerables clases de satisfacción:

Para un niño los brazos de su madre, un juguete, una golosina.

Para el adulto, la autoimagen, el cumplimiento del deber, la experiencia, el amor o la embriaguez. O una mansión rodeada de guardianes y sistemas de seguridad.

Ser persona, y mucho más, ser cristiano, es el resultado de cambiar unas satisfacciones, por otras más elevadas y perfectas. De avanzar sobre el riesgo de ciertas seguridades hacia otras más interiores y definitivas.

Cristo hablaba a la gente por las calles de Jerusalén. Algunos griegos venidos de lejos, gentiles además, pero simpatizantes del Señor, desean conversar con El. Se acercan a Andrés y a Felipe. Estos, aunque oriundos de Betsaida, llevan un nombre griego. Quizás los visitantes les eran conocidos.

Los dos apóstoles le expresan a Jesús el deseo de aquellos extranjeros.

Entonces el Maestro les habla de este modo: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece infecundo; pero si muere da mucho fruto".

El surco es el sepulcro del trigo. Pero de allí resucita multiplicado.

Muchos de nosotros no poseemos nada, porque no hemos enterrado nada nuestro. Nos pasamos la vida luciendo falsos valores, riquezas aparentes. Pero nunca hemos renunciado a algún bien en aras de otro mayor, aunque lejano.

Entonces el tiempo nos devalúa la vida, nos mina las fuerzas, desgasta inútilmente nuestras capacidades.

Cómo nada entregamos, nada cosechamos.

Sobre los surcos que se han quedado esperando el trigo, sólo brotan las hierbas y los cardos.

Es necesario observar nuestra capacidad de entrega y de renuncia.

Poseemos lo que sacrificamos. Somos deudores de lo que tenemos. Así sucede en la vida de familia, en el trabajo, en los afanes del estudio, en las relaciones con el Señor. Es la ley de la vida. Cualquier género de avaricia deforma el corazón y hace árida la existencia.

Son infinitos los campos donde nunca se ha sembrado por temor al riesgo. Nos da miedo que el trigo se muera. Por eso nunca revientan las espigas.

Todos conocemos muchas manos sin cicatrices, perfectamente inútiles. Muchos valores escrupulosamente custodiados, estériles para la vida eterna.

3. ¿Qué ves tú?

“Varios griegos se acercaron a Felipe para pedirle: Queremos ver a Jesús. Felipe habló con Andrés y los dos fueron donde el Señor a decírselo”. San Juan, cap.12.

Entre las páginas de una Biblia, abierta al azar en un hotel, encontré una tarjeta de color magenta, con una pregunta en la parte de arriba: ¿Qué ves tú?

En el centro, muy destacada en blanco sobre el color, una serie de líneas verticales y horizontales, aparentemente sin ningún significado.

Después de darle vueltas en un sentido y en otro, le pregunté a un niño qué veía él. Sin vacilar, me respondió: Ahí dice JESÚS.

A pesar de su explicación, tuve dificultad para identificar la palabra, hasta líneas, hasta que al fin descubrí, casi en relieve, el nombre de Cristo.

San Juan nos cuenta de unos griegos que habían venido a Jerusalén, con motivo de la Pascua y querían ver al Señor. Pero quizás no lo distinguían entre la turba. O tal vez tenían recelo de acercarse, pues probablemente eran paganos. Entonces acudieron a los buenos servicios de Felipe y Andrés.

Aunque el evangelio no cuenta cómo fue la entrevista, san Juan coloca enseguida un párrafo sobre el grano de trigo del cual dice el Maestro que

muere para multiplicarse. Y añade el evangelista que, de pronto, se oyó una voz del cielo que acreditaba a Jesús como el Mesías.

Nosotros también, como aquellos extranjeros, deseamos ver al Señor. ¿Pero hacemos todo lo necesario por lograrlo? O quizás lo hemos buscado donde él no se encuentra, dentro de unas estructuras que no tienen nada de cristianas.

Nos cuesta distinguirlo, porque no tenemos los ojos limpios ni dispuesto el corazón, para acogerlo con sencillez y confianza.

Es entonces cuando pudiéramos pedir ayuda a quienes ya le conocen, para decirles: Queremos ver a Jesús.

Aprendamos a verlo tras el semblante del enfermo, del pobre, del ignorante y en el travieso rostro de los niños. En las rebeldes e inciertas manifestaciones de la juventud y en la opaca, pero sincera tradición de los ancianos.

Si de verdad queremos ver a Jesús, busquémoslo entre las páginas del Evangelio, aunque al principio su lenguaje nos parezca confuso e incomprensible. Después de leerlo muchas veces, esos caracteres formarán con claridad la maravillosa imagen del Maestro, que nos enseñará quiénes somos, de dónde venimos, y cuál es el sentido de nuestro paso por la tierra.

Domingo de Ramos

1. ¿Dónde estará ese rey?

“Jesús montó en el borrico y muchos alfombraron el camino con sus mantos. Otros, con ramas cortadas en el campo. Y gritaban: ¡Viva!. Bendito el que viene en nombre del Señor”. San Marcos, cap. 11.

El año 63 a. C. , luego de tres meses de asedio, Pompeyo entró a sangre y fuego en la capital de Palestina. Los libros judíos de la época presentarán esta ocupación como una catástrofe nacional y clamarán a Dios pidiendo venganza.

Años más tarde, al comenzar la primavera, llega Jesús triunfante a Jerusalén. Fueron dos acontecimientos muy distintos. Los discípulos fortalecen entonces su adhesión al Maestro. Otros interpretan el hecho como un desafío político.

San Mateo, quien adorna su relato con una cita del profeta Zacarías, no se deja llevar del optimismo. Apenas conserva de ella el sentido de rey humilde, que llega a la ciudad montado en un borrico.

Mucha gente aclama ese día a Jesús. Pero en seguida la manifestación se disgrega por las angostas calles de la ciudad. Se apagan los vivas y los ramos se marchitan.

La comunidad cristiana que leía estos textos, sabía además la historia de un Maestro abandonado por sus amigos. Había oído el relato de Pedro, que alardeó de su fidelidad, para negar más tarde al Señor ante una empleada doméstica.

Los evangelistas sitúan la entrada triunfal de Cristo en la ciudad luego de la resurrección de Lázaro. Este acontecimiento estremeció a los escribas y fariseos, quienes preguntaban por todas partes: ¿Dónde está ese profeta que engaña al pueblo?

También nosotros, discípulos de Cristo, hoy nos hacemos una pregunta semejante: Si Jesús es Rey de paz y de justicia. Si un día entró en la ciudad santa, cambiando su estilo de sencillez y de humildad, para probar que puede transformar el mundo, ¿en dónde estará hoy su reinado?.

Un pueblo creyente como el nuestro sólo encuentra en derredor conflicto y violencia, confrontación política, pobreza y destrucción.

Pero al leer la historia desde la fe comprenderemos que cuando los humanos desatamos la guerra, el Señor no se empeña en construir la paz sin nosotros. Aguarda que nos convirtamos a El y enmendemos nuestra conducta.

Por lo tanto, el reinado de Dios se apoya en la conciencia y en el corazón de los hombres. Valdría pues que cada uno se pregunte si ha sido honrado de obra y de palabra. Si ha compartido con generosidad. Si está educando a sus hijos para la convivencia. Si realiza siempre con responsabilidad su trabajo. Si ya apagó en su interior todo germen de venganza.

Todo ello es necesario para que el reinado de Dios avance entre nosotros y se haga visible en las personas y en las instituciones. En las estructuras sociales y políticas. Ese reinado de Cristo que anhelamos requiere muchos días y muchos esfuerzos.

El papa Juan Pablo II nos dijo: “Esto exige que salgáis de vosotros mismos, de vuestros razonamientos, de vuestra “prudencia”, de vuestra indiferencia. De las costumbres anticristianas que habéis adquirido.

Dejad que Cristo reine entre vosotros. Que sea siempre el camino, la verdad y la vida. Dejad que sea vuestra salvación y vuestra felicidad”.

2. Entre paréntesis

“Jesús montó en el borrico y todos gritaban, alfombrando el camino con sus mantos. ¡Viva! Bendito el que viene en el nombre del Señor”. San Marcos, cap. 11.

Aquellos soldados de Gedeón caminaban hacia el campamento de Madián, sosteniendo una antorcha oculta bajo un cántaro, mientras en la otra mano llevaban la trompeta.

A una señal del caudillo quebraron los cántaros, apareció la luz y sonaron las trompetas.

Así sucede cuando nuestro espíritu traspasa la materia, Entonces somos luz, somos grito: Caen las barreras y podemos vivir, por un momento, en comunión.

Lo logramos en cada celebración: La de la vida, la del amor, la del triunfo, la de la muerte.

Aquella turba que rodea a Jesús en su entrada triunfal a Jerusalén, parece celebrar por adelantado su victoria de Pascua.

Jesús adopta las costumbres de su pueblo, protagoniza muchas de sus celebraciones. Desfila también en un borrico a la usanza oriental, en medio del gentío que le aclama, arrojando sus mantos al camino y agitando las palmas.

El Señor sabe que todo acontecimiento humano tiene lugar entre dos celebraciones: La del comienzo y la del término. En este paréntesis se inscriben todas las etapas de la vida. Entre la siembra y la cosecha, maduran las espigas. Entre los ritos del amor y el nacimiento, crece el hijo. Entre el apretón de manos y el abrazo se consolida la amistad. Entre la obertura y el final, resuena la sinfonía.

El nosotros surge entre el tú y el yo. Desde la antítesis al dialogo se construye el acuerdo.

Pero quizás hemos olvidado celebrar.

Nuestra fe se quedó desmantelada porque despreciamos los signos que la enmarcan, la apoyan y defienden.

Hubo una vez un punto de partida, pero luego nuestra religiosidad vagó sin rumbo.

Nunca le colocamos un nuevo mojón en el camino. No volvimos a celebrar nuestro encuentro con la naturaleza, con la palabra del Señor, con sus símbolos, con la comunidad cristiana, con el amor de Dios que habla también a través de las cosas materiales.

La Semana Santa es un tiempo para celebrar la fe y los Sacramentos, para reintegrarnos al grupo de creyentes.

Para recordar, revivir, renovar ese pacto de amor que Dios ha hecho con nosotros.

Este acontecimiento tuvo su clímax entre dos domingos: El de Ramos, por las calles de Jerusalén con la algarabía y el júbilo de un pueblo. Y aquel otro, cuando Jesús Resucitado aparece en la intimidad del Cenáculo y les dice a sus amigos: La paz sea con vosotros.

Que nadie se quede sin vivir la fe, entre ese paréntesis que enmarca la Semana Santa.

3. Esos reyes del naípe

“Le echaron encima los mantos al borrico y Jesús se montó. Y gritaban: ¡Viva! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” San Marcos, cap.11.

Con su vestimenta multicolor y su cara mofletuda, esos cuatro señores del naípe me impresionaban desde muy niño. Tan feos y tan inútiles. Privados de todo gobierno, ineptos para conquistar cualquier territorio. Incapaces de levantar un dedo para mejorar el mundo. ¿Será también Jesús un rey de fantasía?

El Maestro nos enseñó a ser mansos y humildes, a no quebrar la caña cascada, a no apagar la mecha que aún arde, a no arrancar la cizaña muy temprano, porque se puede lastimar el trigo. Y cuando el pueblo, entusiasmado por sus milagros quería proclamarlo rey, entonces se escondía. ¿Qué clase de rey es el Señor?

El Evangelio nos cuenta la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén: Caballero en un pollino, a la usanza de los reyes de su tiempo, por un camino alfombrado de mantos y de palmas y entre los gritos de júbilo de sus admiradores. ¿Dónde estaba ese día el humilde profeta?

Lo cierto es que en esa mañana de Nizán, Jesús y sus amigos ponían en práctica una vieja verdad. Algo que la antropología enseña hoy, como si

fuera un descubrimiento: Todo lo que está en nuestro interior, lo celebramos con signos exteriores.

Los amigos y discípulos de Jesús manifiestan externamente, en grupo, entusiasmados, con alegría contagiosa, la llegada de aquel que viene en nombre del Señor.

Durante esta semana, quienes seguimos a Cristo conmemoramos su pasión, muerte y resurrección. ¿Cómo celebrar estos misterios? ¿Guardamos algo en nuestro interior hacia esos acontecimientos? ¿Traducimos en actos externos nuestra adhesión al Señor?

Son muchos los elementos que pueden ayudarnos a celebrar cristianamente la Semana Santa: Un diálogo en el hogar sobre la persona de Jesús, algunos días de retiro, escuchar música religiosa mientras pensamos en el Señor, confesarnos después de una preparación conveniente. Participar en las funciones litúrgicas, ojalá en familia, visitar los monumentos, no por solamente por curiosidad. Colaborar con la parroquia en los actos litúrgicos. Profundizar en el significado de la Pascua cristiana.

Hoy comenzamos la semana mayor de nuestra fe. Si ella nos habla únicamente de descanso, excursión, diversiones, este gran signo de la Iglesia habrá pedido para nosotros su razón de ser. Se habrá vuelto en algo insignificante.

Ya no tendríamos fe en Jesucristo, el cual sería inútil y anacrónico, igual que el Rey de Bastos.

TRIDUO SACRO

Jueves Santo

1. Los artificios del amor

“Sabido Jesús que había llegado su hora, de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. San Juan, cap. 13.

Entre los enemigos más fuertes del amor se destacan - lo hemos comprobado - el tiempo y la distancia. Contra ellos luchan a brazo partido los amantes, no importa que con frecuencia salgan derrotados.

El Señor Jesús, quien nos amó hasta el extremo, como anota san Juan en su evangelio, sabía y sentía esa amenaza. Debía volver al Padre, pero a la vez quería quedarse con nosotros para siempre.

Es esta la razón de la Eucaristía. Los evangelistas nos cuentan con detalles que, durante la cena de despedida, el Maestro altera un poco el rito de la celebración. Tomando un pan, lo parte y lo entrega a sus discípulos: “Esto es mi Cuerpo”, les dice. Hace lo mismo con una copa de vino, de las varias que se compartían esa noche y les dice: “Bebed todos de ella. Esta es mi sangre que es derramada por muchos”.

Añade enseguida una frase clave que, sin embargo, sólo es registrada por san Lucas:

“Haced esto en memoria mía”.

Quizás en ese momento los discípulos no advirtieron la importancia del hecho. Otros sentimientos embargaban su corazón, ante la próxima partida del Maestro. Pero cuando las primeras comunidades comenzaron a reunirse para expresar su fe en el Resucitado, repetían el gesto del Señor, como el mejor modo de hacerlo presente. Así unían sus vidas con Cristo. Se sentían sus discípulos, pero a la vez anunciadores de su persona y su mensaje.

La teología que se iba estructurando en los siglos siguientes, empezó a preguntarse de qué manera ese pan compartido era el Cuerpo del Señor. De qué modo ese poco de vino era su Sangre. Sin embargo otros teólogos se han dicho a sí mismos: ¿Por qué nuestro humano discurso pretende explicar, hasta en sus mínimos detalles las cosas que Dios hace a favor nuestro?.

Reconocemos entonces que Dios fabrica la Eucaristía mediante los artificios de su amor. Conociendo nuestra naturaleza, aquella noche víspera de su pasión, el Señor ata a un signo sensible – un poco de pan y un sorbo de vino – toda la fuerza de su presencia. Todo su proceso de salvación.

Tenemos entonces de un lado los documentos de la Iglesia que iluminan el Sacramento del Altar. De otro lado, la fe del pueblo que simplemente cree sin torturarse la mente. Y cuantos hoy nos reunimos para recordar la institución de la Eucaristía, sentimos en el alma que Dios nos ama. “Hasta el extremo”, como escribe san Juan. Mediante curiosos ardides el Maestro logró vencer el tiempo y la distancia.

Creyentes de todas las categorías, de todos los pueblos de la tierra, presididos por nuestros pastores, reconocemos que aquí brilla la presencia amable y salvadora del Señor. Arde aquí nuestra fe y nuestro reconocimiento hacia Jesús de Nazaret.

No importa el lujo o la pobreza de los templos cristianos. No importan tampoco los dolores ordinarios de esta vida mortal. No valen mucho nuestros propios pecados y temores ante el amor invisible de Dios, que quiso hacerse visible de tan simple modo.

Aquí está real y verdadera la presencia del Señor que nos acompaña, nos apoya y transforma en esta caminata hacia la vida perdurable.

Viernes Santo

“Entonces Pilatos entregó a Jesús a los judíos para que lo crucificaran y él, cargado con la cruz, salió al sitio llamado de la Calavera, que en hebreo se dice Gólgota”. San Juan, cap. 19.

1. El amor redentor

“La Pasión”, aquella película de Mel Gibson que recorrió el mundo hace unos años, contiene valiosos elementos. Seguramente muchos, cristianos o no, al verla en pantalla volvieron a pensar en Jesús de Nazaret.

La obra nos ofrece una lectura de la muerte del Señor, desde el arte y con buena dosis de sensacionalismo. Pero más allá, desde la fe, los discípulos de Cristo llevamos a cabo otras lecturas.

No se niega que la muerte de Cristo tuvo visos de auténtica tragedia. Por la condición de la víctima, el Hijo de Dios. Por la crueldad de los victimarios. Pero ella no pasó de ser una más de tantas crucifixiones, que ocurrieron entre el pueblo escogido, cuya adhesión a Yahvé mantenía encendido un áspero nacionalismo.

En cambio la manifestación pública que tuvo lugar, como cuentan los evangelistas, a la entrada del Maestro en Jerusalén, sí fue un hecho apoteósico. Aunque enseguida se apagó, mientras habitantes de la capital y peregrinos volvían al ajeteo preparatorio de la Pascua.

Aquel día el Maestro llegó a la ciudad cabalgando un pollino, signo de poder, pero a la vez de una mansa autoridad, como habían señalado los profetas.

La película de Gibson narra entonces las cosas, bajo la resonancia que produce en los creyentes la muerte trágica del enviado de Dios.

Jesús es condenado a morir por el procurador romano. Con más exactitud, Poncio Pilatos acepta que los enemigos del Maestro lo lleven a la cruz. Ellos, sacerdotes, miembros del sanedrín, fariseos y escribas, han señalado a Jesús como un malhechor. Pero el delito que señalan es religioso: Jesús se presenta como el Mesías y con frecuencia hace caso omiso de la ley. El procurador se desentiende. Poco le importan las peleas internas de estos fanáticos, a quienes por sistema desprecia.

Los acusadores presentan luego un delito político: “Éste alborota al pueblo, prohibiendo pagar tributo al César”, leemos en San Lucas. Una

causa que a Pilatos tampoco le convence. Pero él debe cuidar su puesto. Cualquier descuido suyo podría alarmar a los jefes de Roma. Propone entonces soltar a Jesús, pues en Pascua se amnistiaba a un reo. Pero la multitud prefiere a Barrabás. Y éste era un salteador, escribe san Juan.

Manda luego Pilatos azotar al Maestro, esperando la compasión del pueblo. Pero éste grita: ¡Crucifícale!

Los invasores habían intervenido en las leyes judías de tal manera, que sólo la autoridad romana podía dictar sentencia capital. No queda más camino que entregarlo. “Entonces, nos dice san Juan, Pilatos entregó a Jesús a los judíos para que lo crucificaran”.

Antes, para explicar la redención se ponderó la ira de Dios que se aplaca al ver a su Hijo despedazado en la cruz. Hoy se hace énfasis en el amor desbordado del Padre que se derrama sobre la humanidad en la pasión y en la muerte de Cristo. No nos redime entonces el dolor, sino el amor. Todo lo cual trae infinitas consecuencias sobre nuestra fe.

“Me amó y se entregó a la muerte por mí” señalaba San Pablo. Como contraparte nos toca amar a Dios de tal manera que nos entreguemos confiadamente en sus brazos.

SÁBADO SANTO

1. La ilusión del cielo

“Las mujeres vieron entonces a un joven, sentado a la derecha del sepulcro y vestido de blanco. Y él les dijo: No os asustéis. No está aquí. Ha resucitado”. San Marcos, cap. 16.

La palabra ilusión tiene entre otros, dos significados: Uno de ellos, la búsqueda de un bien etéreo, inexistente. Pero un segundo, que encierra la proyección hacia algo maravilloso que nos aguarda, de lo cual estamos casi seguros. Con razón alguien nos motiva a los creyentes, a alimentar una continua ilusión por el cielo.

Nuestra fe se apoya en un hecho fundamental: Jesús de Nazaret, al morir, venció la muerte. En otras palabras, le cambió sus reglas de juego. De allí en adelante morir no es destruirse. Es participar con Cristo en su Resurrección. Pero nos preguntamos: ¿De qué manera actuó el Maestro, si la Enemiga continúa venciendo a los hombres de todos los siglos?.

Al aceptar la muerte, el Señor Jesús vuelca sobre la humanidad todo el amor de Dios. Nos convierte entonces en criaturas nuevas, capaces de compartir su inmortalidad. No importa que por un corto espacio suframos el eclipse de la muerte. Sin embargo, aunque el hecho de morir sigue siendo idéntico, sus consecuencias son totalmente distintas.

Muchos textos del Antiguo Testamento lamentan la tragedia de los mortales. En cambio, el Nuevo Testamento nos enseña: “Quien cree en ti, Señor, no morirá para siempre”.

Isaías trae un párrafo que acostumbramos leer en Navidad. El profeta señala que en los tiempos futuros “de las espadas se forjarán arados y de las lanzas podaderas”. Lo cual un escritor presenta en versión más moderna: “Entonces de los fusiles fabricaremos bicicletas para los niños pobres y con las ametralladoras, patines”. Como quien dice: Los metales continúan siendo los mismos, la obra final será distinta.

Al resucitar, Jesús le ha cambia su sentido a la muerte. Antes era ella una enemiga que los artistas presentaban con terríficas formas. Ahora es una bondadosa nodriza, que nos ayuda a nacer a la vida verdadera.

En la noche de Pascua, apenas unas horas luego del Viernes Santo, la liturgia hace énfasis en el paso que con Jesús da la humanidad, de la muerte a la vida. Del pecado a la gracia.

Todos los signos religiosos de esta noche apuntan a ese objetivo. Lo que hizo el Hijo de Dios, al dejarse atrapar por la muerte: El fuego nuevo, el cirio encendido que representa a Cristo. El agua que bendecimos como elemento regenerador, la invocación de los santos, la celebración del bautismo, el canto del Gloria y del Aleluya, que estuvieron ausentes en la Cuaresma. Inauguramos ahora un tiempo nuevo. Encendemos de nuevo nuestra ilusión por el cielo.

Para algunos cristianos la fe es sólo un esfuerzo por mantenerse en gracia. Cabría otra actitud más simple, pero más instructiva y excelente: Una enorme seguridad del poder de Dios en mi vida. Ninguna de mis culpas me destruirá completamente. Si sufro unido al Señor, ese dolor tiene poder de gloria. Si alguna enfermedad me aqueja, se avecina mi liberación. Si voy a morir no es algo que me vaya a suceder. Es Alguien que viene amorosamente a mi encuentro.

Conviene entonces que alimentemos cada día la ilusión de morir. Mejor aún, la ilusión por la vida perdurable.

Domingo de Pascua

1. Entrar, ver y creer

“Entonces Simón Pedro entró también al sepulcro. Vio y creyó”. San Juan, cap. 20.

“Jesús en el sepulcro”. Así titula Ernesto Renán el último capítulo de su “Vida de Cristo”, afirmando además que una mujer alucinada le regaló al mundo “un Dios resucitado”.

Pero nuestra fe en la resurrección del Señor se apoya en los relatos de los evangelistas. Simples como aquel de san Marcos. Detallados y sinceros como el de san Juan. Si estos amigos de Jesús hubieran pretendido engañarnos, lo habrían hecho con más técnica y artificio, ocultando las dudas de muchos testigos.

Los primeros cristianos no encontraron de inmediato la palabra que expresara este paso de Jesús, desde el sepulcro a la vida perdurable. En un comienzo hablaron de consumación, exaltación de Cristo, triunfo final, nueva vida del Señor. Habían conocido a Lázaro, quien regresó a su condición mortal. Pero entendieron que el Señor había resucitado a una dimensión distinta, al otro lado de la muerte.

San Juan transcribe su testimonio personal: El primer día de la semana varias mujeres le cuentan a Simón Pedro que el cuerpo del Señor ya no está en el sepulcro. El apóstol y Juan se dirigen al huerto. Van corriendo, como el amor lo exige. El evangelista es más joven y por esta razón llega primero. Se asoma al sepulcro, mira las vendas en el suelo, pero no entra todavía. Aguarda al jefe de la Iglesia. Aunque ya es pública su dolorosa negación, Pedro no ha perdido la investidura. Al llegar, entra al sepulcro. Contempla las vendas por el suelo y el sudario enrollado en un sitio aparte. Entonces Juan hace lo mismo, ve y cree.

El relato de Juan equivale a un acta notarial. Denota su emoción, pero a la vez indica una gran serenidad. Nos confiesa que en aquel momento creyó, como pidiendo excusas por no haber creído antes.

En esta página de exquisita sicología descubrimos un camino para aceptar la resurrección del Señor: Primero es necesario entrar. Y luego ver, antes de creer verdaderamente.

La fe supone que entremos en nuestro interior. He de saber quién soy. A dónde voy. Qué pretendo. He de asombrarme ante la maravilla de ser persona humana. Y esto nos empujará a ver el universo de una forma distinta.

Ver equivale entonces a descubrir la obra de Dios y cuanto Jesús ha realizado en la historia. Un conocimiento que se convierte en trampolín, desde el cual nos lanzamos. ¿Un paso en el vacío? No, en la confianza. Para entregar la propia vida en manos de ese Alguien amoroso y poderoso, al que llamamos Dios.

Crear es incluir definitivamente en nuestro inventario personal a Jesús muerto y resucitado. Entonces podremos entregarle toda nuestra vida, con su aventura de amor, con sus errores y dolores. Presentarle esos enigmas del porvenir y de la muerte.

Como en el verso de Rafael Hernández, cada uno de nosotros “con tres heridas viene: La de la vida, la del amor, la de la muerte”. San Pablo nos dice: Si Cristo no resucitó somos los más miserables de todos los

hombres”. Pero no hay lugar a esta miseria porque san Pedro escribe: “Con sus heridas hemos sido curados”.

2. El derecho a morir

“Salieron Simón Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Asomándose Pedro vio las vendas en el suelo, pero no entró. Entró también el otro discípulo: Vio y creyó. Pues hasta entonces no había entendido la Escritura”. San Juan, cap. 20.

Tradicionalmente la teología nos hablaba del deber de morir. Leemos en la carta a los Hebreos: "Está establecido que los hombres mueran una sola vez". Nos inclinamos sumisos ante esta ley y, aunque sin ánimos, incluimos en nuestra agenda, para una fecha incierta y distante, ese final obligatorio.

Pero la teología actual, que ha escuchado a la ciencia, prefiere hablarnos del derecho a morir. Cada uno de nosotros, en determinadas circunstancias, tiene derecho a dar ese paso definitivo, cómo un acto personal y consciente.

La medicina le servirá de enfermera, lo apoyará la, presencia de amigos y parientes, la antropología le mostrará la muerte cómo algo natural a la especie, la fe le dará fortaleza y le iluminará sus horizontes.

La muerte es un derecho hacia una transformación positiva. A una conquista, a un avance en el proceso de la vida.

De ahí deducimos que todos los valores adquiridos en la tierra: Amor de la familia, aprecio de los demás, arte, cultura, generosidad... no terminan de un golpe, sino que se transforman, adquieren otra insospechada dimensión.

Vivir es al fin y al cabo un intercambio de valores.

Nuestros antepasados negociaban oro y sal, a cambio de mantas y vasijas de barro. Nosotros cambiamos salud por pan, y desvelos por un poco de paz y de justicia.

Pero hay gente que muere en la miseria: En absoluta carencia de valores. Es decir: Nada tiene para cambiar o permutar.

Otros mueren en una afortunada opulencia: Han conquistado metas, han realizado nobles ideales, han luchado, han amado. Sus días son aquellos que la Biblia llama "días colmados".

La muerte de Jesús es el modelo de una muerte vivida cómo un derecho.

Nadie le quita la vida. El la entrega. Su muerte es la inauguración de la Vida. De la vida de Dios que vence a la muerte.

Esta vida de Dios transforma definitivamente todos los variados y multiformes moldes humanos. Resucita al joven que muere en un accidente, al soldado inmolado por una causa ambigua, a la anciana que fallece de cáncer, a la niña mongólica que nunca pudo relacionarse con el mundo, al profesional que se va de improviso, a la madre de familia que no lamenta su partida, sino el dolor de sus hijos, a quien muere con el crucifijo entre las manos y a quien sucumbe odiando y matando.

Señor: ¿No es cierto que en todos ellos revive tu Pascua y renace la lumbre de este domingo de Resurrección?

3. Amenazados de resurrección

“En aquel primer día de la semana, salieron Simón y el otro discípulo camino del sepulcro. Y llegando al sepulcro, vieron y creyeron”. San Juan, cap.20.

En un domingo luminoso, porque era Pascua, una anciana vendía sus flores a la sombra de una arcada de piedra. Sonreía gozosa, lo cual me hizo exclamar al instante: ¡Usted, señora, parece muy feliz!

– ¿Por qué no?, me respondió ella, si todo va muy bien.

Me extrañó su respuesta y le pregunté enseguida: ¿No tiene usted problemas?

– ¿Cree usted que a mi edad alguien no los tenga? Pero pienso en el día más trágico que ha tenido la humanidad, el viernes santo, y en lo que sucedió tres días después. Por eso cuando tengo un problema, sonrío, y espero el tercer día...

Esta historia se conecta, de manera espontánea, con un artículo de un periodista guatemalteco. Acosado por las dificultades y las penas, escribía: “Dicen que estoy amenazado de muerte. Tal vez sea. Pero estoy tranquilo. Porque si me matan, no me quitarán la vida. Me la llevaré conmigo, colgando sobre el hombro como un morral de pastor.

Desde muy niño, alguien sopló a mis oídos una verdad incommovible, que es al mismo tiempo, una invitación a la eternidad: No teman a los que pueden matar el cuerpo pero no pueden quitar la vida.

La vida –la verdadera vida– se ha fortalecido en mí cuando, a través del Padre Teilhard, aprendí a leer el Evangelio. El proceso de la resurrección empieza con la primera arruga que nos sale en la cara; con la primera mancha de vejez que aparece en nuestras manos; con la primera cana que sorprendemos en nuestra cabeza, un día cualquiera; con el primer suspiro de nostalgia por un mundo que se deslíe y se aleja, de pronto frente a nuestros ojos. Así empieza la resurrección, no eso tan incierto que algunos llaman “la otra vida”, sino lo que es en realidad la Vida”.

“Dicen que estoy amenazado de muerte. ¿Quién no lo está? Mas en todo esto hay un error conceptual. Ni yo, ni nadie, estamos amenazados de muerte. Estamos amenazados de vida, amenazados de esperanza, amenazados de amor”.

La liturgia de hoy, con la luz, con el agua, el amanecer de un nuevo día y la figura inmensamente gozosa y gloriosa de Cristo Resucitado, nos lleva a descifrar el sentido de la vida y el sentido de la muerte corporal.

Para el cristiano, la muerte es el paso a la vida. El fracaso no es algo definitivo y fatal. La enfermedad es la cercanía de la resurrección, y la pena, agua regia que purifica el metal de la dicha.

Si nos tomáramos siempre el trabajo de esperar los tres días, como la anciana vendedora de flores, florecerá la esperanza cristiana sobre tantas angustias que nos desconciertan. Nuestra vida es el espacio diminuto de tres días, entre un viernes santo luctuoso y opaco y la mañana del primer día de la semana, de la Eternidad.

Conviene correr, como Simón y Juan, hasta el sepulcro. Porque las vendas dobladas aparte y el sepulcro vacío, nos prueban que el Señor, el Amigo, el Maestro y también nuestro destino y nuestro fin, están más allá de la sombra, más allá de la muerte.

3. La escala del amor

“Dijo Jesús: Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.” San Juan, cap.15.

Federico Mohs, un científico alemán, inventó una curiosa escala para medir la dureza de los minerales. Desde el talco, pasando por el yeso, hasta el diamante.

¿Habrá alguna manera de medir la resistencia del amor? Pudiera ser. Tal vez examinando todas sus expresiones.

En el capítulo XV, san Juan nos describe el ambiente en que Jesús se despedía de sus amigos. El Señor despedida. Por eso Cristo insiste en el tema de su permanencia entre nosotros. El permanecerá en el mundo, si sus discípulos actuales y futuros “permanecen en su amor”. Luego les dice que no son siervos sino amigos y al final les da la clave para detectar cuándo el amor ha llegado a su plenitud: Cuando es capaz de dar la vida por el amigo.

En otros lugares del Evangelio Cristo nos descubre, poco a poco, la escala del amor.

El primer grado es dar cosas a los demás. Un día, Jesús compadecido de la gente, multiplicó los panes para saciar su hambre.

El segundo, es dar de nuestro tiempo. Recordemos la visita de Nicodemo. El Señor dialogó con él hasta muy tarde y dispuso todas sus dudas.

El tercer grado del amor es dar la vida por los amigos. Cuando se ve empeñada la propia el amor acostumbra ceder ante el miedo.

Pero Cristo sobrepasó la escala. Dio la vida, no sólo por sus amigos, sino también por sus enemigos. Esta máxima demostración de amor, nos la enseñó Jesús con su vida y con su sangre.

Entre nosotros se habla y se discute todos los días de amor y de amistad. Interiormente tenemos en gran aprecio estos valores. Pero muchas veces

no llegamos a una vida honda de amor. Y sin embargo el cristianismo se identifica como una práctica sin reticencias del amor. Una amistad profunda con Dios y con el hombre, iluminada por el Evangelio.

Hagamos un recuento de las personas que amamos. Quizá no sean muy numerosas. ¿Pero cuál es nuestro estilo de amor? ¿Somos capaces de amar en libertad, sin oprimir al hermano, dejándolo crecer, buscando para él lo mejor? ¿O pedimos al otro que nos hipoteque definitivamente su vida, sus valores, para que nos produzcan intereses?

La amistad y el amor son la razón de ser de la existencia. Si hay tantas vidas marchitas y sin entusiasmo, ¿no será porque olvidamos amar o, por el contrario, nunca lo aprendimos?

La amistad irradia entusiasmo y alegría. Es una simbiosis por la cual las personas se comunican sus valores, su espíritu, su misterio. Las penas compartidas se dividen. Las alegrías se duplican.

Nos viene a la mente aquella canción de Roberto Carlos:

“Tú eres mi amigo del alma en toda jornada, sonrisa y abrazo festivo a cada llegada, me dices verdades tan grandes con frases abiertas, tú eres realmente el más cierto en horas inciertas”

Para ser cristiano, vive el amor y la amistad dentro del hogar, y con los de fuera, en sinceridad, humildad y verdad. Llena el corazón de amigos, la memoria de nombres y ejercita cada día tu generosidad con todos.

Solemnidad del Corpus Christi

- 1.
- 2.

. Solemnidad del Corpus Christi

3

Tiempo ordinario

Segundo domingo

1. Para ser discípulo

“Los dos discípulos oyeron las palabras de Juan y siguieron a Jesús. Vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día”. San Juan, cap. 1.

Dos barcas se quedaron atadas entre los juncos, a la orilla del mar de Galilea. Su dueños se habían ido muchos kilómetros al sur, cerca a un vado del Jordán, donde el Bautista adoctrinaba a sus discípulos.

Uno de aquellos hombres rondaba ya los cuarenta años y se llamaba Andrés. Juan era más joven, llegaría tal vez a los veinte. Los unía su oficio de pescadores y una misma esperanza en el Mesías. Desde la aparición del Bautista junto al camino que conduce al oriente, corría la voz de que el Salvador de Israel estaba próximo.

El evangelista nos cuenta que aquella vez llegó hasta el grupo del Precursor un artesano de Nazaret. Venía del norte, de la provincia Galilea, una región densamente poblada y relativamente próspera. Sin embargo los del sur despreciaban a los galileos. Los tenían por campesinos incultos, maleducados y poco piadosos.

El Bautista, viendo llegar a Jesús, lo señaló ante sus discípulos con estas palabras: “Este es el cordero de Dios”. Una frase, relativa al Mesías, que despertaba fuertes resonancias en cada corazón judío. Andrés y Juan sintieron que el alma se le salía por los ojos y de inmediato, se acercaron a Jesús. El les preguntó: “¿Qué buscáis?” Ellos le contestaron: “Rabí, (que significa maestro) dónde vives”. San Juan añade que se fueron entonces y pasaron con él toda la tarde.

Los maestros judíos instruían al pueblo en la observancia de la ley. Se les tenía gran respeto llamándolos Rabí, que significa literalmente “el grande”. Y un proverbio de la época enseñaba: “Si tu enemigo te roba a tus padres y a tu maestro, debes pagar primero el rescate del Rabí”.

Jesús, quien desde el comienzo de su vida pública se presenta como maestro, difiere en varios aspectos de las costumbres de entonces. En primer lugar, a él no lo escogen a él sus discípulos. Elige libremente un pequeño grupo de seguidores y a algunos voluntarios no los acepta en su grupo. Comienza su tarea antes de cumplir cuarenta años y en muchas de sus apreciaciones se aparta de las escuelas rabínicas de entonces.

El cristiano consciente sabe que el bautismo es la matrícula en la escuela del Señor. Allí se compromete a ser su discípulo. En un programa que empieza a transformarnos desde dentro.

Hoy entonces podemos preguntarnos: ¿Qué significa para mí Jesucristo? “Estamos en el tiempo de la construcción humilde, responde Martín

Descalzo. Ya no creemos en las revoluciones que cambiarán al mundo de un golpe. Nos han propuesto tantos “cambios”, tantas “reformas”. Pero hemos aprendido que con ellas sólo cambia de lugar nuestro dolor y de color nuestras opresiones. Y empezamos a sospechar que la única revolución es la que cada uno realiza en su corazón, en su casa, en su barrio. Que amando a nuestros próximos es la manera como el amor se multiplica de verdad...Hemos de empezar a pensar y a vivir a Jesús, como aquellos primeros discípulos, o como los apóstoles que aseguraban que le seguirían a donde quiera que El fuera. Y que se preguntaban angustiados: “¿Señor, a quién iremos, si sólo tú tienes palabras de vida eterna?”.

2. ¿Qué buscamos?

“Dos de los discípulos de Juan siguieron a Jesús. Al ver que le seguían él les pregunto: ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: Maestro, ¿dónde vives? Y se quedaron con él aquel día”. San Juan, cap. 1.

¿Podríamos enumerar en orden de importancia nuestros principales deseos, los proyectos por los cuales luchamos'?

Soñamos nosotros con poseer una casa, adquirir un vehículo, realizar un viaje, obtener un título, formar un hogar, ser tenidos en cuenta, compartir en paz con quienes amamos. O anhelamos descansar un poco de tanto ajetreo y sentarnos a no desear nada, cómo terapia contra los desengaños.

Todo esto es bueno. Al fin y al cabo es existir, vivir, luchar, caminar en el tiempo.

Cuenta San Juan que dos discípulos del Bautista expresan a Jesús un deseo. Quieren saber dónde vive el Maestro. ¿Curiosidad ? ¿Desconfianza? ¿Amistad?

El Evangelista concluye el párrafo con una precisión desacostumbrada para su estilo: "Vieron donde vivía y se quedaron aquel día con El. Serían las cuatro de la tarde".

En nuestra lista de deseos quizás no se cuenta todavía la búsqueda de Cristo.

Porque hemos puesto de un lado nuestras cosas y de otro, las del Señor.

Sin embargo, cuando Dios se hizo hombre, lo divino y lo humano comenzaron a figurar en la misma partida. Se integraron en un fondo común.

Cuando luchamos por hacer realidad nuestros deseos, no advertimos ni su raíz, ni tampoco su término. Pero al comienzo y al fin de todas nuestras ansias está el Señor a la espera.

Recuerde pues, quien edifica una casa que todas nuestras tiendas aquí abajo resultan pasajeras, hasta que adquirimos una mansión eterna en el cielo.

Quien desea un vehículo revela nuestra limitación en el tiempo y en el espacio. Pero después seremos liberados y podremos amarnos y compartir más allá del espacio y de tiranía de los relojes.

Nuestros deseos de viajar nacen de ese nómada que todos llevamos dentro. Pero un día regresaremos definitivamente a la patria.

Con frecuencia luchamos por un título. Pero recordemos que el único que vale la pena es el de hijos de Dios.

Todos nuestros anhelos conscientes e inconscientes se cristalizan en aquello que llamamos el cielo. Pero qué pocas veces pensamos en él. Y menos aun lo deseamos. Alguna vez lo aceptamos de paso, cómo una solución de emergencia, cuando la muerte nos arrebatara a un ser querido.

Sin embargo esta existencia plena, más allá de la muerte, es algo tan real y tan lógico cómo el amanecer después de una larga noche. Cómo la Ley de Newton, que se cumple en todos los cuerpos físicos.

Ese día, cuando amanezca el cielo, podremos compartir plenamente. Descansaremos en una paz nueva y activa de todos los cansancios. Se cumplirán todos nuestros deseos, ya sin necesitar terapia alguna contra los desengaños.

3. Ese señor me asusta

“De madrugada, se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma”. San Mateo, cap.14.

En una lejana vereda lejana un grupo de niños va a recibir la Confirmación. Avanzan en la fila por la mitad del templo, acompañados sus padrinos. De pronto un niño rompe a llorar, interrumpiendo la ceremonia.

—¿Qué te pasa? Le pregunta cariñosamente una religiosa.

– Ese señor me asusta, responde el pequeño, señalando al obispo revestido de los ornamentos pontificales.

Actitud que nosotros a veces repetimos: Este Señor Jesús nos asusta. Lo mismo que a los apóstoles aquella madrugada, en el lago. Estar cerca de Dios nos da miedo.

Cuando Jesús compartía con ellos la comida y los caminos de Galilea. Cuando lo miraban como a hombre, no sentían temor. Pero cuando se acerca a ellos, caminando sobre las aguas, se llenan de miedo. Un Dios que nos pide hacer más de lo cotidiano, es un Dios incómodo que nos asusta.

Si El puede caminar sobre las aguas, quién sabe qué podrá exigirnos. Entonces, temerosos, echamos pie atrás.

Muchos nos quedamos a mitad de camino en el seguimiento de Jesús. La vida cristiana –nos decimos– no puede incluir tanto compromiso.

Los jóvenes admiran a Cristo. Los atrae y quisieran seguirlo. Pero cuando los invita a ser testigos del Evangelio, cuando les señala metas muy altas de servicio a los demás, entonces se estremecen.

Para muchos de nosotros el Bautismo y la fe son un salvoconducto para llegar al cielo. Pensamos que lo único importante es salvarnos. Lejos estamos de entender la vida cristiana como un seguimiento personal de Jesús.

Sin embargo, esta es la intención del Señor cuando nos llama a ser sus amigos: Nos pide que asimilemos sus criterios, sus actitudes, y sus costumbres. Que seamos un ejemplo atractivo y convincente para quienes no conocen a Dios. Que lo anunciemos con la alegría.

Muchos creyentes viven demasiado preocupados por salvarse. No han descubierto que la salvación es un regalo que el Señor da a cuantos no se resisten a sus planes. Así sean aquellos que viven bajo otros credos y nunca han oído hablar de Jesucristo.

El cielo –nos asegura la teología– es más un don generoso del Señor, que una contraprestación a nuestros débiles esfuerzos aquí en la tierra. De ahí que el seguir a Jesús sea lo que realmente importa.

Cuando Jesús tranquiliza sus amigos diciéndoles: Soy yo, no temáis, Pedro se arriesga a pedirle: Mándame ir hacia ti. La auténtica vida cristiana es siempre un riesgo. En un principio no hay temores. Pero más adelante el Señor se vuelve exigente. Nos quiere sacar de nuestra mediocridad. Nos presenta desafíos que nunca imaginábamos. Es entonces la hora de escoger entre la pequeñez o la grandeza.

Sigamos a Jesús sobre las olas movedizas del riesgo. Eso es lo que hoy, más que nunca, espera de nosotros.

Tercer domingo

1. Pues eran pescadores

“Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y su hermano Andrés que eran pescadores y les dijo: Venid conmigo”. San Marcos, cap. 1.

Alrededor del Tiberíades habían surgido varias aldeas, cuyos habitantes se empleaban en las faenas del lago: Magdala, Cafarnaúm, Genesaret, Caná. Y Betsaida, cuyo nombre significa “la casa de la pesca”.

En ese entorno geográfico inicia el Señor su ministerio. Allí encuentra sus primeros discípulos que obviamente eran pescadores. De algunos de ellos conocemos con detalles su llamado. De otros nos queda sólo el nombre, consignado por los evangelistas en el grupo de Los Doce.

A Simón y a Andrés los descubre el Maestro mientras estaban en la faena del lago. San Marcos cuenta que “inmediatamente dejaron sus redes y lo siguieron”. Añade el mismo evangelista que Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, eran dueños de una pequeña flota dedicada a la pesca. Y éstos también “dejaron a su padre en la barca con los jornaleros y se marcharon con El”.

Los hechos pudieron haber transcurrido de este modo. La persona de Jesús atraía fuertemente a quienes lo encontraban. Pero quizás el evangelio reduce a dos líneas un largo proceso, durante el cual los futuros apóstoles se debatieron entre la certeza y la duda. Entre la ilusión y la desconfianza. Muchos de ellos tenían esposa e hijos y en la tertulias vespertinas comentarían en casa sobre el profeta nazareno. Algunos

familiares aguzaron los ojos y levantaron el corazón, colmado de esperanza. Sin embargo, no faltaron las voces contrarias. El pueblo había sufrido ya suficientes engaños y no valía embarcarse en un nuevo proyecto, que también los llevaría al fracaso.

Pero al fin, la inquietud de esos hombres sinceros los lanzó hacia lo desconocido. No alcanzaban a comprender del todo quien era Cristo. Pero lo habían tratado y observado de cerca y les convencían su persona y su palabra. Un día le dijeron sí desde el corazón y comenzaron a seguirle.

A estos primeros discípulos Jesús les promete convertirlos en pescadores de hombres. Una invitación a realizar lo mismo de otro modo. En esa dimensión del Evangelio. Ya no sería madrugar al lago, venciendo el oleaje y la neblina. Se trataría de rescatar a muchos hombres y mujeres, para con ellos construir el Reino de Dios.

Un autor se pregunta por qué el Maestro inicia su proyecto, invitando a unos pescadores. La primera razón es porque éstos eran sus vecinos. Pero también cabría un motivo psicológico: Quien sabe pescar conoce de tempestades y fracasos. Es un profesional de la tenacidad y la paciencia. Comprende el sentido de la vida, con sus altos y bajos, con sus días soleados y sus oscuridades.

Al llamarnos a la fe, el Señor nos invita a cumplir nuestros deberes ordinarios pero a la luz del Evangelio. Una tarea que exige cada día esfuerzo y perseverancia. Porque no siempre las cosas resultan según nuestros proyectos. Porque nadie esta asegurado contra los fracasos.

Franz Kafka, aquel escritor checo, nos dice que “el misterio de Jesús es tan vertiginoso que hay que defenderse de él para que no nos arrastre hasta su fondo”. Pero tal vez es lo contrario. La única manera de ser cristianos es dejarnos arrastrar por ese torrente de agua viva.

2. Adimael

“Pasando Jesús junto al lago vio a Simón y a su hermano Andrés y les dijo: Venid conmigo y os haré pescadores de hombres”. San Marcos, cap. 1.

Un autor nos presenta a Adimael, ángel raso, con vocación de serafín, inquilino de la constelación de Casiopea. Este fue el redactor de veintisiete informes con destino al juicio universal, sobre los muertos que ingresaron en un día al cementerio de la Almudena de Madrid.

El ángel se extiende en prolongadas consideraciones, donde los hombres salen bien librados. Todas nuestras malicias y pequeñeces se cobijan bajo la inmensa comprensión del Señor, quien nos ama obstinadamente.

Además, detrás de cada pequeña biografía, advertimos cómo Dios orienta nuestra realización en el lugar y modo que nos corresponden.

Esto es lo que llamamos vocación.

El Evangelio cuenta el llamamiento de Cristo a los apóstoles. El de Pedro y Andrés tiene características especiales.

Sucede a orillas del lago. Jesús les promete proyectar de otro modo su oficio: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. Ellos, dejando de inmediato las redes, le siguieron".

A nosotros tal vez no nos llame el Señor a abandonar nuestras tareas. Pero si quiere darle otra dimensión nueva a nuestra vida.

Porque una profesión puede ejercerse de diversas formas. El ser ciudadano tiene muchos niveles, desde la indiferencia al compromiso.

La juventud puede vivirse o puede malgastarse.

El dinero sirve para construir el futuro en comunidad, o para destruirse solitariamente.

La fe puede impulsarnos a una huida del mundo, o a un encuentro positivo con El.

Hay amores y amores. Desde aquellos que son de fantasía, hasta amores verdaderos, entusiastas, transformantes. También existen otros, ásperos, quejumbrosos, molestos.

Nuestra actitud ante la vida podrá llevarnos a contemplar gozosos el vaso medio lleno, o a lamentarnos porque está medio vacío.

Antes del llamamiento, Jesús les dice a los apóstoles para motivarlos: "Está cerca el reino de Dios. Creed la Buena Noticia".

Sin embargo a quienes nos miran desde lejos, muchas veces les decimos con nuestras actitudes: El Reino está distante todavía.

No debe ser así, porque el Evangelio apunta a recibir en la mente y en el corazón una Buena Noticia: Dios nos ama.

Por eso y a pesar de todo, alegrémonos. Vale la pena vivir, vale la pena seguir luchando por el Reino de Dios.

3. Un verbo con mala ortografía

“Pasando Jesús junto al lago, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando la red y les dijo: Venid conmigo.” San Marcos, cap.1

Si alguna vez escribiéramos “Yamar” por invocar, dar voces, interpelar, se nos vendrían encima todos los profesores de ortografía y las academias de la lengua. Es pecado mortal en la gramática cambiar la elle por la ye. Pero a los creyentes nos es lícito escribir de este modo. Porque llamar significa en el fondo Ya amar. Nos lo da a entender el Evangelio de hoy.

Unos pescadores del Lago de Galilea: Simón y Andrés, Juan y Santiago. Jesús pasó, los llamó por su nombre y ellos, dejando redes y barcas, se vinieron con El tras el deseo de ser pescadores de hombres.

Una labor muy larga y muy a fondo debió haber precedido a esta llamada. Toda la compleja tarea del amor.

Al enemigo se le grita, al intruso se le ahuyenta, al desconocido se le interroga, al extraño se le ignora... solamente al amigo se le llama y solamente el amigo sabe responder.

Pensemos hoy que cada uno de nosotros ha recibido de Jesucristo un llamado muy serio y muy comprometedor. No somos un conjunto de sonámbulos que se entrecruzan en las calles de la historia, sin saber el porqué de su destino. Cada uno de nosotros ha sido llamado personalmente por Dios a la existencia. Caminamos hacia una meta que El nos ha trazado. Algunos la buscamos reflexivamente, mientras otros caminan sin rumbo, o simplemente empujados por las circunstancias. O arrinconados por los acontecimientos. ¿Entre cuáles te puedes contar tú?

Si te inclinas por la arquitectura, si tienes un novio que te parece reunir todas las cualidades, si tienes dotes para la música, para la pintura, para el trabajo social o el deporte, para los negocios o la política... Todo esto no sucede al acaso. Detrás de esos deseos está la voz silenciosa del Señor.

Todas las personas nos movemos por la tenaz y amorosa fuerza de Dios. No somos marionetas incapaces de pensar y de amar. Somos libres e inteligentes y podemos colaborar activamente en los planes de Cristo.

Cuando nos resistimos, el se pliega serenamente a nuestra negativa. Cada llamada de Dios nos quiere conducir a nuestra felicidad. ¿Por qué no la escuchamos?

Mucha gente desconoce el sentido de la vida. Por lo cual es tarea de quienes tienen más luz e inteligencia, reflexionar con el hermano, con el amigo, con el compañero de estudios o de trabajo. Ayudarlo a descifrar su jeroglífico, colaborarle en la interpretación de los planos de su propia existencia. En compañía es más fácil escuchar la voz del Señor. La cual a veces no oímos por estar saturados de ruido.

Así como a Pedro, Andrés, Santiago y Juan, hoy vuelve el Señor a llamarnos para mejorar el mundo.

Cuarto domingo

1. Sucedió en Cafarnaúm

“Estaba en la sinagoga un enfermo que tenía un espíritu inmundo. Jesús lo increpó y el espíritu, dando un fuerte grito, salió de aquel hombre”. San Marcos, cap. 1.

Frente a las demás aldeas que rodeaban el lago de Genesaret, Cafarnaum era una próspera ciudad. Allí tocaba el “el camino del mar”, una ruta que subía desde Egipto bordeando la costa palestina, para adentrarse luego en Galilea y continuar hacia Damasco.

El Evangelio nos conduce con frecuencia a esta villa, a donde concurrían pescadores y aldeanos, cortesanas y soldados, mendigos y cobradores de impuestos. Se entiende que en Cafarnaúm hubiera una importante de aduana y una lujosa sinagoga de la cual se conservan algunas ruinas. Era una sala no muy grande - 18 metros por 24- bellamente decorada con mosaicos de palmas y de estrellas.

San Marcos anota que en aquel lugar de oración y enseñanza, Jesús encontró a “un hombre que tenía un espíritu inmundo”, el cual le hacía gritar: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno?”. Durante su vida pública, el Maestro se cruza con muchos poseídos por el demonio. Porque el Espíritu del Mal puede apoderarse de alguien. Pero, de otro lado, en tiempos de Jesús, los judíos equiparaban toda enfermedad psicológica con la presencia del Maligno.

Allá en la sinagoga de Cafarnaúm, el Maestro no presenta un diagnóstico clínico o religioso, sino que actúa en favor de aquel necesitado. Añade el evangelista que Jesús increpó al mal espíritu y el hombre quedó sano.

Cuando Jesús anuncia que el Reino de Dios está ya próximo, cuando asegura que ese Reino está en nuestro interior, no es un profeta ingenuo que ignora la presencia del mal en el mundo. Nadie más que El conoce los himalayas de crimen, de falsedad y de dolor que soporta sobre sí nuestro planeta. Pero a la vez Cristo viene a ofrecernos su poder, que puede trasladar montañas.

El cristiano también conoce su propia capacidad de mal. Como dice Bernanos: “Cada día descendemos a nuestra realidad pecadora, aunque vestidos de una escafandra, la esperanza”. Somos conscientes de todos los elementos negativos que se oponen al Evangelio. Pero tampoco hemos de exagerarlos, anunciando diariamente catástrofes.

Por otra parte, no atribuyamos siempre el pecado y sus consecuencias a fuerzas exteriores, identificadas como demonios. Esto equivaldría a esquivar toda responsabilidad personal. El mal habita en nuestro corazón y es tarea nuestra mantenerlo a raya, para que su poder no nos derrumbe.

Porque la vida cristiana es algo más. Ha de llegar al gozo de sentirnos perdonados. A una seguridad que nos viene de Dios. La salud no es tan sólo ausencia de enfermedad. Es la armonía de todos nuestros mecanismos, de tal manera que podamos alegrarnos de vivir. Igual cosa sucede con la fe.

“Cristo llegó a este mundo hastiado y vacío - comenta Martín Descalzo - por la olvidada puerta de la alegría. Como los hombres somos tristes y aburridos, nos habíamos inventado un Dios de idéntico estilo. Como nosotros le amábamos tan poco, no podíamos imaginarnos que él nos amase tanto”.

Jesús nos ha enseñado a sentirnos pequeños y pecadores, pero sabiendo que El exorciza, del mundo y de cada corazón, los demonios del miedo y la tristeza.

2. Sólo Tú eres Santo

“Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo y se puso a gritar: ¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? Jesús lo increpó: Cállate y sal de él”. San Marcos, cap. 1.

En hebreo “Ruáh” quiere decir espíritu, fuerza interior, alma, vida, influencia, modo de ser, poder transformante.

Dios es un Espíritu que, al comienzo del mundo, dio origen a la primera nebulosa. Ordenó luego el camino de los astros y la vida de los seres inferiores. Un día, al soplar sobre el barro, creó al hombre y le infundió una vida semejante a la suya.

La Biblia habla además de espíritus inmundos. Llama así ciertas enfermedades, esas taras que aquejan a los mortales, fuerzas del mal que actúan entre nosotros.

Jesús vence con su palabra estos espíritus, cómo en el caso de este hombre, que acude el sábado a la sinagoga de Cafarnaúm.

Hoy también, aunque de otras maneras, nos dominan espíritus inmundos. Se revisten de formas decentes, aceptadas en sociedad y con cierta apariencia de cristianismo.

Podríamos preguntarnos: ¿Quién padece un peor espíritu: La joven que queda embarazada, o su familia que se niega a ayudarla ?

¿El muchacho drogadicto, o la madre que lo ha rechazado desde antes de nacer?

¿El cristiano que revela con su conducta una Iglesia de rostro adusto y vengativo, o quienes sistemáticamente repudian esta Iglesia?

¿Los que por diversas circunstancias viven su amor fuera de los esquemas legales, o quienes evitan su trato por no contaminarse?

¿Quien frecuenta escrupulosamente el culto externo, sin convertirse de corazón o el que no practica, pero vive, aun sin saberlo, los valores del Evangelio?

Aquel endemoniado de Cafarnaúm confesaba a gritos el poder de Jesús y le llamaba a boca llena el Santo de Dios.

También nosotros un buen día llegaremos a entender aquella frase de la liturgia: "Porque sólo Tú eres Santo".

Todos los demás, aunque nos presentemos en público cómo perfectos, tenemos dentro muchas fuerzas negativas, padecemos muchos demonios.

Nuestras deficiencias pudieran no ser materia de confesión, pero nos pesan en el alma, empequeñecen nuestro yo, desdibujan esa perfección personal que deseamos.

Esta comprobación pudiera volvernos pusilánimes.

Los adultos, que hemos luchado tanto, ¿seremos menos perfectos que los jóvenes? Los jóvenes, que defendemos unos valores más auténticos, ¿tendremos los vicios de épocas anteriores? ¿El cristiano no tendrá siquiera la recompensa de sentirse en paz consigo mismo?

Son preguntas inquietantes.

Es verdad: Hay una especie de introspección que causa tedio y hace que nos sintamos desvalidos e inútiles. Pero entonces busquemos al Señor.

Aquel hombre, que un día de sábado se asoma a la sinagoga, para encontrarse con el profeta de Nazaret, nos señala un camino. Después de aquel encuentro las cosas cambiaron para él definitivamente.

Podríamos hoy evaluar nuestra vida delante del Señor, quien es el único Santo.

3. ¿Ser o tener autoridad?

“Todos se quedaron asombrados de Jesús, porque no enseñaba con los letrados, sino con autoridad”. San Marcos, cap.1.

Hace algunos años las agencias internacionales comunicaban una noticia impresionante: Un alienado mental había golpeado la Pietá de Miguel Ángel, causándole serios destrozos.

Hubo conmoción mundial. Un loco había mutilado esta obra maestra.

Sin embargo si Miguel Ángel Buonarrotti hubiera hecho lo mismo, nadie habría tenido derecho a reprimirlo. El era su autor. Tenía autoridad sobre la obras.

Así mismo el único que tiene autoridad sobre los hombres es Dios, autor y dueño de nuestra existencia.

Pero El ha delegado su autoridad y sus derechos en algunas personas: Los padres de familia, los maestros, la autoridades religiosas, civiles y militares. Sin embargo éstas no cumplirán con su deber, sino en la medida en que respeten la dignidad del ser humano, y trabajen para lograr su plena realización.

Vivimos hoy una crisis de autoridad. De un lado, muchas personas no la ejercen de una manera honesta y en servicio de los demás. Aprovechan su situación para dominarlos, oprimirlos y explotarlos. De otro lado,

quienes deberían estar sujetos a la autoridad, no la acatan. Se convierten en rebeldes que todo lo estropean y destruyen.

¿Qué hacer entonces? Si reflexionamos a la luz del Evangelio, descubrimos que Cristo no solamente era autoridad, sino que tenía autoridad. Como Dios, era la suprema autoridad, y como Hombre-Dios, por su conducta y por su ejemplo, se mostraba digno de ser obedecido.

Muchos, en cambio, son autoridad en el gobierno, en la Iglesia, familia, en las instituciones...¿Pero su modo de vivir, lo hace dignos de ella?

Para tener autoridad se requieren tres cosas:

La verdad. Cristo era la Verdad. Nunca engañó a nadie. Los hombres necesitamos poder confiar en nuestros dirigentes. Por eso rechazamos en ellos toda la hipocresía.

Luego, el ejemplo. Cristo practicó siempre lo que predicaba, y condenó duramente a los fariseos como personas que decían una cosa y practicaban otra.

Por último, el servicio. La verdadera autoridad está siempre atenta al servicio del hombre y de la comunidad.

¿Nos hemos preguntado alguna vez si ejercemos la autoridad con la verdad, la respaldamos con el ejemplo y la vivimos como un servicio a los demás? Cristo no vino a ser servido sino a servir.

Quinto domingo

1. En casa de Simón

“En aquel tiempo, la suegra de Simón estaba en cama con fiebre. Jesús, tomándola de la mano, la levantó. Entonces se le pasó la fiebre y se puso a servirles”. San Marcos, cap. 1.

Infortunada aquella definición de hombre que heredamos de los filósofos antiguos. Y además calumniosa. Afirmar que somos únicamente “animales racionales” devalúa la obra maestra del Señor sobre la tierra. Más humano - y más próximo al Evangelio - fue Ortega y Gasset cuando escribió: “Yo soy yo y mi circunstancia”.

A través de la vida de Cristo descubrimos que el plan de Dios no procura únicamente “el bien de las almas”. Ni solamente salva nuestras

facultades interiores. Pretende sanar todo lo humano. Se trata de aquella transformación que, según san Pablo en su carta a los romanos, toda la creación aguarda entre gemidos.

San Marcos nos presenta a Jesús de nuevo en Cafarnaúm. Era un sábado y desde la mañana el Maestro ha estado en la sinagoga compartiendo la oración y la enseñanza. Al caer la tarde se dirige con sus discípulos a la casa de Pedro, cuya suegra esta en cama con fiebre. El Señor la toma de la mano. Ella de inmediato se levanta y empieza a servir a sus huéspedes. Todo ha sido muy simple, pero el hecho corre de boca en boca por toda la ciudad.

Durante ese día a nadie era lícito transportar los enfermos, a causa del descanso sabático. Pero entrada la noche, la casa de Simón se llenó de menesterosos que imploraban el poder de Jesús. San Marcos anota que “curó muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios”.

Allá en el lago Jesús había llamado a Pedro a otra clase de pesca: Venid, os haré pescadores de hombres. Esta vocación, sin embargo, no lo convirtió en un extraterrestre. Continuó siendo ciudadano del mundo, miembro de una familia. Y Jesús se preocupa de todas sus circunstancias. Lo visita en su casa. Cura la enfermedad de su suegra.

De pronto nosotros, al vivir el cristianismo, fraccionamos la vida. Relegamos a Dios a ciertos ámbitos y dejamos vacíos otros tantos que nos parecen profanos. Pero el Señor no es “sagrado” en el sentido estrecho que le hemos dado a esta palabra. Es el Dios del cielo y la tierra. Habita una luz inaccesible, pero se complace en las moradas de los hombres.

Para ser cristianos conviene entonces iluminar con la luz de Cristo todas las áreas de nuestra persona. La mente y el corazón. El ámbito familiar y todas las estructuras en las cuales nos movemos de la mañana hasta la noche.

San Patricio de joven fue pastor, luego esclavo, más tarde diácono y evangelizador de Irlanda, su tierra natal. De él heredamos aquella oración diáfana y simple: “Cristo conmigo, Cristo delante de mí, Cristo detrás de mí, Cristo dentro de mí. Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda. Cristo en la fortaleza, Cristo en el asiento de mi carruaje, Cristo en la popa de mi nave. Cristo en el corazón de todo hombre que piensa en mí. Cristo en la casa de todo hombre que hable de mí. Cristo en todos los ojos que me ven. Cristo en todos los oídos que me oyen”.

2. Yo y mi circunstancia

“Al salir Jesús de la sinagoga, fue a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó: Se le pasó la fiebre y se puso a servirles”. San Marcos, cap. 1.

Máximus IV fue un simpático anciano, patriarca de Alejandría, que participó en el Concilio Vaticano II. Nos dejó una frase inolvidable: "La oración no se compone de ausencias, sino de presencias".

Para orar quisiéramos a veces fabricar el vacío absoluto. Poner la mente en blanco, antes de presentarnos al Señor. Pero ni en la oración, ni menos en la vida, puede lograrse el vacío total.

Nos despojamos de nuestros pecados, pero continuamos atados a nuestras circunstancias, las cuales nos condicionan y nos zarandean la mente.

Grandes o pequeñas, trascendentales o insignificantes, comunes y corrientes o extraordinarias, las circunstancias forman parte esencial de nuestra vida.

Llegaremos al cielo, transformados por la fuerza de Cristo, pero tales cómo somos.

En este relato de San Marcos vemos a Pedro, jefe de los apóstoles, cabeza de la Iglesia, preocupado por la salud de su suegra. El llamamiento de Cristo no lo convierte en un ser extraterrestre. No le da pose dramática y trascendental. Le permite seguir siendo humano, vecino del mundo, en relación directa con sus propias circunstancias.

Todas estas situaciones humanas conforman la infraestructura de la salvación. No busquemos por lo tanto una salvación extratemporal y extramundana que no existe.

Se dio antiguamente una definición de hombre que, por lo inexacta, resulta calumniosa. Se decía que éramos animales racionales.

De ahí se deriva todo un modo de pensar, una visión tendenciosa del hombre, una manera no muy cristiana de comprender el mundo y de vivir la fe.

Es más hermosa y más real la definición de Ortega y Gasset: "Yo soy yo y mi circunstancia". Y cada circunstancia puede volverse puente o precipicio.

El compromiso cristiano consiste en orientarla de una manera constructiva:

- Otro que no recibió la fe en el hogar, construyó a pulso una vida honesta, que lo hizo auténtico y comprensivo.
- Aquel lo tuvo todo y de un momento a otro lo perdió. Hoy es más humano y encuentra otras formas de alegría.
- Esta tiene una historia de luchas y dolores. Sin embargo, comunica experiencia y enseña a domesticar las penas con una sonrisa.

Todos ellos construyeron vida sobre su circunstancia.

3. Ese es el milagro

“Jesús se acercó a la suegra de Simón que estaba en cama con fiebre, la tomó de la mano y la levantó... y ella se puso a servirles”. San Marcos, cap.1.

La fiebre es un síntoma, es decir un aviso de cosas que pueden ser muy graves. Pero existe también una fiebre moral, aviso y síntoma de nuestro mal interior.

El Evangelio de hoy nos invita a pensar que la fiebre y la curación de la suegra de Pedro son síntomas de cosas muy graves, pero a la vez muy hermosas.

Al curar a los enfermos, al dar la vista a los ciegos, al resucitar a los muertos, Jesús nos da a entender que El es Dios. Dueño de unos poderes mayores aún, que pueden cambiar totalmente nuestra vida.

En su tiempo, toda enfermedad se entendía como signo del poder del mal y del pecado. Nosotros hemos cambiado esa visión fatalista y negativa. Sabemos que la mayoría de las enfermedades son consecuencia de nuestra conducta, de la herencia, la contaminación...Pero a la vez sabemos que el Señor es capaz de hacer milagros para sanarnos. El mismo ha dado al hombre poderes en contra de esos males: La ciencia, los descubrimientos de la medicina, los mil secretos que le hemos arrancado a la naturaleza para ponerla a nuestro servicio.

Pero todos los días necesitamos del poder y la intervención de Jesucristo, en el área de nuestro mal moral.

Allá, en lo más hondo de nuestro ser, tenemos regiones en las cuales no nos sentimos bien. Allí es donde nos domina el mal, donde no somos buenos del todo, donde se hunden las raíces del egoísmo, de la ira, de la soberbia. Hasta allí también puede llegar el Señor para sanarnos.

Muchas veces obramos mal, aún sin quererlo, y sentimos tristeza. Hubiéramos querido ser tan pacientes, tan generosos, tan bien educados y fallamos.

Jesucristo puede enderezar nuestra vida, orientar nuestra conducta definitivamente hacia el bien. Recibimos su influencia transformadora cuando rezamos con esas palabras interiores que nacen del corazón. Cuando recibimos los sacramentos, por los cuales unimos nuestra vida con el Señor.

Quien sanó a la suegra de Pedro, curó los leprosos, dio vista al ciego de Jericó, perdonó a Magdalena, dio la fe a la Samaritana y prometió al buen ladrón el paraíso, es el mismo con quien hemos comprometido nuestra vida.

Ser cristianos es estar con El. Estar amarrados a su Ser y a su vida, con los vínculos de amor y de la fe.

¿Por qué será que algunos tenemos a Dios solamente como un hacedor de milagros exteriores? Es verdad que El puede sanarnos físicamente, pero también espiritualmente.

Entonces, como la suegra de Pedro, desde una vida nueva, podremos servirle a El y a nuestros hermanos. Ese es el Milagro.

Sexto domingo

1. Golpe de látigo

“Entonces se acercó un leproso, suplicándole de rodillas: Si quieres, puedes limpiarme. Jesús, sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo: Quiero: Queda limpio”. San Marcos, cap. 1.

“Golpe de látigo” era el nombre que los judíos daban a la lepra. Y detrás de ese látigo estaba Dios, señalando con ira los pecados ocultos o visibles de quienes sufrían este mal.

El capítulo 13 del Levítico nos presenta una minuciosa descripción del trato que debería darse a los leprosos. Un ritual exagerado hasta la neurosis. Tal era el horror que esta enfermedad inspiraba al pueblo judío. Quienes la padecían se sentían doblemente rechazados, por la religión y la sociedad. Habían pecado y debían permanecer aislados de la gente. Muertos en vida, aguardaban un poco de alimento que alguien les dejara en el camino. Mientras otros les arrojaban piedras para mantenerlos a distancia.

Pero algunos leprosos habían escuchado de cierto profeta de Nazaret, que sanaba a muchos enfermos. San Lucas nos habla de diez leprosos que, desde lejos, le imploraron al Señor su curación. San Marcos menciona solamente uno, el cual, contra toda norma, venciendo los tabúes que rodeaban su mal, se acercó a Jesús. Y cayendo de rodillas, le dijo: “Si quieres, puedes limpiarme”. No fue siquiera un ruego. Sólo una comprobación nacida de la fe. Ese galileo que congregaba en derredor a tanta gente, podía sanarlo. Una confianza que el enfermo ratifica postrándose delante del Maestro.

San Marcos vuelve a ser lacónico, pero a la vez preciso: “Jesús, sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: Quiero, queda limpio”.

Desde el esquema de los fariseos, este enfermo ha violado gravemente la ley. E igual cosa ha hecho el Señor. Quien tocaba a un leproso quedaba inmundo. Y Jesús ha dicho: “Quiero, queda limpio”. En vez de contaminarse, el Señor purifica al enfermo de su lepra y también de las culpas que quizás le merecieron este mal. San Juan escribirá más tarde que el Bautista llamó a Jesús el Cordero que quita los pecados del mundo.

Sin embargo, el Maestro no violaba la ley por violarla. Solamente rechazaba esa maraña de normas que oprimían a la gente. Por esta razón, llama aparte al recién curado y le dice: “Ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés”.

Este hombre ya sanado no entendía aún que quien lo había sanado era el Hijo de Dios. Entonces que vaya al templo de Jerusalén, donde al certificar su curación, lo devolverán a la comunidad.

También Jesús le ordena al hombre ya sano que guarde silencio. Quería impedir que su fama de taumaturgo se extendiera. Porque muchísimos lo

buscaban únicamente por lo exterior de sus signos, sin comprender lo profundo de su palabra.

Quienes alguna vez tocamos fondo. Quienes creímos necesario escondernos de Dios. Quienes un día perdimos toda esperanza, hoy sentimos que este leproso nos anima a clamar: “Señor, si quieres, puedes curarme”. A pesar del oscuro remordimiento que nos golpea el alma, como si fuera un látigo de Dios.

Y el Señor quiere curarnos. Pero esta sanación no es meramente un perdón judicial, o un ingenuo olvido de nuestro pasado. Equivale a una regeneración interior, que hace resucitar los mecanismos de paz interior y de esperanza, para empezar a ser criaturas nuevas.

2. La razón de la ley

“Se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas. Jesús lo tocó diciéndole: Queda limpio. Y le encargó severamente: No se lo digas a nadie. Pero él empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones”. San Marcos, cap. 1.

En los cuentos de hadas, los caballos son fuertes y veloces, la dama perseguida es hermosa en extremo, los árboles dan fruto cada día, los ríos son siempre claros y apacibles.

Pero cómo la vida real no es un cuento de hadas, comprobamos que en ella todo es muy distinto. El mundo es imperfecto, rudo, difícil. Necesita de nuestro diario esfuerzo para hacerlo fructificar, para convertirlo en una casa habitable.

De ahí que toda la creación aguarda de nosotros cuidado, trabajo, orientación, normas y leyes. Aunque algunos, cómo niños mimados, continúan añorando un mundo ideal, donde la libertad viva sin normas.

Pero cuando entendemos el sentido de la ley, ella no nos molesta.

Entonces comprendemos que los mandamientos construyen al hombre. Los preceptos de la Iglesia tienen por misión orientarnos a los valores cristianos. Las normas civiles defienden los derechos de los ciudadanos y edifican la convivencia en paz.

Si aceptamos la ley con inteligencia y madurez, nos conducirá cómo un lazarillo, a la buena costumbre y al amor.

Entonces ya no será importuna. Nos habrá conducido a un territorio libre donde podremos repetir con San Agustín: "Ama y haz lo que quieras".

Sin embargo, San Marcos nos cuenta de un leproso, sanado por Jesús que no obedece a su mandato.

El Señor le había mandado callarse y no divulgar su curación. El evangelista anota que el Señor se lo ordenó con severidad. Pero a él después de verse sano, no le cabía el corazón en el pecho. No podía menos que contar a todos el prodigio de aquel profeta galileo.

- "Queda limpio. Pero no se lo digas a nadie", fue la orden de Jesús.

El Maestro tendría sus razones. Deseaba pasar de incógnito en aquella comarca. La publicidad le traía frecuentes dificultades. Los moradores de aquella ciudad no estaban preparados para reconocer sus signos. O bien, cómo dice el evangelista en otros lugares, aún no había llegado su hora. Sin embargo, cuando el leproso ya sano comienza a divulgar el milagro, Jesús no va en su busca para reprenderlo. Respeta profundamente la conciencia de aquel hombre agradecido.

Así puede sucedernos alguna vez. La letra de la ley dice una cosa, pero nuestro amor a Dios, a los hermanos, nos está pidiendo algo distinto.

La gratitud de aquel hombre curado le estaba urgiendo que contara a todos la maravilla: Sobre su lepra había florecido carne nueva, cómo la de un niño.

3. La voluntad de Dios

“Jesús, sintiendo lástima del leproso, extendió la mano y lo tocó diciendo: Quiero: queda limpio”. San Marcos, cap.1.

¿Cómo será Dios? ¿Cuál su modo de ser, cuáles sus planes y su voluntad? Es difícil saberlo. La teología nos enseña que todo lo que pensamos o decimos de Dios es apenas imagen, aproximación, analogía y sombra de lo que El es: La Vida, el Bien, el Amor.

Tampoco tenemos ideas claras sobre la voluntad de Dios. Algunos la confunden con el sufrimiento del hombre. En la mitología azteca encontramos a Huitzilopochtli, un ídolo a quien se le ofrecían los corazones de los vencidos. Mientras la sangre humana corría sobre el altar de piedra, el dios, en cuya frente se alzaba un penacho de plumas de colibrí, sonreía ferozmente.

Otros imaginan a Dios como alguien caprichoso, que desea una humanidad sometida ciegamente a sus mandatos. Ignoran la razón de sus preceptos, los cuales se miran como una manera continua de amargarnos la vida.

Algunos más piensan en Dios celoso, que impide el progreso del hombre, guardando con avaricia los secretos de la naturaleza y de la historia. No sea que un día el hombre llegue a suplantarlo.

Pero el Evangelio nos enseña que la voluntad de Dios es nuestro bien. “Quiero: Queda limpio”, le dice Jesús al leproso. Quiero: Sed limpios, sanos, santos, felices, perfectos, nos dice Dios cada día. El, como un padre bueno, no tiene otro deseo que el bien de sus hijos.

No es lógico achacarle al Señor los efectos de nuestra ignorancia, de nuestros errores y pecados. No es voluntad de Dios el accidente de tránsito producido por el alcohol y la irresponsabilidad. Tampoco las catástrofes que nuestra ignorancia o nuestra ciencia todavía tan miope, no previeron o no quisieron evitar.

Los efectos de nuestros pecados no pueden ser voluntad del Señor. Pensemos en las taras genéticas, en tantas enfermedades causadas por los vicios, en los dolores que producen en la familia y en la sociedad el egoísmo, y la violencia de algunos.

Pero nuestro Dios es bueno. Es capaz de sacar bien de los mismos males, aunque a diario destroce sus planes. Con paciencia como de jardinero -el Evangelio lo llama frecuentemente agricultor- sigue regando, podando, arrancando la cizaña. E inventa proyectos nuevos para lograr nuestra plenitud.

Jesús se acercó bondadosamente al leproso. Lo tocó, lo cual estaba prohibido por las leyes judías. Y al instante el enfermo quedó sano. ¿Seremos nosotros tan tercos para no dejarnos alcanzar por el Señor, cuando El se nos acerca?

Séptimo domingo

1. Dos formas de mirar

“Entonces llegaron cuatro llevando un paralítico, y como no podían meterlo a la casa por el gentío, levantaron unas tejas encima donde

estaba Jesús y descolgaron la camilla con el enfermo”. San Marcos, cap. 2.

El Reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza. Se parece a la levadura que tomó una mujer. A un tesoro escondido en el campo. A una red que recoge peces buenos y malos. A un negociante en perlas finas. Jesús dijo también que ese Reino padece violencia, porque requiere esfuerzo para alcanzarlo. Pero nunca habló de la necesidad de ciertos acróbatas que nos acerquen a El, como los que un día trajeron aquel enfermo sobre una camilla.

El Señor había entrado con sus más allegados a una casa, mientras afuera se apretaba la multitud deseosa de escucharlo. De pronto el Maestro interrumpe súbitamente su sermón y mira al cielo. Acostumbraba hacerlo para comunicarse con su Padre. Pero ahora es otra la razón. Sobre la terraza que cubre la habitación llena de gente, unos hombres han abierto un boquete. Y por allí descuelgan la camilla donde yace un paralítico.

Amigos y familiares del minusválido no esperaron que Jesús terminara su discurso y, con singular acrobacia, ponen delante del Señor al paralítico. Los presentes quedan atónitos. Pero más se asombran todavía, cuando el Señor dice al enfermo: “Hijo, tus pecados quedan perdonados”. Unos letrados pensaron entonces: ¿Y éste quién se cree para perdonar pecados?

Pero el Maestro, adivinando su cavilación, les replica: “¿Qué es más fácil decir, - en otras palabras, para mí es igualmente fácil -: Tus pecados quedan perdonados, o toma tu camilla y echa a andar?”

El enfermo no ha abierto la boca. Su intención es curarse, pero a Jesús le ha interesado más discutir con sus adversarios y esto lo mantiene desconcertado. Sin embargo, enseguida el Maestro le dice: “Levántate”. Y de repente empieza a caminar, mientras todos comentan: “Nunca hemos visto nada igual”.

¿Pero que veían esas gentes?. Los letrados habían visto a un blasfemo que se atrevía a perdonar pecados. El paralítico y sus amigos veían a un profeta que curaba de inmediato. Pero el Señor, como apunta san Marcos, ha visto “la fe que tenían”.

Jesús no se detiene en el afán importuno de quienes han roto el tejido. Aquel gesto atrevido de descolgar al enfermo desde el techo, significaba una inmensa confianza en El. Todo esto lo mira el Maestro, pero va al fondo del problema: Un hombre vencido por el enfermedad. ¿Quizás un

pecador? No lo sabemos. La mirada de Dios es muy distinta de las nuestras.

Frente a la acción del Señor. Ante los acontecimientos de la historia. Ante nuestra propia miseria, caben dos maneras de mirar. La una que se queda en el asombro. La otra que descubre ese más allá que tienen las personas, los acontecimientos y las cosas. Es decir el misterio.

Revelación significa el mensaje que el Creador ha dado a los hombres. Pero existe también una revelación privada, a la medida de cada creyente, que nos ayuda a ver de tal manera, que descubramos los planes de Dios. De un Dios que sana las heridas interiores y perdona a la vez las culpas. Sólo que necesitaríamos la osadía de esos camilleros y la confianza de aquel paralítico.

2. Ceniza

“Volvió Jesús a Cafarnaúm. Llegaron cuatro hombres llevando un paralítico y cómo no podían acercarlo a Jesús por el gentío, levantaron el techo de la casa en que estaba y descolgaron la camilla con el enfermo”. San Marcos, cap. 2.

Nitrógeno, calcio, hidrógeno, carbono, algún otro residuo: Ceniza. Lo que nos queda cuando no queda nada.

Al empezar la cuaresma los cristianos nos marcamos con ceniza la frente. Pero ¿qué significa esta costumbre?

La ceniza nos habla de destrucción. Siempre nos han motivado para que en estos días pensemos en la muerte.

La fe del cristiano sería entonces un aviso diario sobre la fugacidad de la vida, sobre la brevedad de nuestras alegrías, sobre la precariedad de nuestros esfuerzos.

Todo termina, tarde o temprano, en el silencio de una tumba.

Por este camino llegamos a institucionalizar la zozobra, a hacer del miedo el mayor resorte de la vida cristiana.

Para el creyente, la actitud preferida ante todo lo humano, sería entonces la de Sartre: La náusea.

Pero la ceniza tiene otros significados. Fertiliza los campos, aporta nuevos zumos a las raíces.

Con razón aquel monseñor que nos pinta Morris West en "El Abogado del Diablo", anhelaba morir lejos de Roma, para que sus cenizas abonaran los naranjales de Calabria.

La ceniza significa nuestros deseos de conversión.

Entonces en Cuaresma podemos cultivar nuestras cualidades, estudiar más, trabajar mejor, ser más sinceros en la amistad y más nobles en nuestras relaciones.

La ceniza también purifica. Disuelve ciertos elementos. Destruye los gérmenes y es amiga del brillo y del aseo.

Al recibirla, queremos renunciar al mal y comenzar una etapa de limpieza interior. Al caminar por el tiempo se nos pegan al alma tantas bacterias. Ahora, con lealtad y valentía podemos purificar el corazón.

Pero el oficio más hermoso de la ceniza es el de custodiar el fuego. Bajo sus humildes y grises apariencias éste se disfraza de sombra. Duerme la llama y se esconde la luz, hasta que alguien se acerque y avive el rescoldo. Entonces el fuego se eleva desde la ceniza, la luz retorna y la vida vuelve a tener color.

Este acercamiento al rescoldo es nuestro programa de Cuaresma.

Había una vez un paralítico que tenía urgencia de acercarse al Maestro. Convenció a quienes le ayudaban para que descolgaran su camilla, apartando el techo del recinto donde estaba Jesús.

El Señor, al mirar tanta fe y tanta esperanza, le dijo: "Tus pecados te son perdonados."

Si buscáramos a Dios... Es necesario apartar las comunes apariencias y descubrir que dentro se esconden tantas posibilidades. Hemos guardado el fuego y se nos ha olvidado despertarlo.

Si cada uno de nosotros buscara al Señor con esa terquedad del paralítico. Si en compañía de Dios se acercara a su propio rescoldo... Entonces serían perdonados nuestros pecados, nos levantaríamos tomando auestas la camilla, volveríamos a ser luminosos.

Nuestra ceniza no es únicamente oscuridad. Es la cuna ignorada de la luz.

3. Un Dios de vacaciones

“Unos letrados que estaban allí pensaron para sí mismos: ¿Quién puede perdonar fuera de Dios?”. San Marcos, cap. 2.

Los mismos letrados y fariseos nos lo enseñan: Entre las muchas tareas de Dios: Crear los mundos, señalar su ruta a cada estrella por el inmenso espacio, despertar el sol cada día sobre justos y pecadores, alimentar de madrugada las aves, vestir los lirios con más lujo que Salomón, está el oficio de perdonar el pecado del hombre.

Pero si la tarea de Dios fuera tan sólo perdonar pecados, entre nosotros El seguiría de vacaciones.

¿Por qué? ¿Todos estamos libres de culpa y de pecado? No. Por lo contrario: Porque muchos hemos perdido el sentido del pecado. Ya no nos preocupa ni molesta, ni creemos en él.

El antropólogo dirá que el pecado es un condicionamiento ya superado, gracias al avance de la cultura. El sicólogo añadirá que el complejo de culpa ha sido eliminado, por medio del psicoanálisis y otras terapias. El sociólogo responderá que la culpa es siempre de los otros: De quienes se han apropiado injustamente de los medios de producción. El economista dirá que muchos conspiran contra las políticas de concertación, el encaje bancario, los reajustes tributarios y la retención en la fuente.

Pero nosotros, si no queremos esconder la cabeza como el avestruz, reconoceremos humildemente tapujos que hemos pecado. Con solo examinar nuestro interior, descubriremos fallas, errores, malas intenciones, rebeldías contra Dios. Nos hemos apartado frecuentemente de la justicia, de la sinceridad, del cariño, de la compasión, del deber.

Si en la sociedad que nos rodea abundan la violencia, la irresponsabilidad en el trabajo, el lujo excesivo, la vanidad y la ambición, ¿será todo ello un espejismo y el fruto de la imaginación?

El que esté sin pecado que arroje entonces la primera piedra, dijo un día el Señor ante la turba que acusaba a la mujer sorprendida en adulterio. Hoy podría decirnos otro tanto.

Sin embargo, nuestro pecado no es del todo trágico y definitivo. Jesucristo vino a quitar del mundo el pecado. Lo que importa es acercarnos a El.

El Evangelio nos cuenta el afán de aquellos amigos del paralítico. Como no podían acercarlo a Jesús, a causa del gentío, quitaron las lozas del techo para descolgar al paralítico delante del Señor.

Así nosotros, aunque sea venciendo mil barreras, mil obstáculos, aunque sea rompiendo el corazón, busquemos al Salvador. Esto de romper el corazón, ante Dios que es nuestro Padre, es lo que llamamos contrición.

Octavo domingo

1. Cristianos del Antiguo Testamento

“Vinieron unos y le preguntaron a Jesús: Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos, ayunan. ¿Por qué los tuyos no?” San Marcos, cap. 2.

Al comienzo tan sólo una amistad: Somos compañeros de estudios. Trabajamos en la misma empresa. Pero de pronto nace algo maravilloso. La amistad se transforma en una intimidad profunda y excluyente. Es el noviazgo. Una experiencia maravillosa que nos conmueve y nos transforma.

Cuando a Jesús lo hostigan, para que cumpla las innumerables normas que exigían los fariseos, El se compara con un novio. Así señala que ha venido a transformar la vida de sus discípulos.

Cuenta san Marcos que, en cierta ocasión, unos - no identifica el evangelista quiénes eran - se le acercaron para preguntarle: “Los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?”.

La tradición judía motivaba al ayuno como un medio de expiación y de purificación personal. Pero en tiempos de Cristo se había vuelto un rito vacío, que se cumplía más que por convicción, por rutina. Así entendemos la réplica del Señor: “¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras él está con ellos?”. Lo cual quiere decir: Existe algo más importante que los ritos y las prácticas. Y es una fe que signifique presencia y compañía de Dios. Sin ella todos los elementos religiosos nada valen.

Resalta además el Maestro el elemento de amistad que distingue la fe del Nuevo Testamento. Los cristianos somos “los amigos del novio”. Una amistad que nos ayuda a vivir en un ambiente de alegría. Cuando el sacerdote nos repite durante la Eucaristía: “El Señor esté con vosotros”, podríamos traducir: El Novio está presente en la asamblea.

Jesús sigue adelante en su explicación y se refiere las costumbres de su tiempo: Cuando la túnica o el manto están rotos, no conviene ponerles remiendos nuevos. Podrían rasgar aún más el tejido. Ni tampoco es bueno guardar el vino nuevo en cueros viejos. Los ácidos del vino dañarán el recipiente. Con estas comparaciones, Jesús insiste en que ha venido a enseñar una relación nueva con el Padre del Cielo. Desde la responsabilidad personal, pero a la vez en un clima de alegría y de fiesta.

“Servidores de la Nueva Alianza” llama san Pablo a los cristianos en su segunda carta a los corintios. Sin embargo, en muchas partes descubrimos cristianos del Antiguo Testamento. Son aquellos que nunca se han inquietado en relación con su fe, porque cumplen estrictamente muchos ritos. Los que prefieren vivir atados un sistema, sin jamás ser ellos mismos, desconociendo sus propios carismas. Todos aquellos que equiparan su fidelidad a Jesucristo a un código, donde muchas veces la persona de Jesús no se descubre.

La novedad de Jesús consiste en presentarnos un mensaje que supera toda ideología, y todo código. Comprendiendo además que la experiencia de Dios por Jesucristo exige conocerlo previamente, por la enseñanza de la Iglesia. Entonces nuestra vida empezará a caminar dentro de unos moldes exactos. Pero ya no por miedo, sino por amor. Donde se ama ya no hay temor.

José María Cabodevilla nos dice: “El amor es negocio de la voluntad. Y su prueba no la constituyen los sentimientos, sino los frutos. Ay de los árboles frondosos que sólo crían hojas. Del amor que sólo cría sentimientos”.

2. Por Dios, pongámonos al día

“Le preguntaron a Jesús: ¿Por qué tus discípulos no ayunan? Jesús les contestó: ¿Es que pueden ayunar los amigos, mientras el novio esta con ellos?”. San Marcos, cap. 2.

La Biblia utiliza con frecuencia las figuras del novio y de la novia para referirse a las relaciones de Dios con su pueblo.

En este pasaje, Jesús se identifica con ese novio que comparte entre los amigos la alegría de su boda.

Así será en el Cielo. No será tiempo de ayunar cuando gocemos de la presencia visible del Señor.

Cuaresma: Preparación para la Pascua del Reino eterno. Dentro de poco nos marcaremos la frente con ceniza. Pero además de este signo, cómo podemos prepararnos?

Tradicionalmente durante este tiempo, nos abstenemos de ciertas viandas y algunos días guardamos el ayuno.

A veces escuchamos: ¿Ayunar yo? Pero si lo hago por fuerza todos los días del año... ¿Para que agregar más mortificaciones a las que tengo a diario?

El mejor ayuno, cómo preparación a la fiesta de Pascua, es apartarnos del mal, del pecado, de los vicios, de los excesos, del despilfarro, del egoísmo,

Cada uno de nosotros entiende cómo puede "ayunar".

Dejar de comer algunas cosas no tiene sentido, si no es signo de nuestra adhesión al Señor, si no se traduce en beneficio del prójimo.

Otra manera de prepararnos a la Pascua es buscar el Sacramento de la Reconciliación. Pero no lo hagamos sin pensarlo despacio, sin hablar de antemano serenamente con Dios. Que el diálogo con el sacerdote sea la etapa final de una sincera conversión.

Cómo todavía no participamos en la "Fiesta" de Dios, ayunar del mal y del pecado nos servirá para caminar hasta esa meta.

No está bien quedarnos únicamente con la ceniza, con el ayuno material, con las procesiones, sin avanzar hacia una vida según el Evangelio.

También puede servirnos en estos días, aceptar con paciencia y alegría las dificultades y sacrificios ordinarios. No estallar en el hogar, cuando las cosas no van bien. No amargarnos sistemáticamente. Tratar a los demás con amabilidad, aunque ese día estemos de mal humor. Hacer favores sin esperar que nos lo rueguen. Contagiar alegría a los que sufren.

Todo esto es cristianismo. Todo esto es signo de esperanza en Jesucristo.

Quien va a dar una fiesta en su casa, hace una limpieza general, saca los mejores manteles, abre de par en par las ventanas, se viste las mejores ropas y luce su mejor sonrisa.

La Cuaresma es la preparación de aquella fiesta, en la cual Cristo le dio un vuelco a la historia, por su muerte y resurrección.

No nos sirve ni nos llena una Cuaresma sin sentido, anticuada e inútil. Pongámonos al día.

3. ¡Por Dios, pongámonos al día!

“Le preguntaron a Jesús: ¿Por qué tus discípulos no ayunan? Jesús les contestó: ¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos?”. San Marcos, 2.

La Biblia utiliza con frecuencia las figuras del novio y de la novia, para referirse a las relaciones de Dios con su pueblo. Y en el Evangelio de hoy Jesús se identifica con ese novio, que comparte con sus amigos la alegría de su boda.

Recordemos que los judíos observaban religiosamente sus ayunos, desde la salida del sol hasta la noche. Pero Jesús advierte: Tales prácticas no tienen ya una importancia definitiva. El ha venido para enseñar otras maneras de acercarnos a Dios.

Podemos entender el ayuno en un sentido estricto: Privarnos de algunos alimentos. Así lo usaban los primeros cristianos, muy cercanos a las leyes judías. De este modo mortificaban su cuerpo, dedicándose con más libertad a la oración.

Desde una visión actual de la fe, comprendemos que el alimento nos fortalece para el trabajo diario. Es un regalo de Dios que conviene usar con agradecimiento y moderación. Pero la caridad continúa siendo la reina de todas las virtudes. Por lo tanto el ayuno ha de promover nuestra capacidad de amor y de servicio.

Ayunar en un sentido amplio equivale a apartarnos del mal, del egoísmo. De todo aquello que deteriora nuestra vida cristiana. Es no estallar en el hogar, cuando las cosas se complican. No amargarnos sistemáticamente, tratar a los demás con amabilidad, aunque ese día estemos de mal genio. Hacer favores sin esperar que nos los pidan, contagiar alegría a los que sufren.

Privarnos del mal también exige purificar nuestro interior por el sacramento de la Penitencia. Pero después de pensarlo despacio y hablar muchas veces a solas con Dios. Es decir, que el diálogo con el sacerdote

sea la etapa final de un encuentro profundo y sincero con Dios nuestro Padre.

En tiempos pasados, muchos cristianos identificaron la fe cristiana con la mortificación. La vida de austeridad y retiro iniciada por los primeros monjes, pareció ser el modelo obligado para cuantos quisieran vivir el Evangelio. Muchos cristianos valoraron este estilo de vida, pero empezaron a sentirse incapaces de imitarlo. Entonces surgió otra forma de cristianismo, más reconciliada con la realidad y en comunión con todo lo del mundo que no excluya la enseñanza de Jesús.

Porque repetimos: Ayer y hoy la esencia de nuestra fe es el amor a Dios y al prójimo. El sacrificio nos educa la voluntad y nos dispone para la cercanía de Dios. Pero ante todo hemos de ejercitar la caridad, lo cual exige no pocas privaciones.

Al discípulo de Cristo, lo que le importa de verdad es “estar con el novio”. Hacia allá han de tender todas sus preocupaciones. Y nada tan preciso para encontrar a Dios como la casa de los hombres, apunta un escritor. Así alcanzaremos tener “los mismo sentimientos de Cristo” como enseña san Pablo”. Es decir, que todo lo nuestro esté iluminado por el Evangelio.

Sobre el particular es famosa aquella anécdota de santa Teresa: Yendo de viaje, le ofrecieron en la cena unas sabrosas perdices. La compañera, sintiendo escrúpulo, le preguntó: Madre, ¿no será mucho regalo?

La santa, mujer siempre equilibrada y humana, le respondió: “Hija, cuando perdiz, perdiz y cuando penitencia, pertinencia”.

Noveno domingo

1. El sábado y el hombre

“Un sábado, atravesaba el Señor un sembrado y sus discípulos iban arrancando espigas. Los fariseos dijeron: “¿Por qué hacen éstos en sábado lo que no está permitido?”. San Marcos, cap. 2.

El Levítico llamó “Pan de la Presencia” aquellos que se guardaban en el Arca del Alianza. “Tomarás flor de harina, dice el libro santo, y cocerás con ella doce tortas. Las colocarás en dos filas sobre la mesa, en la presencia de Yavéh. Será este pan un memorial, manjar abrasado para Yavéh y no podrán comerlo sino Aarón y sus hijos”.

Al comienzo, este privilegio sacerdotal era respetado estrictamente. Pero con el correr del tiempo, se admitieron algunas excepciones. Como leemos en el primer libro de Samuel: David y sus soldados llegan a Jerusalén en busca de alimento. El sacerdote Abiatar no tiene más que panes sagrados, y se los da a la tropa.

A este pasaje alude Jesús, cuando los fariseos reprenden sus discípulos porque hambrientos, arrancaban espigas de un sembrado. Uno de los muchos trabajos prohibidos en sábado.

Aquí declara el Señor un principio que vale para siempre: “El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”. Es decir: Toda ley ha de ayudar a realizar al hombre. No a destruirlo. Porque el proyecto de Jesús es un camino de crecimiento y plenitud.

El Evangelio, es verdad, contradice aquellas fuerzas interiores que llamamos pecado. Pero si la fe me tortura. Si las prácticas religiosas me producen angustia, tendría que examinarme más a fondo. O no sé dar razón de mi esperanza, o no he situado en su exacta dimensión las normas y las prácticas cristianas.

Jesús presenta un proyecto de integración personal y de libertad. El único temor de Dios válido desde el Evangelio es el miedo a traicionar su amor misericordioso.

Cuenta una leyenda oriental que a un gran maestro, sus discípulos lo quisieron elegir jefe del pueblo. Pero él dijo: - Si soy vuestro jefe, tendré que estudiar los códigos del reino, hacer cumplir todas las leyes y castigar a los culpables, así hayan delinquido levemente.

- ¿Y no quieres prestar ese servicio?, le insistieron. No quiero, respondió el viejo, mesándose la barba. Mi gusto es más bien enseñar a todos a amar. Así vosotros cumpliréis con los códigos del reino y observaréis las leyes hasta en sus mínimos detalles. - - Quédate entonces con nosotros, le dijeron sus discípulos. Y aquel día la aldea, con todos sus habitantes, comenzó a progresar. -

La ley de Cristo se resume en el amor. ¿Entonces no valen las normas? Sirven en la medida en que nos motivan a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Para lograr este ideal conviene esforzarnos por distinguir entre servicio y poder. Entre carisma y capricho, entre lo esencial y lo secundario. Quizás desde ciertos esquemas tradicionales o culturales, hemos exagerado algunos elementos religiosos, al no confrontarlos con la enseñanza de

Cristo. Y así como el Evangelio libera al hombre, las envolturas que lo cubren pueden esclavizarlo.

Fue la preocupación de san Pablo durante toda su vida. Tratar de liberar el evangelio de los moldes judíos. Porque Jesús nos ha traído algo nuevo. No sólo un método para maquillar el judaísmo.

2. El conflicto de las espigas

“Un sábado, Jesús caminaba por los sembrados con sus discípulo. Ellos, al pasar, se pusieron a desgranar espigas”. San Marcos, cap. 2.

El conflicto entre Jesús y los fariseos sigue adelante.

Este grupo religioso había convertido la religión en una compleja trama de observancias, en especial respecto al descanso del sábado. Observancias rutinarias y la mayoría de las veces, sin espíritu.

Jesús, por el contrario, presenta un programa de acercamiento a Dios en espíritu y en verdad. Para El muchas normas judías ya no tienen razón. Esclavizan de modo absurdo al hombre.

Esta libertad que proclama el Maestro amenaza la posición de los letrados de Israel y les resta prestigio ante el pueblo.

Un día de sábado, Jesús se encuentra en las cercanías del lago. Detrás, los campos de trigo maduro y el cielo diáfano y profundo.

Los discípulos arrancan espigas y desgranándolas entre las manos, entretienen el hambre mientras van de camino.

Este detalle significa para los fariseos un escándalo.

Sin embargo, el pecado no consiste en tomar, las espigas del trigal ajeno. Esto se autorizaba en el capítulo 23 del Deuteronomio: "Si pasas por las mieses de tu prójimo, podrás arrancar las espigas con tu mano, pero no meterás la hoz en la mies de tu prójimo".

La culpa de los discípulos, ante la estrecha mente de los fariseos, consiste en desgranar espigas, porque realizan algo equivalente a recoger la mies, uno de los trabajos prohibidos en sábado.

El Señor refuta a los fariseos recordando un pasaje de David, uno de los grandes de Israel. Huía el rey, perseguido por Saúl, cerca del santuario de Nob y recibió del sacerdote los panes ofrecidos a Dios, para calmar su hambre y la de sus servidores.

Jesús proclama, una vez más, que el hombre está sobre la ley. Desea que le amemos dentro de un marco esencialmente humano, que promueve nuestra realización personal.

Hoy nuestras actitudes, aun sin darnos cuenta, pueden caer en extremos que destruyen al hombre. La ley por la ley no es principio cristiano.

En el fondo de cada precepto es necesario hallar el alma del cristianismo: El amor a Dios y el amor al hermano.

Tal vez nos esforzamos demasiado por cumplir con lo externo, sin convertir hacia Dios el corazón.

Quizás exageramos la disciplina del hogar y no educamos al hijo en el espíritu del Evangelio.

Quizás reformamos la fachada de nuestra religión, mientras nuestro interior permanece sin remodelar, lleno de vejeces y amenazado de ruina.

La palabra del Señor nos imita a la autenticidad y a la verdad.

3. El cristal con que se mira

“Un día de sábado atravesaba Jesús un sembrado. Mientras andaban, los discípulos iban arrancando espigas. Los fariseos le dijeron: ¿Por qué hacen en sábado lo que no está permitido?”. San Marcos, cap. 2.

Algunos se preguntan: ¿El Maestro se interesó por lo que hoy llaman promoción humana, o únicamente por “la salvación de las almas”?.

Porque el hombre es un ser unitario. No es posible transformar alguna de sus dimensiones, sin modificar de inmediato las restantes. Pero Jesús no ideó ningún proyecto para mejorar la economía del país. No presentó estrategias hacia la cobertura escolar de Palestina. No reveló el secreto que cambiaría las estructuras sociales de entonces. Sin embargo, con su palabra y sus actitudes, nos enseñó qué es la persona humana, presentándola como el valor fundamental en cada momento de la historia. Y señaló la esencia del Evangelio: El hombre como hijo de Dios, desde todas sus circunstancias.

Comprendemos entonces que las cosas que llamamos sagradas tienden a promovernos en un sentido pleno.

La ley judía ordenaba cesar cualquier tarea el día de sábado. Un descanso en honor de Yavéh, ordenado por Moisés bajo graves penas. Pero en tiempos de Jesús, los doctores habían exagerado las normas de manera

inconcebible. Prohibían encender fuego en casa, o caminar ese día más de mil pasos, aún para socorrer a un enfermo.

San Mateo y san Lucas cuentan que los apóstoles, yendo de camino, arrancaron espigas de un trigal. Y desgranándolas entre las manos, remediaban el hambre.

Lo ilícito allí no era tomar los granos ajenos. Según el Deuteronomio, los frutos cercanos al camino eran del caminante. La violación del sábado consistía en desgranar espigas, lo cual equivalía para los doctores a un trabajo servil.

San Marcos simplifica el hecho narrando sólo que los acompañantes de Jesús “iban arrancando espigas”.

El Maestro se sitúa más allá de tantas nimiedades y declara, como lo ha hecho en otras ocasiones: “El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”. Y añade un ejemplo de la tradición judía, cuando David, con sus hombres entraron al templo y comieron los panes sagrados, lo cual sólo podían hacer los sacerdotes.

Descubrimos entonces que la conducta de cada grupo humano corresponde a la imagen de Dios que guardan en su interior. Y esa imagen se opaca o ilumina de acuerdo con el cristal con que se mire: Cultura, formación, iglesia en la cual caminamos.

Los letrados contemporáneos del Señor habían multiplicado los preceptos frente a un Dios, guardián del orden establecido que acentuaba el temor de sus devotos.

El Maestro nos descubre a un Dios Padre y cercano. El que aguarda con cariño al hijo pródigo. El que actúa en tantos otros relatos del Evangelio. Jesús señala como único mandamiento el del amor y nos invita a vivir en consecuencia.

“Ama y haz lo que quieras”, escribió san Agustín. Desde el amor cristiano podríamos examinar los 613 preceptos que exigía el judaísmo en tiempos de Jesús. Y casi todos quedarían reducidos a cenizas.

El discípulo de Cristo actúa entonces movido por una ley de amor. Y su comportamiento, en cada circunstancia, se mantiene referido a Dios, quien “tanto amó al mundo que le dio a su Hijo, para que todo el que crea en él tenga la vida eterna”. Una ley de amor que es a su vez, una ley en libertad.

Décimo domingo

1. En nombre de Jesús

“Los familiares de Jesús decían que no estaba en sus cabales. Y los letrados de Jerusalén: Expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios”. San Marcos, cap. 3.

En las culturas de tradición oral las noticias se esparcen en círculos concéntricos. De la aldea al aprisco. Del aprisco a la fuente. De la fuente al molino. Del molino a la viña y al trigal.

Que un artesano de Nazaret hablaba de Dios en un estilo nuevo y curaba enfermos, se supo en seguida en Cafarnaúm, en Caná, en Betsaida y en Jerusalén. ¿Pero qué opinión les merecía este profeta?

Sus familiares, que no logran entenderlo, pretenden regresarlo a casa, creyendo que ha perdido la razón. Los letrados de la capital lo toman por un endemoniado que obra maravillas con el poder de Belcebú. Jesús se mantiene alejado de los suyos y responde a los letrados: ¿Cómo va a echar Satanás a Satanás?

El ha venido para librarnos del mal. Solamente quienes se resisten a escucharlo permanecen bajo el poder del Maligno. Esto es pecar contra el Espíritu Santo: Cerrar las puertas al Amor que nos salva.

Muchos judíos del Antiguo Testamento entendían al Demonio como alguien casi omnipotente: Un Dios del mal que amenazaba dominarlo todo. Muchos hombres de hoy imaginan que el Maligno es solamente un espantapájaros, puesto por la Iglesia para apartarnos de los vicios. Unos y otros desconocen quién es Jesús de Nazaret.

De otro lado, muchos creyentes confunden a Dios con el Maligno, cuando culpan al Señor de cosas que son efecto del pecado. ¿Cómo amar - dicen algunos- a un Dios que permite el sufrimiento de los justos? ¿Un ser todopoderoso que no evita las catástrofes? ¿Cómo creer en Alguien que calla, mientras nos destruimos por las guerras?

Pero otros cristianos descubren por todas partes al Demonio, mientras se agotan en una religión defensiva. Para ellos la tierra es literalmente un

infierno. Tal vez creen demasiado en el Maligno, porque no creen suficientemente en Dios.

Pero se da otra más dañina confusión: Cuando cultivamos nuestro ego religioso, pero poseídos de un camuflado demonio. Valdrían unos ejemplos: Somos honrados solamente por conveniencia. No apoyamos con entusiasmo a quienes se comprometen con los pobres. Nos callamos ante los males de la sociedad o de la Iglesia. Con nuestras actitudes asfixiamos la esperanza. Defendemos nuestro grupo como el único válido y perfecto. Descuidamos leer los signos de los tiempos. Apartamos a muchos del Evangelio por nuestro talante conservador a ultranza.

Jesús no hizo teología abstracta frente al mal que nos asedia. Vino a traernos un conocimiento de Dios que nos da seguridad. Esto es lo que llamamos Evangelio. Nos habló del amor que Dios nos tiene, contagiándonos su poder y su confianza.

Ser cristiano es entonces un proyecto que comienza por hacer presente a Jesús en toda circunstancia, sin hacer distinción entre lo sagrado y lo profano. En nuestro medio familiar y social. Algunos sabios continuarán discutiendo sobre la personalidad del Demonio y su poder en relación con el hombre. A nosotros nos basta saber, como enseñó Paulo VI, que cada persona es capaz de lo mejor y de lo peor. Nosotros, en nombre de Jesús, optamos por lo primero.

2. Los hermanos de Jesús

“Entonces llegaron su madre y sus hermanos, se quedaron fuera y lo mandaron llamar. Pero él dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?”. San Marcos, cap. 3.

Algunos pasajes del Evangelio nos hablan de los hermanos y los parientes de Jesús.

¿Tuvo el Señor verdaderos hermanos, hijos de María y de José?

La Tradición y los mejores biblistas lo niegan.

¿Tendría José otros hijos antes de su desposorio con María?

Aunque algunos evangelios apócrifos lo afirman, no vale la pena creer sus fantasías, las que San Jerónimo, con su peculiar temperamento, califica de necedades.

El problema se ilumina suficientemente cuando atendemos a la condición del idioma hebreo: Una sola palabra significa hijo, nieto, sobrino. No

tiene la palabra específica de primo para designar a los primos hermanos. Así a estos se les llama simplemente hermanos.

Además, la relación de parentesco se extiende más allá de la familia: A la barriada se la llama hija de la ciudad. A las notas musicales, hijas del canto. La flecha es la hija del arco. La chispa, hija del fuego y el trigo, el hijo de la sementera.

Entendemos entonces las expresiones Hijo de Dios, Hijo del Hombre con que los Evangelios nombran a Jesús.

San Marcos nos cuenta que el Señor vuelve a casa, después de algún viaje apostólico.

No regresa hasta Nazaret. Durante su vida pública el Señor escoge cómo centro de su actividad a Cafarnaúm. Probablemente allí, en casa de Pedro, tiene a su disposición un espacio donde compartir serenamente con sus discípulos. Pero es tanta la gente que lo sigue y acosa, demandando enseñanza y favores, que no le alcanza tiempo ni para tomar alimento.

A los parientes de Cristo les preocupa esta situación y quieren liberarlo, para llevárselo a un lugar más tranquilo. Aun llegan a decir que el Maestro está fuera de sí.

Algunos han interpretado esta frase cómo si los parientes de Jesús lo hubieran tenido por loco. No parece lo justo.

Probablemente esta expresión designa más bien a alguien que, por sus compromisos, ya no se pertenece.

Algo semejante afirma San Pablo de sí mismo, en la segunda carta a los Corintios: "Si hemos perdido la razón ha sido por el Señor Jesús".

Cristo aprovecha aquella ocasión para enseñarnos que, quien acepta su mensaje, es más cercano a El que sus propios parientes. "¿Quien es - pregunta- mi madre y mis hermanos?

- Todo el que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi madre".

Los lazos nacidos de la fe se han vuelto más robustos que aquellos de la sangre.

Alegrémonos. En ese grupo escogido de los hermanos de Jesús, probablemente estamos también nosotros.

3. No estaba en sus cabales

“En aquel tiempo la familia de Jesús vino a llevárselo, porque decían que no estaba en sus cabales”. San Marcos, cap. 3.

Aquel pequeño pueblo de Nazaret se siente ahora turbado. El hijo de José el carpintero se ha vuelto loco de repente. Una noticia que familiares y vecinos comentan por las calles y las mujeres, junto al pozo.

Entonces un grupo de amigos se va en busca de Jesús para traerlo a casa. Quizás el entorno familiar y los cuidados de María puedan devolverle la salud.

La comitiva encontró al Señor mientras discutía con los maestros de la ley. Y se extrañaron aún más cuando le vieron sanar enfermos y arrojar demonios. De otra parte, los letrados de Jerusalén aseguraban que este galileo tenía dentro un mal espíritu.

Los judíos de entonces vivían obsesionados por la presencia del Maligno. Lo sentían por todas partes. Exageraban su poder y, de acuerdo con sus tradiciones, identificaban toda enfermedad con su acción destructora. Lo llamaban Belial, Belsebú, Sammael, nombre copiados de las religiones vecinas. Y también Diablo, una palabra griega que expresa cómo el mal no separa de Dios.

Jesús, sin ahondar en planteamientos, se interesa por salvar al hombre. No acepta ni rechaza las apreciaciones del pueblo sobre el mal y el dolor, pero limpia leprosos y sana paralíticos, ciegos y endemoniados.

Muchos cristianos exageran también la acción del mal entre nosotros. En parte, por una teología incompleta que no contempla a Dios como un Padre bueno y poderoso. Y en parte, por situaciones psicológicas. Es más cómodo atribuir a otros nuestros yerros, que reconocer las propias culpas. Pero también es más eficiente iluminar la vida con Jesús, para que huyan todas las tinieblas.

Aquellos paisanos de Jesús se llevaron un chasco cuando lo hallaron dentro de una casa, rodeado de mucha gente. Le enviaron entonces un recado: Tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan. Pero el Maestro respondió: Estos son mi madre y mis hermanos. Los que cumplen la voluntad de mi Padre.

Tal cercanía a Jesús, por la acogida que damos a su palabra, nos convierte en familiares suyos. A la par que su madre y sus hermanos. Una enseñanza que luego daría san Pedro en una de sus cartas: “Somos partícipes de la naturaleza de Dios”. No porque el Señor rechazara a su propia familia. Quería enseñarnos que sus discípulos se unen a El con lazos irrompibles, como los de la sangre.

San Pablo al explicar su adhesión a Cristo, escribía a los de Corinto: “Todo es para nuestro bien. No nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve. Lo que se ve es transitorio, lo que no se ve es eterno. Aunque se desmorone nuestra morada terrestre en que acampamos, sabemos que Dios nos dará una casa eterna en el cielo, no construida por hombres”.

Es el camino para vencer todos nuestros demonios. Aunque algunos desde lejos dirán: No están en sus cabales.

Undécimo domingo

1. Cátedra de sueños

“Dijo Jesús: El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. La semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo”. San Marcos, cap. 4.

Quizás aprendimos a pensar, aunque asediados por las dudas. Y alguna vez, a pesar de nuestros egoísmos, pudimos amar. Pero quedamos aplazados en la asignatura de los sueños. Porque hoy nos amarran el corazón únicamente a lo concreto, a lo rentable. Se nos obliga a valorar únicamente lo presente y lo visible. Sin embargo, para ser personas cabales es necesario aprender a soñar.

Jesús imaginó una tierra nueva que él llamó Reino de Dios. No tendría que ser un mundo ni más rico, ni más técnico. Sería un estado ideal, donde todos los humanos viviéramos fraternalmente, como hijos del Padre de los Cielos.

Y para explicar su sueño comparó este reino con muchas cosas cotidianas y simples que conocían sus discípulos. Un día les dijo: “El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. El duerme de noche y se levanta de mañana. La semilla va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha, ella sola. Primero

los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega”.

El Señor miraba que el rostro curtido de aquellos campesinos se iluminaba de esperanza. Ellos, detrás de sus cansancios y sudores, soñaban cada día con una cosecha exuberante. Aguardaban que por la acción de las lluvias y los soles, cada grano les devolviera numerosas espigas.

En lenguaje cristiano, los sueños que confiamos a Dios se llaman esperanza. Una virtud sobre la cual el Maestro dictó cátedra abundante. Sin embargo, distingamos dos niveles. Porque muchos alentamos unas macro - esperanzas, a las cuales también les exigimos velocidad y exactitud sobre nuestros calendarios. Pero el Reino de Dios va por otros caminos, el de unas esperanzas humildes, pero trabajadas a diario con paciencia.

Si miramos despacio nuestra vida cristiana, podríamos volvernos pesimistas. Todo es tan ordinario, tan frágil, tan lleno de altibajos. Lo mismo nos sucede ante la Iglesia: Un grupo de buena voluntad, pero abrumado de pequeñeces y egoísmos. Nuestra evangelización, al parecer, rinde muy pocos resultados.

Y muchos hermanos se desconciertan. Piensan que el Reino de Dios es un engaño. Que no valía la pena entregarse a una utopía tan lejana.

Pero el Señor explica que la simiente germina y va creciendo, sin que el labrador sepa cómo. Que la tierra va produciendo la cosecha, ella sola.

Conviene entonces continuar soñando y sembrando, a la mañana y a la tarde: En nuestro propio corazón, en el hogar, en la sociedad y en la Iglesia. Confiando en Dios que ha prometido fecundar la era que hayamos pacientemente preparado.

También san Marcos cuenta de un grano de mostaza, que siendo tan pequeño, se hizo más alto que las demás hortalizas y echó ramas a donde vinieron los pájaros a fabricar sus nidos.

Dice un proverbio africano: “Nadie echa un grano de maíz en la tierra y se queda mirándolo para ver cuando revienta”. Soñemos. Pero dejando que el Señor monte guardia junto al milagro de la era.

2. Las medidas de Dios

“Dijo también: ¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? Con un grano de mostaza. Al sembrarlo es la semilla más pequeña, pero después se hace más alta que las demás hortalizas”. San Marcos, cap. 4.

Los hombres pensamos, distinguimos y medimos todas las cosas. Por eso inventamos el metro, el decibelio, el área, el nudo, el amperio, el kilómetro y la caloría.

Así tasamos las cosas pero además intentamos medir las personas y los acontecimientos. Ellas y ellos nos parecen entonces grandes o pequeños, pesados o livianos, lentos o veloces, esenciales o accidentales, estimables o insignificantes.

Y aplicamos también estas medidas a las cosas de Dios. Pero el Señor tiene otras jerarquías y emplea otras escalas.

Cuando decide hacerse hombre no encuentra estrecho el seno de María. No juzga escasa la sabiduría de unos pescadores galileos, para confiarles la tarea del Evangelio. Le satisfacen el gesto de Magdalena y el breve arrepentimiento del Buen Ladrón. Pondera las pequeñas monedas que deposita la viuda en la alcancía del templo. Para El es trascendental el agua que saca aquella mujer samaritana del pozo de Jacob. Valen muchísimo en sus planes la amistad sincera, la fidelidad sin alardes, la sencillez descomplicada. Confía en personas débiles e imperfectas: Pedro, Mateo, Zaqueo, el Centurión.

Programa la salvación del mundo desde una colonia romana, innominada y oprimida. Tiene paciencia para esperar grandes resultados de causas pequeñas y despreciables.

Acostumbra a colocar arriba a los pobres y abajo a los poderosos. Nos enseña la parábola del grano de mostaza y nos invita a cultivar una forma particular de esperanza.

Sucedió en Caná: El agua se transformo en el mejor vino.

Ocurrió ante la multitud: Cuando un muchacho ofreció unos panes y unos pocos pescados, todos pudieron saciarse.

Hubo pesca milagrosa en el lago, al amanecer, cuando los apóstoles habían echado en vano las redes, toda aquella noche.

Nuestros, gestos sencillos, nuestras simples palabras, nuestras débiles actitudes, si nacen de la bondad, si están contagiadas de alegría, si comunican mansedumbre, logran una repercusión de vida eterna.

3. Tiempo de sementera

“El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. El duerme de noche y se levanta de mañana. La semilla germina...” San Marcos, cap.4.

Leemos en el Evangelio que el Reino de Dios se empieza a construir desde pequeñas cosas. “Se parece a un hombre que echa una semilla en el campo”. También habla el profeta Ezequiel de una rama pequeña, que el Señor arrancó y plantó, para que se volviera un cedro noble.

Los judíos entendían de dos maneras la transformación que el futuro salvador realizaría. Unos, por medio del poder y de la guerra. El Mesías habría de derrotar a los romanos, para reconstruir un reino invencible.

Otros, por el contrario, comprendían que el Reino de los Cielos llegaría, con pasos vacilantes, por pequeñas acciones, mediante limitados esfuerzos, Pero que al fin Dios lograría realizar su plan entre los hombres.

Jesús colocó su proyecto sobre el segundo esquema. Apostó por las cosas sencillas. De cada situación y de cada persona, rescató lo rescatable. Como aquel día, luego de la multiplicación de los panes, cuando pide a los apóstoles que recojan las sobras. Por esta razón Jesús señala el grano de mostaza. En él se admira el poder de lo alto: “Es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros vienen a anidar en ellas”.

El Antiguo Testamento habla repetidas veces de los pobres de Yavéh. Una expresión que señala a la gente sencilla, que ha puesto en Dios su confianza. De ese grupo se reconoce Nuestra Señora, sintiéndose a la vez depositaria de las maravillas del Señor.

Pero, de otro lado, esta comparación con la semilla, nos invita a cultivar nuestra propia era con esmero y cariño. San Marcos explica: “El labrador duerme de noche y se levanta de mañana. Mientras tanto la semilla va creciendo sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha: Primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Mas tarde vendrá el tiempo de la siega”.

No cabe entonces el desánimo para quienes cultivamos este Reino, cuyo crecimiento Dios respalda.

¿Pero si alguien, al mirar su sementera, no contempla sino cardos y espinas?. Pudiera ser efecto de miopía. Que se acerque un poco más: Debajo de las zarzas está brotando con vigor el trigo. Aunque es verdad que el enemigo arroja malas hierbas sobre el surco, mientras rueda la noche.

Si es necesario, hay que cavar más hondo. Abonar con la plegaria, con el diálogo y de pronto también con las lágrimas. Pero nunca abandonar el surco. El Señor dijo que hasta el desierto puede florecer.

Volvamos a esperar cada mañana el sol vivificante. Y cada tarde, la lluvia fresca y la eficacia de Dios que dirige las galaxias, pero a la vez cuida los pajarillos, viste los lirios y sigue despertando buenos deseos en el corazón del hombre.

Nosotros sembramos, otro nos ha ayudado a regar. Pero es sólo Dios quien dará el incremento.

Decimotercer domingo

1.

2. **Ventanas**

3.

Decimocuarto domingo

1.

2.

3.

Decimoquinto domingo

1. **Asignatura pendiente**

“Jesús llamó a los Doce y los envió de dos en dos, a predicar la conversión, dándoles autoridad sobre los malos espíritus”. San Marcos, cap. 6.

Se cuenta de Miguel Ángel, que al concluir la estatua de Moisés, una de sus obras maestras, le gritó dándole un martillazo en la frente. “¿Por qué no hablas?”

¿Por qué no hablas? también alguien podría preguntarme. Soy cristiano porque trato de seguir a Jesucristo. Procuro copiar sus criterios, sus actitudes. Un seguimiento que poco a poco me transforma, me pacifica desde dentro, me da seguridad en todas circunstancias. Eso tan especial que yo he alcanzado ¿por qué no se lo cuento a los demás?

Jesús envía a sus primeros discípulos por los pueblos y ciudades a predicar la conversión. En otros términos, a contar que estaba entre ellos el Mesías y era urgente despertarse, para empezar a fabricar el futuro. Dice san Marcos que para esta tarea les dio autoridad. Algo así como un convencimiento interior y la capacidad de hacer signos que convencieran a la gente.

También les encargó que no llevaran demasiado equipaje para su travesía. Lo cual significa que para anunciar al Señor, se requiere un estilo peculiar de vida, desde la austeridad y la apertura al otro.

En nuestro caso, ir equivale a acercarnos, hacer amigos, crea empatía. Para contar lo que creemos, cómo creemos, quién es para nosotros Jesucristo. Se nos pide insistir en que todo alrededor se vuelve absurdo, sin la presencia de Dios entre nosotros.

Nuestra sociedad técnica y centrada en lo económico, apunta un autor, le ha mutilado al hombre su capacidad de trascendencia, su actitud contemplativa y la costumbre de experimentar a Dios a través de los signos. De ahí esa búsqueda desasosegada de muchos. Su afán de ensayar con tantas religiones “a la carta” que hoy se ofrecen.

Es necesario entonces que nuestro anuncio sea creíble para el hombre contemporáneo. Hemos de hablar de Cristo, sin quedarnos en la meditación trascendental o la iluminación, el equilibrio, la sanación interior, la integración de nuestras potencias. El Evangelio presenta un personaje central que es el Señor Jesús. Todo lo demás es apenas telón de fondo, o consecuencias.

Sólo el Maestro puede llevarnos a ese más allá, que calma nuestra sed de trascendencia. Sólo El nos enseña la verdadera actitud contemplativa, para mirar el mundo de otro modo. Sólo El puede dar a nuestros símbolos la fuerza de los valores evangélicos.

Tantos cristianos que decimos ser discípulos del Señor, pero no lo anunciamos. Nos queda siempre esa asignatura pendiente. Sin embargo, el anuncio no se reduce a enseñar fórmulas abstractas o normas de comportamiento. San Juan, en su primera carta nos enseña que hemos de comunicar a los demás “lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida”.

Aunque sea al final de nuestra vida, pero es necesario resucitar sobre el corazón y los labios el mensaje de Jesús, para que muchos lo conozcan y lo amen.

“Vivo mi vida en círculos”, escribió el poeta Rilke. Ojalá nuestra vida no se asfixie dentro de un círculo pequeño y cerrado, por el egoísmo y la indolencia.

2. De dos en dos

“Jesús fue enviando a los Doce de dos en dos. Ellos salieron a predicar la conversión. Echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban”. San Marcos, cap. 6.

La patria, el idioma, la raza, la familia, la empresa donde trabajamos, el partido político, el colegio, el grupo de amigos, nuestro equipo favorito... Todos ellos satisfacen en parte nuestra necesidad de pertenencia.

Quien no participa en ninguna comunidad no progresa, es inseguro, no deja huellas en el mundo.

Cuenta San Marcos que Jesús envió a los apóstoles de dos en dos.

El Señor se había elegido un pueblo: Israel. De este pueblo Jesús invito a algunos a conformar una nueva comunidad. El Evangelio se refiere con frecuencia a "los Doce" y nos habla de los más allegados a Cristo: Pedro, Santiago y Juan. Menciona también a los Setenta y dos discípulos.

La llamada de Cristo no es sólo vocación. Es además *convocación*. Porque la dimensión religiosa la vivimos en comunidades concretas: El noviazgo, la familia, la amistad, los diversos grupos en los cuales insertamos nuestra vida.

Una comunidad puede ser más o menos cristiana.

Alcanzamos su primer nivel cuando allí realizamos buenas obras: Damos limosna, asistimos a la Iglesia, perdonamos las ofensas.

Logramos un segundo nivel cuando nuestra conducta es plenamente acorde con el Evangelio: Vivimos abiertos a los demás, somos generosos, nos preocupamos por educar cristianamente a nuestros hijos.

El tercer nivel solamente lo alcanzan quienes orientan su vida por criterios cristianos. Criterio es una manera de pensar y de juzgar.

Los apóstoles, enviados de dos en dos, sin alforja ni túnica de repuesto, realizan por los pueblos y aldeas tres oficios que son propios de una perfecta comunidad cristiana:

Predicar la conversión: Nosotros la predicamos cuando creemos en el otro y lo motivamos a cambiar. Cuando lo hacemos consciente de sus posibilidades y le contagiamos esperanza.

Arrojar los demonios: En el lenguaje bíblico, los demonios son las fuerzas del mal que dominan al hombre. Cuando alguien mide la dimensión exacta de su problema, porque le escuchamos sin juzgarlo y le señalamos el remedio oportuno, ese alguien exorciza sus demonios.

Sanar a los enfermos: En cada grupo humano encontramos miembros más débiles, más golpeados, más necesitados.

Hoy se habla de niños especiales. También se dan personas especiales: Requieren una especial ayuda de la comunidad para superarse.

3. Un bastón y nada más

“Jesús les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más; pero ni pan, ni alforja, ni dinero, ni túnica de repuesto”. San Marcos, cap.6.

Cuando Ciro el Grande asediaba, a mitad del siglo VI a. C., la ciudad de Priene, todos los habitantes huían llevando auestas sus posesiones. Sólo Bías, uno de los sabios de Grecia, abandonaba la ciudad serenamente sin ningún equipaje. A sus paisanos que lo interrogaban extrañados, respondió el sabio: “Todo lo llevo conmigo”. Cargaba auestas su sabiduría.

El cristiano de hoy, también en camino, no tiene como ideal la acumulación de bienes materiales, porque busca otra mejor riqueza dentro de otra jerarquía de valores. Allí ocupa lugar preferencial la

sencillez de vida, que nos señala cuántas cosas pueden esclavizarnos. Esto supone al mismo tiempo una fe en la providencia de Dios y una mayor libertad para servir más a los demás.

La pobreza es tema de actualidad en la Iglesia de hoy. Cuando los obispos se reunieron en Puebla, allí optaron por los pobres. ¿Pero qué es la pobreza a la luz del Evangelio?

Para algunos consiste únicamente en actitudes interiores, y dada la ocasión, en un posible desprendimiento. Otros desean instaurar una pobreza rayana en la miseria. Llegan casi a negar el dogma de la creación que nos explica cómo Dios creó al hombre y lo hizo rey del universo.

Pero, como siempre sucede, la verdad está en el medio. Podemos poseer porque somos seres racionales. Pero no es lícito desbordarnos de manera egoísta, oprimiendo a los otros.

Para encontrar la pobreza que aconseja el Señor, conviene en primer lugar analizar el medio humano en que vivimos. No estamos en un país rico, donde todo el mundo tiene lo necesario y aún un poco más. En nuestro entorno, lo que algunos les sobra, lo que se despilfarra de modo irresponsable, les hace falta a muchos para apenas sobrevivir.

Juan Pablo, durante su primera visita a México nos dijo: “La propiedad está gravada siempre por una hipoteca social, así los bienes servirán equilibradamente a la destinación que Dios les ha dado”.

Revisemos honradamente nuestros gastos, nuestros lujos, nuestro nivel de vida.

De otro lado, pobreza cristiana es ante todo una elección personal. No esperemos que la Iglesia o las leyes nos señalen una medida exacta frente a los bienes temporales. Nos consta que en la mayoría de los países, los grandes capitales permanecen en manos de unos pocos. Los cuales a su vez controla los medios de producción, las comunicaciones y todo el engranaje político.

Es hora entonces de escuchar a Paulo VI quien escribió en la “Populorum Progressio”: “Hay que actuar pronto y a profundidad. Hay que poner en

práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender sin esperar más, reformas urgentes”.

Estas palabras se dirigen a todos, pero principalmente a quienes tienen mayor influencia en nuestra comunidad: Los dirigentes, industriales, profesionales, maestros y comunicadores. Los que pueden abrir sus manos y su corazón para crear desde hoy mismo una sociedad más justa y más cristiana.

Si leyendo estas reflexiones sentimos un deseo sincero de ser más sobrios en nuestra vida personal y familiar, de cambiar de una vez las políticas de nuestra empresa para servir mejor al hombre, el Evangelio toca a nuestras puertas.

El Señor nos hará conocer sus caminos. Que su sabiduría, mayor que la de Bías, tiene la poder para cambiar el mundo.

Decimosexto domingo

1. Ese lugar secreto

“Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos porque andaban como ovejas sin pastor”. San Marcos, cap. 6.

Los mahometanos emplean noventa y nueve nombres para invocar a Dios. Pero confiesan que existe uno más, desconocido, el único que puede definir a Alá.

También la Biblia, para acercarnos al Señor, le da infinitos nombres. Los beduinos, apunta un escritor, usan diez términos distintos para nombrar la arena. Los esquimales, veinte para el hielo y más de cuarenta para llamar la nieve.

Uno de aquellos nombres de Dios, el que más descanso nos trae, se refiere a su misericordia. Y la etimología enseña que misericordioso, es un corazón inclinado a las miserias del prójimo.

San Marcos cuenta que, al regresar los Doce de su primera correría, Jesús les dice: “Venid vosotros solos a un sitio a descansar un poco”, porque mucha gente los seguía, sin dejarles momento para comer.

Sin embargo aquella compasión del Señor por sus discípulos se desborda en seguida hacia la multitud. “Jesús vio aquella gente numerosa y sintió lástima, porque andaban como ovejas sin pastor”. Aquí el evangelista usa

un término que literalmente significa “se conmovió en sus entrañas”. Y añade una comparación campesina, muy usada ya por los antiguos profetas. El pueblo escogido, en muchas coyunturas de su historia, parecía un rebaño abandonado por sus pastores.

Charles Peguy, hablando de la misericordia de Dios, nos dice: “Había una gran procesión y a la cabeza iban las tres parábolas mayores: La oveja perdida, la dracma perdida, el hijo perdido. Todas las parábolas son bellas. Todas ellas vienen del corazón y van al corazón Pero aquellas que cuentan la compasión del Señor son frescas, como niñas. Jamás gastadas ni envejecidas. En tanto haya cristianos, es decir eternamente, habrá para esas parábolas un lugar secreto en el corazón de los hombres”.

Cabría entonces descender a ese lugar secreto. Para que la bondad de Dios no sea solamente un bello título, sino un programa que a muchos nos transforme. También desde ese lugar secreto podemos gritar: Yo he pecado. He sido ingrato con mi Señor. Malgasté mi salud, mi dinero, mis capacidades. He atropellado muchas veces al prójimo. Yo puse el egoísmo como bandera de todo lo mío. Arruiné mi familia, a causa del vicio...

“ Y ya no es hora de aprender”, como escribió Barba Jacob. Entonces un amargo sentimiento de frustración nos invade. Y para muchos ya no queda sino morir, haciéndole un gesto de horror a la existencia.

Pero si bajo el rescoldo del alma queda un poco de fe, no todo está perdido. Todavía hay esperanza, porque la misericordia del Señor no tiene fin . San Pablo, escribiéndole a Tito, registra la presencia de Dios sobre la tierra como la “aparición de la bondad y el amor del Señor, para salvarnos”. “También nosotros fuimos algún tiempo insensatos, desobedientes, esclavos de toda suerte de pasiones y placeres, viviendo en malicia y envidia, aborreciéndonos unos a otros”.

Tocaría entonces levantar el corazón, desde el lugar secreto de nuestra intimidad y presentarlo al Dios paciente y compasivo. El es siempre bondad, pero para ponerlo en práctica, necesita como materia prima de su misericordia, le presentemos todas nuestras penurias y desgracias.

2. Una palabra suave

“Jesús les dijo: Venid vosotros solos a un sitio tranquilo, a descansar un poco. Porque eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer”. San Marcos, cap. 6.

Descanso es una palabra suave. Son sus hermanas sábado, atardecer, reposo, regreso, almohada, oasis, confidencia. Tiene olor a paisaje campesino y despierta recuerdos olvidados de la infancia.

Nos cuenta el Génesis que el Señor, al terminar la Creación, descansó el séptimo día. Era una forma pedagógica de enseñar el descanso al pueblo de Israel.

El Éxodo señala la tierra prometida, lugar de reposo después de cuarenta años de peregrinación por el desierto.

En San Mateo, Cristo nos invita también: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré".

La carta a los Hebreos nos presenta el cielo cómo un lugar de descanso. Quizás allí se inspira la frase ritual con que sepultamos a nuestros muertos: "Dales, Señor, el descanso eterno".

Pero en la vida diaria, el cansancio amenaza todas nuestras actividades: El duro servicio de las máquinas, el trabajo intelectual en un mundo cambiante y contradictorio, el apostolado, expuesto a tantas variaciones y atraído por tan diversos proyectos.

Pero al leer que el Señor invitó a sus apóstoles, a descansar un poco en un lugar apartado, comprendemos que el descanso es un deber humano y cristiano.

Vivimos comprometidos en toda clase de relaciones: familiares, industriales, económicas, sociales, internacionales.

Descansar es variar de relaciones con el prójimo y con el mundo.

Las relaciones llamadas gratuitas nos humanizan y nos purifican. Todos nosotros las frecuentamos. Por ellas nos sentimos dueños de nuestra persona y de nuestro tiempo.

En ellas ejercemos de un modo distinto la libertad. En ellas imitamos a Dios, que siempre se relaciona con nosotros de manera gratuita y generosa.

En cambio, las relaciones del trabajo y del papel social que desempeñamos, son obligadas y gravosas.

Descansar es encontrar tiempo para vivir plenamente aquellas relaciones gratuitas: Es hallar la ocasión para escuchar, observar, contemplar.

La oportunidad de conversar más despacio con los que viven a nuestro lado. Tener tiempo para contestar una carta, visitar un amigo, cultivar el jardín, ordenar nuestra casa, sumergirnos en la lectura de un buen libro.

Tener espacio vital para planear el futuro, estar expuesto serenamente a lo imprevisto, admitir el reencuentro con nosotros mismos... Es decir, regocijarnos en esa multiforme presencia del Señor en nuestra vida.

3. ¿Al tiempo lo van a matar?

“Dijo Jesús: Venid a descansar un poco. Porque eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer”. San Marcos, cap.6.

Los griegos, tan sutiles en su filosofía, usaban dos términos para designar el tiempo. “Cronos” era la vida que se desgrana en el reloj de arena, se desliza entre los números del calendario, se va muriendo un poco cada día de la semana, se despierta con el sol y se duerme al caer la noche.

Por el contrario, “Kairós” es la ocasión, la oportunidad, el momento propicio, el tiempo favorable, aquel presente amplio e indefinido para sembrar el surco, edificar la casa, emprender un viaje, fermentar el vino, cocer el pan, y arrojar las redes, muy de mañana en el remanso.

Por esto, los escritores cristianos nos enseñan que para los amigos de Jesús, el tiempo no es la medida rutinaria y prosaica de Cronos, sino un “Kairós”, colmado a todas horas de íntima alegría y esperanza.

El tiempo del cristiano es para amar, construir el mundo, reconciliar a todos los hombres, compartir generosamente nuestros bienes, promover la justicia y la paz, realizar la propia vocación de ciudadanos de la tierra y peregrinos hacia el cielo.

El Eclesiastés nos enseña con gran sabiduría: “Hay tiempo de plantar, tiempo de sanar, tiempo de construir, tiempo de reír, tiempo de buscar, tiempo de callar, tiempo de hablar, tiempo de amar, tiempo de nacer y tiempo de morir”.

Un día Jesús invita a sus discípulos a reposar un poco. Regresaban de su primera correría, durante la cual habían predicado la conversión, sanando muchos enfermos y expulsando los demonios. Bien se merecían un descanso.

Nosotros podemos preguntarnos si nuestros ocios corresponden a un trabajo serio y responsable. Si descansamos de una manera honesta y cristiana, si empleamos bien nuestro tiempo. O por el contrario, si procuramos “matar el tiempo de cualquier manera. ¿Al tiempo por qué lo queremos matar?

Tal vez nos estamos situando dentro de una nueva clase social: La clase ociosa. Y esto es injusticia, porque muchos de nuestros familiares, amigos o vecinos nos necesitan. Además, numerosas obras sociales nos están esperando. Aguardan de nosotros un poco de tiempo, nuestra capacidad de iniciativa, nuestra compañía y entusiasmo, nuestra experiencia, aquello que indiscutiblemente cada uno, y solamente cada uno de nosotros, puede dar.

No matemos el tiempo, que no es cristiano el hacerlo. Por otra parte, el tiempo camina más allá de la tierra, entre el girar de los planetas, cerca al nacimiento de las galaxias, bajo el brillo de las constelaciones y un día se cambiará en eternidad. No es tan fácil matarlo. Si lo intentamos, se nos irá muriendo el alma por la pereza, mientras nos asfixiamos de tedio.

Para el cristiano, cada tictac de su reloj es un Kairós, tiempo de salvación, tiempo de amor, tiempo de cristiana ilusión y de servicio.

Decimoséptimo domingo

1.

2.

3.

Decimoctavo domingo

1.

2.

3.

Decimonoveno domingo

1. El otro pan

3. Discípulos de Dios

20 Vigésimo domingo

1.

19 2.

19 3.

Vigésimo primer domingo

1

2.

3.

Vigésimo segundo domingo

1.

2.

3.

Vigésimo tercer domingo

1.

2.

3. !Admire, por favor!

Vigésimo cuarto domingo

1. Feria de cruces

2. Una cruz con rodachinas

3. Cara a cara en la sombra

Vigésimo quinto domingo

1.

2.

3.

Vigésimo sexto domingo

1.

2.

3.

Vigésimo séptimo domingo

2.

3.

Vigésimo octavo domingo

1.

2.

3.

Vigésimo noveno domingo

1.

2.

3.

Trigésimo domingo

Trigésimo primer domingo

1.

2.

3.

Trigésimo segundo domingo

1.

Trigésimo tercer domingo

1

2.

3.

Trigésimo cuarto domingo

1.

2.

3. Yo no me acuerdo

"Preguntó Pilatos a Jesús: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús le contestó: ¿Dices esto por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". San Juan, cap. 18.

Anatole France imagina un diálogo con Pilatos, al final de su vida. Su interlocutor, un amigo de los tiempos de Palestina, le pregunta: - ¿Te acuerdas de aquel incómodo episodio con ese profeta galileo, que mandaste a la cruz por complacer a sus acusadores? Si mal no estoy, se llamaba Jesús de Nazaret.

-¿Jesús... Jesús de Nazaret? - responde Pilatos- Yo no me acuerdo...

Sin embargo, los cristianos recordamos a diario, con encendido corazón, a ese profeta de Nazaret, mientras que el nombre de Pilatos ningún documento profano lo consigna. Tal vez alguna piedra que haya sido descubierta últimamente.

Nos cuenta el Evangelio que el gobernador interroga a Jesús, lo remite a Herodes, lo presenta al pueblo coronado de espinas, lo pone en competencia con Barrabás y finalmente lo condena a la cruz, por temor al César.

Pilatos y Jesús son el rey y el reo. Pero a través del diálogo que San Juan nos transmite, se van invirtiendo los papeles. La figura de Pilatos desaparece de la escena y de la historia, como si fuera un rey de fantasía y el reo se convierte en nuestro rey.

Cristo puede ser en nuestra vida el rey o el reo. Cada cual libremente le asignará un papel.

Será el rey si le amamos, si lo situamos en la mitad de nuestra existencia. Como explicaba un joven con mucha originalidad: "Cristo es para mí como el eje en que se apoyan los radios de mi bicicleta. Mis estudios, mis preocupaciones, el amor a mi novia, el dinero, el futuro, aún mis pecados van hacia El, dicen una relación viva, fuerte, continua, con El. Ante cada una de estas cosas yo me acuerdo de Cristo, el Amigo".

Lo había dicho el Eclesiástico con otras palabras: "Un amigo es defensa, es remedio y tesoro".

Será el reo si buscamos deshacernos de El. No queremos condenarlo, pero nos vence el miedo. Como a Poncio Pilatos, cuando le gritaron: "Si sueltas a éste, no eres amigo del César". Entonces entregó a Jesús para que le crucificasen.

Es mejor despedir a Cristo porque su presencia y su compañía nos complican la vida.

Señala un autor: "Si se trata de Cristo, nunca sabe uno cuándo empieza ni cuándo y dónde acaba la aventura. Cuando uno se embarca con El, lo mismo puede sobrevenir una tormenta a punto de naufragio o una pesca milagrosa, con riesgo de romperse las redes y hacer agua la barca".

Entonces es mejor que se vaya, aunque sea por el camino de la cruz. No hay más remedio.

Un buen día, casi sin darnos cuenta, Jesucristo se ha ido de verdad y ya no significa nada para nosotros. Lo hemos declarado insubsistente, lo hemos desalojado como a un inquilino estorboso.

Y cuando nos pregunten: ¿Qué opinas tú de Jesucristo, aquel profeta que iluminó tu vida, cuya fe recibiste en el bautismo?. Quizá sólo podremos responder: ¿Jesucristo...Jesús de Nazaret?... Yo no me acuerdo.